
UNA VIDA
JUNTO A TI
SARAH RUSELL

UNA VIDA JUNTO A TI

SARAH RUSELL

UNA VIDA JUNTO A TI

SARAH RUSELL

Primera edición.

Una vida junto a ti

©Sarah Rusell

©marzo, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Una vida junto a ti

©Sarah Rusell

©marzo, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

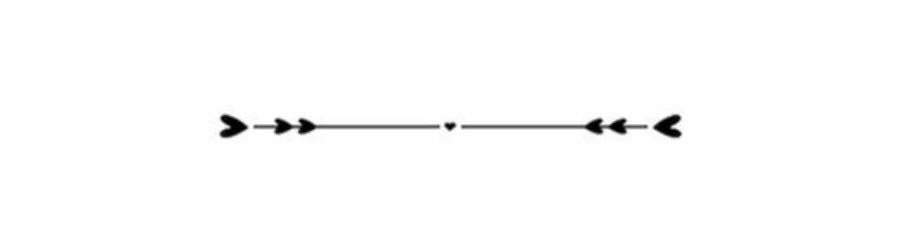
ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo

Capítulo 1



Para alguien que prácticamente había nacido entre los fogones de una cocina, y que se crio con el bullicio de cazuelas, sartenes, el chisporroteo del aceite y todos esos aromas de especias y platos cocinados con mimo y dedicación, lo lógico era que acabara dedicando su vida precisamente a eso, al mundo de la cocina.

Y yo, lo hice.

Pensar en la de veces que durante mi infancia le pregunté a mis padres cuál era el secreto de que sus platos quedaran tan perfectos, sabrosos y con esa presentación, y ellos siempre respondían que, una pizca de amor.

Ahora los entendía, pues desde que me dedicaba a lo mismo que ellos, ponía esa pizca de amor en cada una de mi elaboraciones, ya fueran saladas o dulces.

Jesús y Macarena, mis padres, a sus cincuenta y dos años eran los dueños de uno de los restaurantes más exitosos y famosos de Jerez de la Frontera, ese lugar que les vio nacer, crecer y enamorarse hasta la médula, y donde yo misma vine a poner esa chispa de locura en sus vidas.

Ambos eran unos apasionados de la cocina, y es que sus padres, amigos desde la adolescencia, también lo eran.

Mis dos abuelas fueron dos maestras de la cocina, en su época de juventud pusieron un restaurante donde daban de comer y cenar a más de trescientas personas al día, todas ellas deseando degustar sus deliciosos platos.

Ellas lo hicieron todo juntas y a la vez, lo de conocer a mis abuelos, enamorarse, casarse y tener a sus retoños, pero incluso el dejarnos antes de tiempo lo hicieron los cuatro juntos.

Yo tenía solo doce años, pero recuerdo aquel día, aquella llamada a casa de mis padres, como si fuera ayer.

Los abuelos tenían ya sesenta y cinco años y mis abuelas sesenta, aquel era un viaje de esos del IMSERSO en el que pasarlo bien y disfrutar. Y así fue hasta que durante la vuelta, algo en el motor del autobús en el que iban falló, así como la dirección, provocando que el conductor perdiera el control y cayera, sin que nadie pudiera evitarlo, por un terraplén.

No sobrevivió nadie, y fue uno de los peores momentos que muchas familias vivimos, pues a fin de cuentas, nos conocíamos los unos a los otros.

Después del dolor por la pérdida de nuestros seres más queridos, mis padres, con treinta y seis años, pasaron a ser unos cocineros más del restaurante de las abuelas a los propietarios, y le dieron ese gran salto que a día de hoy seguíamos manteniendo.

Como decía, era mucho más exclusivo que cuando ellas lo pusieron en marcha, se aventuraron en la cocina moderna sin perder esos platos tradicionales que ellas hacían, fusionando muchos de ellos, y siempre, junto a la entrada de aquel lugar, estaría la foto de esas dos mujeres que tuvieron un sueño y lo hicieron realidad, ese que dejaron a sus hijos, y a mí misma, para que lo lleváramos mucho más allá de lo que ellas lo habían hecho.

Aprendí a cocinar junto a mis padres y mis abuelas, de ellas adquirí muchos de esos conocimientos que mis padre también tenían, y había heredado su libro de recetas, ese con el que solía practicar en casa para, al igual que mis padres, hacer una versión más actual.

Y mis conejillos de indias no podían ser otras que mis dos mejores amigas, Carmela, una pelirroja de ojos verdes y armas tomar, de veintinueve años, además de *influencer* de fama mundial que había ayudado a que nuestro restaurante estuviera entre los más visitados por turistas de todo el mundo que la seguían en redes, y Lola, rubia d
sojos marrones que ese mismo día cumplía veintisiete años, cuyo amor por los niños la llevó a formarse para ser profesora de primaria.

Éramos amigas desde los quince años de Carmela, catorce míos y trece de Lola, tras coincidir en campeonato de fútbol entre clases de nuestros institutos aquel verano, y desde ese momento nos hicimos inseparables.

Lola era la única de las tres que tenía pareja, Jaime, un encantador abogado de treinta y dos años del que se enamoró y con el que llevaba ya cinco años.

Se conocieron seis años atrás, cuando ella sufrió un accidente con el coche y contrató los servicios del abogado para que le llevara el caso contra la compañía del coche contrario, pues el conductor había sido el culpable, pero se negaba diciendo que era culpa de ella.

Por suerte finalmente le dieron la razón a ella y la indemnizaron, para ese momento ya estaba rendida a los pies del abogado, y viceversa, y nos encontrábamos a un mes de su boda, pues se habían prometido la noche de Fin de Año, hacía ya seis meses.

Carmela, mis padres y yo, nos habíamos encargado de hacerle un regalo que nunca olvidaría, aunque debía reconocer que la teníamos un poco engañada, la verdad.

La influencer y yo decidimos regalarle la despedida de soltera por todo lo alto, esa para la que le dijimos que no s

preocupara de nada porque todo corría por cuenta nuestra. Ni qué decir que a ese gran evento nos acompañaría Lucía, la hermana pequeña de Jaime, que con veintitrés años estaba estudiando empresariales y era como una hermana para Lola, pues cuando se conocieron ella era una adolescente y eso de tener una hermana mayor le gustó.

Como decía, a Lola la teníamos engañada pues pensaba que nuestro destino era la capital de España, donde pasaríamos unos días las cuatro solas mimando a la futura novia y conociendo la noche madrileña, pero nada más lejos de la realidad.

A Madrid la llevábamos, sí, pero solo para hacer escala y coger el siguiente vuelo con destino a un lugar que, estábamos seguras, ella no esperaba.

Jaime y Lucía, también sabían dónde íbamos a viajar, pues si pasaba algo en aquel destino, era bueno contar con sun abogado que pudiera coger un avión y sacarnos del apuro.

Eso en palabras de Carmela, que era la más loca de las tres y podía liarla de cualquier manera.

—Cariño, ¿está listo el carpacho de la mesa diez? —me preguntó mi madre.

e—Sí, dame un segundo que lo emplato —sonreí.

De nuevo el bullicio de la cocina me devolvía al presente, a ese lugar en el que tantas horas pasaba y donde debía conocer, disfrutaba como una niña.
Muchas veces me dijeron que me presentara uno de esos concursos de cocina, que, seguro que llegaría a los puestos finales y, tal vez, ganaría.

Pero lo mío no era la televisión, era muy echada para adelante en algunas cosas, pero para otras, la más vergonzosa del mundo mundial, como decía Lola.

Incluso cuando Carmela venía a comer o a cenar al restaurante para subir uno de esos deliciosos platos que a ella tanto le gustaba fotografiar, aprovechaba para hacernos una foto a las dos y la subía diciendo que era la mejor che de todo Jerez.

En el restaurante no estábamos solo mis padres y yo, ellos se encargaban de las reservas y las mesas, mientras lo mío, era la cocina.

Pero no estaba sola allí, sino que entre los fogones de aquel lugar me acompañaban Miguel, un experto cocinero de cuarenta y dos años que ya llevaba con mis padres ocho años y Joel, nuestro ayudante de cocina y chico para todo.

eDel salón, además de mis padres, se encargaban Kike, de treinta años, y Bea, de veinticinco. Completábamos el

restaurante con Rodrigo, un camarero de treinta años que se encargaba de la barra.

Teníamos dos horarios de atención al público, de una a cinco para dar comidas y de ocho a once para dar cenas.

Tanto mis padres, como yo, llegábamos una hora antes que los demás para ir dejando preparados algunos de los platos del menú del día y las mesas listas para recibir a los nuevos comensales.

Terminé de emplatar el carpacho y lo llevé hasta la mesa donde dejábamos las comandas para que Kike y Bea lo sirvieran, no tardó en entrar ella con su habitual sonrisa y el uniforme del restaurante para coger los platos de su mesa.

Así eran mis días, haciendo de mi pasión por la cocina mi profesión, algo que como dije, llevaba en la sangre.

Seguí preparando platos y postres según entraban las comandas y pensaba en esa noche de sábado en la que, junto con mis dos mejores amigas, el futuro novio, la cuñada y mis padres, celebraría el cumpleaños de Lola, allí, en el restaurante, y a quien yo misma había preparado la tarta de cumpleaños.

Después iríamos los cinco a tomar una copa en algún local de moda, donde estaba segura que Carmela conseguiría colarnos a todos porque, al ser influencer, conocía los mejores lugares de Jerez para bailar y beber hasta que el cuerpo aguantara.

Me llegó un mensaje de Jaime al móvil recordándome que no me olvidara del regalo que le había comprado a su chica, y es que, como ya vivían juntos desde hacía un par de años, la conocía bien y sabía que no podía esconder sus regalos en casa, los acababa encontrando todos, así que me los daba a mí, para que se los mantuviera a buen recaudo, tanto los de cumpleaños, como los de Navidad, San Valentín y aniversarios.

Por suerte yo vivía sola en un piso pequeño, pero muy coqueto tipo loft, salón y cocina en abierto, una habitación y un cuarto de baño, y tenía una terraza que hacía las delicias de esta servidora, a quien le encantaba tomar el desayuno por la mañana con las preciosas vista de la Catedral frente a mi edificio.

ſMe independicé de casa de mis padres cuando tenía veinticuatro años, hacía ya cuatro, gracias a unos ahorrillos que tenía de la herencia de mis abuelos habían dejado para mí y con ayuda de mis padres, que se empeñaron en ayudarme a comprar el piso aun diciéndoles que no era necesario.

Pero no querían que me cargara con una hipoteca a largo plazo, así que entre todo el dinero que tenía lo compré y decoré a mi gusto.

Terminamos el turno de comidas y mientras los demás se iban a disfrutar de sus dos horas de descanso, mis padres y yo nos quedamos adelantando trabajo para la noche.

—¿A qué hora vendrán a cenar los chicos, hija? —preguntó mi padre.

—A las nueve y media estarán aquí.

—Vale, para organizar todo.

—Tranquilo, papá, que Kike y Bea ya están al tanto de que la sala es suya esta noche —sonreí.

—¿Avisaste también a Miguel y Joel?

—Sí, no te preocupes de nada.

—Cariño, sabes que cualquier cosa que necesiten, nosotros nos ponemos manos a la obra —le recordó mi madre.

—Lo sé, lo sé. Bueno, acabemos de preparar las mesas y dejemos todo listo.

—Voy a hacer más postres y dejo preparadas las salsas para los platos de pasta —dije, y ambos asintieron mientras preparaban las mesas.

Me gustaba mi vida, me gustaba mi trabajo, y lo que más amaba de todo era que ambas cosas las compartía con mis padres.

—A las nueve y media estarán aquí.

—Vale, para organizar todo.

—Tranquilo, papá, que Kike y Bea ya están al tanto de que la sala es suya esta noche —sonreí.

—¿Avisaste también a Miguel y Joel?

—Sí, no te preocupes de nada.

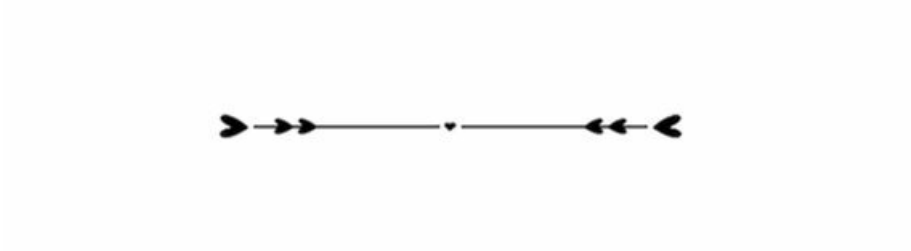
—Cariño, sabes que cualquier cosa que necesiten, nosotros nos ponemos manos a la obra —le recordó mi madre.

—Lo sé, lo sé. Bueno, acabemos de preparar las mesas y dejemos todo listo.

—Voy a hacer más postres y dejo preparadas las salsas para los platos de pasta —dije, y ambos asintieron mientras preparaban las mesas.

Me gustaba mi vida, me gustaba mi trabajo, y lo que más amaba de todo era que ambas cosas las compartía con mis padres.

Capítulo 2



A las nueve y veinte ya tenía la cocina organizada y en marcha, en ese momento entró mi madre, para decirme qu Carmela acaba a de llegar.

Dejé a Miguel y Joel al cargo de todo y salí a saludar a mi mejor amiga.

—Aquí está mi chef favorita —dijo con una de sus sonrisas y me abrazó—. Dime que has preparado un pastel de cumpleaños digno de fotografiar.

Desde luego, influencer hasta la muerte —reí.

—Nena, sabes que tus platos hay que mostrárselos al mundo.

—Lo sé, lo sé, y tú te encargas de ello —volteé los ojos.

—Efectivamente. Lola me ha puesto un mensaje, están llegando. Han pasado a recoger a Lucía.

—Genial, pues vamos a ir preparando la mesa.

Ya estaba preparada en cuanto a platos y demás, pero faltaba un toque único que íbamos a darle nosotras.

Camela había comprado un par de velas grandes que formaban el número veintisiete en color turquesa, así como un bonito arreglo de flores rosas y blancas para colocar en el centro de la mesa junto a las velas, de modo que Lol lo tuviera enfrente.

Y cuando al fin llegó la cumpleañera, la abrazamos y tiramos de las orejas como si no hubiera un mañana.

—Menos mal que me he puesto los pendientes pequeños, que me pongo los de aros y esta loca me los arranca de cuajo —dijo Lola, señalando a Carmela.

—Ya está echándome la bronca, y eso que es la pequeña de las tres —resopló Carmela.

—¿Dónde tienes el regalo? —me preguntó Jaime en un susurro cuando nos saludamos.

—En el bolso en la sala de descanso, ahora lo traigo.

—Vale, pero dámelo con disimulo.

—Tranquilo —sonreí.

Cuando mis padres se unieron a nosotros en la mesa, me excusé diciendo que iba a comprobar que en la cocina estuviera todo listo, para así poder coger el regalo.

Había que reconocer que Jaime tenía un gusto de lo más fino, y le había comprado un bonito conjunto de pulsera y gargantilla en oro blanco con dos preciosas esmeraldas engarzadas en forma de corazón.

Aproveché para pasar también por la cocina y pedirles a los chicos que no se olvidaran de que el solomillo de carne con salsa, uvas pasas y nueces, a Lola tenían que servírselo sin las nueces, ya que era alérgica.

Me ordenaron salir de la cocina como si fuera una intrusa, casi a empujones, y regresé al salón riéndome.

Ese par llevaban tanto tiempo entre nosotros, que eran como parte de la familia.

El sitio libre en la mesa era junto a Lucía, la hermana pequeña de Jaime, quien sabía que yo era la encargada de guardar los regalos y cuando me senté a su lado, sonrió extendiendo la mano. Ella estaba junto a Jaime y le podía dar la caja sin problemas.

Cuando él la tenía en su poder, me miró haciendo un guiño y la guardó sin que Lola lo viera.

Bea nos trajo la botella de vino que habíamos dejado enfriándose, y poco después empezó con esos entrantes que Carmela no dudó en inmortalizar para después subir a sus redes.

Eran unos pequeños y deliciosos canapés de hojaldre rellenos de queso crema con salmón, de crema de calabaza y de paté con boletus.

Mientras comíamos mis padres se interesaron por el trabajo de Jaime, en los últimos meses su bufete se había visto inmerso en varios casos por despido improcedente una fábrica con sede en New York que había estado haciendo reducción de plantilla y muchas familias se habían visto en la calle de la noche a la mañana.

Sin el sueldo y con los ahorros mermando, algunas de esas familias ya no sabían qué hacer para dar de comer a sus hijos.

Habían buscado trabajo en otras fábricas y aunque les habían contratado, eran solo empleos temporales que no les aseguraban esa estabilidad que habían tenido siempre.

Aún seguían luchando contra esa multinacional a quien parecía no importarle demasiado lo que les ocurriera a esos empleados que habían trabajado durante tantos años para ellos.

Sabían que sería un proceso largo y complicado, pero acabarían ganando y consiguiendo esa indemnización que Jaime estaba dispuesto a que les pagasen a todos ellos.

Tras aquellos entrantes Bea sirvió el primer plato, una crema de calabacín y menta que a Lola le encantaba. Carmela no tardó en tirar la foto a su plato, donde las rodajas de calabacín en tempura con las ramitas de menta encima que lo adornaban, resaltaban en aquella instantánea.

y

Para cuando llegó el momento del plato fuerte, estaban todos deseando hincar el diente al solomillo, ese que hizo las delicias de todos nuestros paladares.

Y no faltó el vino, ese que Bea se encargó de ir dejando en la mesa cuando se acababa una botella.

—Estaba todo delicioso, Maica —dijo Lola cuando acabamos.

—Si es que lo digo siempre, es la mejor chef. Debería ir a la tele, seguro que le hacían un libro de recetas.

—Carmela, que yo en la tele no salgo, ya lo sabes.

—Pues nada, vamos a crear tu propio canal de recetas de cocina. Yo me encargo de las fotos y hacer los vídeos.

—Deja, deja, no me hagas ningún canal de nada, que yo estoy feliz con lo que tengo.

—Nada, que no la hago influencer, hay que ver… —Volteó los ojos.

—Con las redes del restaurante, tenemos suficiente. Ya te encargas tú de etiquetarnos cuando subes una foto —
r reí.

—Ella, y los otros *influencers* que quieren probar vuestros platos —dijo Lucía—. Comparten muchos reels y demás publicaciones.

—Soy la cara conocida del lugar, que se note que hago bien mi trabajo —rio Carmela.

—Por eso te damos un buen pellizquito por tus post, querida amiga —volteé los ojos.

—Sabéis que lo haría gratis, pero os empeñasteis en pagarme.

—Y lo seguiremos haciendo —dijo mi madre—, eso no es negociable y lo sabes.

—No, no, yo dejé de discutir con ustedes respeto a eso, que siempre salía perdiendo.

Bea pasó a recoger platos y le pedí que trajera el pastel, teníamos hasta las velas para que las pudiera soplar, y no tardó en aparecer con aquel pastel de fresa, leche condensada y chocolate blanco que tanto le gustaba a la cumpleañera.

Cuando empezamos a cantarle el cumpleaños feliz, se cubrió el rostro con las manos, otra que tenía más vergüenza que todas las cosas, y Jaime se las retiró.

—*Te deseamos todos, cumpleaños feliz*… —terminamos de cantar y ella sopló las velas, mientras los demás aplaudíamos.

Todos los clientes se habían sumado a nuestra celebración y aplaudían mientras ella, se retiraba las lágrimas de los ojos.

—Muchas felicidades, Lola —dijo mi madre, mientras le entregaba un paquete—. Esto es de parte de Jesús y mía

—Ay, jolín, que no era necesario —suspiró—. Bastante que no me vais a dejar pagar la cena.

—Te hemos regalado todos los años, no pienses que vamos a dejar de hacerlo a estas alturas —le aseguró mi padre.

Cuando abrió el paquete y vio su perfume favorito acompañado de unos pendientes con forma de luna, les dio un par de besos a cada uno.

Lucía también le entregó su regalo, una cartera nueva de una firma que a Lola le gustaba mucho, y Carmela y yo le regalamos el bolso a juego.

El último regalo que abrió fue el de Jaime, y se emocionó al verlo.

—Esto lo estreno para el día de nuestra boda —dijo tras darle un beso.

—Me lo imaginaba —sonrió él.

Tras comer el pastel y brindar con champán por los veintisiete años de nuestra queridísima Lola, nos despedimos de mis padres y fuimos a seguir la noche los cinco por Jerez.

Como bien sabía, Carmela nos llevó a un local de moda en el que ella era una de las personalidades VIP que podía

entrar llevando a quien quisiera, cuando le viniera en gana.

Ni qué decir tiene que acabamos los cinco en un reservado donde un camarero nos traía la bebida según se iban vaciando nuestras copas.

Tal como auguraba, entre bailes, risas y copas se nos fue la noche, esa en la que algunos *influencers* que conocía Carmela se acercaron para saludar y hacerse algunas fotos con ella, y cuando el cuerpo ya no aguantaba más nos retiramos a casa a descansar.

Estábamos a solo una semana de hacer el que sin duda iba a ser el viaje de nuestras vidas, ese que ni la novia, ni nosotras, olvidaríamos, pues teníamos un buen itinerario para recorrer los rincones y lugares más emblemáticos y famosos de aquel rincón del mundo.

Solo esperaba que a la futura novia no le diera un infarto al conocer el verdadero destino de donde iba a celebrar su despedida de soltera.

s

Que se iba a sorprender, Carmela y yo lo teníamos claro, y queríamos que disfrutara de ese viaje sin preocuparse por absolutamente nada, tan solo de vivir la experiencia como aquel destino escogido merecía ser vivido.

.

a

entrar llevando a quien quisiera, cuando le viniera en gana.

Ni qué decir tiene que acabamos los cinco en un reservado donde un camarero nos traía la bebida según se iban vaciando nuestras copas.

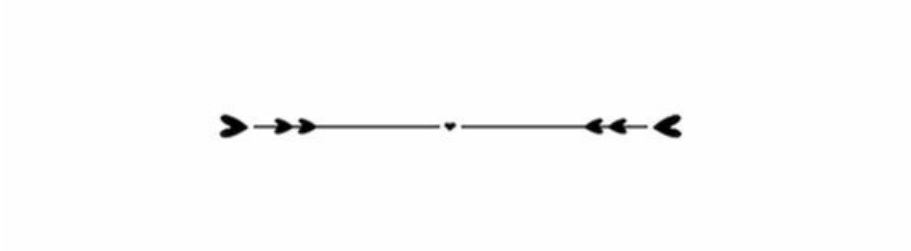
Tal como auguraba, entre bailes, risas y copas se nos fue la noche, esa en la que algunos *influencers* que conocía Carmela se acercaron para saludar y hacerse algunas fotos con ella, y cuando el cuerpo ya no aguantaba más nos retiramos a casa a descansar.

Estábamos a solo una semana de hacer el que sin duda iba a ser el viaje de nuestras vidas, ese que ni la novia, ni nosotras, olvidaríamos, pues teníamos un buen itinerario para recorrer los rincones y lugares más emblemáticos y famosos de aquel rincón del mundo.

Solo esperaba que a la futura novia no le diera un infarto al conocer el verdadero destino de donde iba a celebrar su despedida de soltera.

Que se iba a sorprender, Carmela y yo lo teníamos claro, y queríamos que disfrutara de ese viaje sin preocuparse por absolutamente nada, tan solo de vivir la experiencia como aquel destino escogido merecía ser vivido.

Capítulo 3



Eran las diez y media de la mañana de aquel sábado, una semana después del cumpleaños de Lola, cuando llegábamos al aeropuerto de Madrid.

—Hay que ir hacia la parada de taxis, ¿no, chicas? —preguntó Lola, que seguía pensando que su despedida de soltera iba durar solo un par de días en Madrid.

—No, no, vamos a buscar el Starbucks que tengo que hacerme un selfi para mis redes —dijo Carmela, tirando de su maleta.

—¿Y no puedes buscar uno ya en la calle? Que debe haber como cien en la capital —Lola volteó los ojos mientra la seguía.

—Es que en el aeropuerto queda más chic, cariño.

—Lola, déjala que ella es la que entiende —rio Lucía.

Caminamos por el aeropuerto hasta dar con la cafetería, pedimos cuatro cafés y unos bollos para desayunar, y nos sentamos en la mesa, tal como estaba Lola, cualquiera le decía que aún nos teníamos que quedar allí hasta que el vuelo que teníamos que coger saliera a las tres y cuarto del mediodía.

Seguía preguntando qué íbamos a hacer esos días, dónde teníamos pensado llevarla, y nosotras haciéndonos las suecas.

Por suerte Jaime la llamó para preguntar qué tal el vuelo hasta Madrid y la tuvo entretenida un rato, hasta que volvió a decir que saliéramos para ir a la parada de taxis.

—Es que no nos quedamos en Madrid, Lola —dije, y me miró como si le acabara de hablar en chino.

—¿Qué dices?

—¿De verdad pensabas que íbamos a celebrar tu despedida de soltera aquí, cuando podemos venir cualquier fin de semana? —preguntó Carmela— Qué poquito nos conoces…

—Pero vamos a ver, que yo le había dicho a Jaime, que nos quedábamos en Madrid. ¿Ahora cómo le digo que me voy a otro sitio?

—Por tu futuro marido no te preocupes, que él sabe más que de sobra dónde vas a estar —sonreí.

—¿Él lo sabe y yo no? Que soy la interesada.

—Todos lo sabemos menos tú, cuñada —rio Lucía.

—No me lo puedo creer…

—Venga, que todavía nos queda un rato por el aeropuerto. Vamos a hacer unas compras en el *Duty Free* —dijo Carmela.

Lola no dejaba de preguntar dónde la llevábamos, y nosotras sin darle una sola pista.

Según avanzaba la mañana teníamos a la pobre de lo más nerviosa, que a ella eso de que le dieran sorpresas les gustaba, pero por otro lado no tanto puesto que el no saber dónde iba la consumía.

Entramos a comer en una de las cafeterías, haciendo tiempo hasta que saliera el siguiente vuelo, y cuando se acercaba la hora, y tras un par de cafés y algunas fotos que hizo Carmela, fuimos hacia la puerta de embarque de donde salía nuestro segundo avión rumbo a la despedida de soltera.

Cuando vio que el vuelo era con destino a Dallas, nos miró sin entender nada, pero no preguntó.

Aunque tanto Carmela como yo sabíamos que, a esas alturas, Lola se preguntaba qué se nos había perdido a cuatro locas de Jerez en Dallas.

Si ella supiera…

Abordamos el avión y acabamos las cuatro cayendo en brazos de Morfeo apenas media hora después del despegue, normal puesto que nos habíamos levantado cuando más cantaba el gallo para ir temprano al aeropuerto, vamos, que pusimos nosotras las calles de Jerez aquel sábado de principios de julio.

Para cuando llegamos al aeropuerto de Dallas, casi a las ocho de la tarde, hora española, la una de la tarde hora local, teníamos un poquito descontrolado el ritmo del cuerpo con tanto vuelo.

—La salida es por ahí —señaló nuestra querida Lola hacia la derecha, al ver que todas íbamos para la izquierda.

e

—Vamos por un café, que el cuerpo lo pide —contestó Carmela.

—No sé por qué me da, que esto yo ya lo he vivido —Lola volteó los ojos.

—¿Están teniendo un *dejá vù* de esos? —preguntó Lucía.

—O me decís qué está pasando, o me vuelvo a Madrid, y con las mimas, a Jerez —dijo mientras se paraba, dejando la maleta, y cruzándose de brazos.

—Vamos por el café, anda, que te va a sentar de maravilla.

—Carmela, no me toques las palmas, que me conozco. ¿Es que mi despedida de soltera va a ser paseando por todos los aeropuertos del mundo? Que me veo como *Tom Hanks* en la peli *La terminal*, y eso ni es despedida de soltera, ni es nada.

—Que no cariño, que no. Que solo nos tenemos que quedar aquí hasta las diez de la noche que sale el último vuelo.

—A ver, Carmela, especifica, que se está poniendo verde —dije y miré a Lola—. Las diez de la noche hora española, las tres de la tarde aquí.

—¿En serio no podíamos haber tenido una despedida de soltera en Jerez? O en Madrid, como pensaba.

—Eso no es divertido, esto sí, cuñada —contestó Lucía pasándole el brazo por los hombros y la hizo empezar a andar de nuevo.

Aprovechamos ese tiempo de espera para llamar a casa y decir que estábamos bien, además de comprar algunas
ochucherías que nos habían apetecido a las cuatro.

Y a la hora prevista fuimos hacia la puerta de embarque, donde Lola vio al fin aquel destino que la esperaba para despedirse de la soltería.

—No me lo puede creer —dijo mientras reía y negaba—. ¿De verdad habéis pagado este viaje? Os ha tenido que salir por un ojo de la cara.

—Digamos que un riñón se acerca más —reí—. Mis padres, han ayudado un poco, todos queríamos que tuvieras una despedida de soltera que nunca olvidaras.

—Pero, chicas, entre los vuelos y la espera en los dos aeropuertos, se nos va casi un día completo.

—Y por eso vamos a estar allí una semana, porque este destino es para vivirlo y disfrutarlo más de un par de días —contestó Carmela.

—No voy a tener vida suficiente para agradeceros esto, de verdad que no —Lola se había emocionado, y cuando nos abrazó, se le escaparon algunas lágrimas.

Subimos al avión, nos acomodamos y pasamos aquellas últimas horas del vuelo, tras casi veintitrés horas desde que salimos de Jerez, contándole a Lola todo lo que teníamos planeado para ese viaje.

—*Señores pasajeros, les habla el comandante. En nombre de la compañía y de toda la tripulación, queremos agradecerles que nos hayan elegido para viajar. Y, ahora sí, ¡welcome to fabulous Las Vegas!*

Muchos de los pasajeros comenzaron a aplaudir, entre ellos Lola, que estaba la mar de emocionada.

Desde luego que no se esperaba que la fuéramos a llevar hasta la otra punta del mundo a celebrar su despedida de soltera, pero tanto Carmela, como yo, sabíamos lo mucho que a nuestra mejor amiga le gustaría visitar el Gran Cañón, un destino que sus padres, siempre tuvieron pendiente y que nunca pusieron visitar, pues fallecieron cinco años atrás.

Cuando el avión tomó tierra y comenzó a avanzar por la pista hacia la zona de desembarque, aprovechamos para desabrocharnos los cinturones y colocarnos las mochilas para ser de las primeras en coger las maletas y bajar del avión.

Una vez en el aeropuerto, y habiendo comprado tarjetas aptas para los móviles en Dallas, fuimos hacia la parada de taxis.

—Por fin vemos la calle, que al final se me iba a olvidar cómo era —dijo Lola cuando tomamos la primera bocanada de aire en Las Vegas.

—Pues prepárate, cariño, porque a partir de mañana, la ciudad es toda nuestra —Carmela le hizo un guiño y fuimos hasta el taxi que nos llevaría al hotel.

Durante el camino íbamos las cuatro observando todo cuanto nos rodeaba y sí, estábamos deseando empezar a conocer aquella ciudad de Nevada y cada rincón de los que Carmela y yo teníamos planeado visitar.

Llegamos al hotel y decir que era alucinante, era quedarse muy corta.
Todo lujoso y con un ambiente que invitaba a perderse por él.

Tenía piscina, spa, zonas de bar, discoteca, un casino, varias tiendas… Aquello era como un mini centro comercial.

Carmela no tardó ni dos segundos en hacerse un selfi para subir a sus redes. En cuanto hicimos el *check in* en la recepción, subimos a la sexta planta, donde nos habían reservado la suite, y alucinamos al verla.

—Esto es más grande que mi piso —dijo Carmela.

—Pues imagina el mío, al lado de esto es una cajita de cerillas —reí.

Tenía un salón súper amplio con un sofá en forma de L y una pantalla de televisión colgando del techo, donde sin duda parecería que teníamos a los actores de Hollywood allí con nosotras. Había dos habitaciones con dos camas cada una, y un enorme cuarto de baño compartido entre ambas con bañera y ducha.

—No quiero ni pensar lo que os ha costado este viaje.

—Pues no lo pienses, Lola, limítate a vivir y disfrutar de la ciudad del pecado.

—Madre mía, que no he venido aquí a serle infiel a mi futuro marido —rio.

—Quién sabe, cuñada, ya sabes lo que dicen de este lugar —Lucía sonrió al tiempo que se encogía de hombros.

—Lo que pasa en Las Vegas… —comenzó Carmela.

—Se queda en Las Vegas —terminé haciendo un guiño y la futura novia se echó a reír.

No, ella nunca le había sido infiel a Jaime, ni él a ella, y no empezaría a solo unas semanas de la boda.

Lo que estaba claro es que nosotras tres nos íbamos a encargar de que disfrutara al máximo de aquel viaje.

Tras escoger las habitaciones y colocar nuestras cosas, decidimos darnos una ducha y meternos en la cama. Allí aún era temprano, pero el viaje nos había dejado a todas sin fuerzas.

Queríamos recargar pilas y comenzar a empaparnos de todo el ambiente de Las Vegas al día siguiente, ese que sería el primer día de una semana donde, estaba segura, no iba a faltarnos de nada.

Carmela no tardó ni dos segundos en hacerse un selfi para subir a sus redes. En cuanto hicimos el *check in* en la recepción, subimos a la sexta planta, donde nos habían reservado la suite, y alucinamos al verla.

—Esto es más grande que mi piso —dijo Carmela.

—Pues imagina el mío, al lado de esto es una cajita de cerillas —reí.

Tenía un salón súper amplio con un sofá en forma de L y una pantalla de televisión colgando del techo, donde sin duda parecería que teníamos a los actores de Hollywood allí con nosotras. Había dos habitaciones con dos camas cada una, y un enorme cuarto de baño compartido entre ambas con bañera y ducha.

—No quiero ni pensar lo que os ha costado este viaje.

—Pues no lo pienses, Lola, limítate a vivir y disfrutar de la ciudad del pecado.

—Madre mía, que no he venido aquí a serle infiel a mi futuro marido —rio.

—Quién sabe, cuñada, ya sabes lo que dicen de este lugar —Lucía sonrió al tiempo que se encogía de hombros.

—Lo que pasa en Las Vegas… —comenzó Carmela.

—Se queda en Las Vegas —terminé haciendo un guiño y la futura novia se echó a reír.

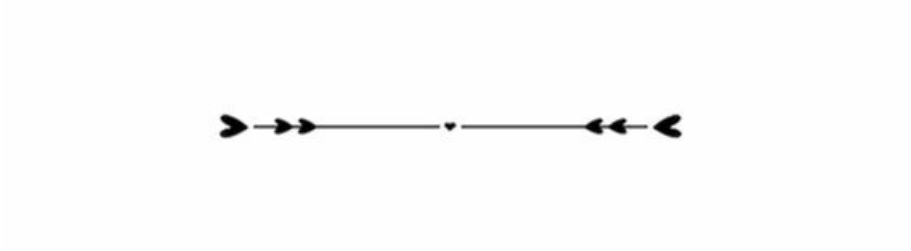
No, ella nunca le había sido infiel a Jaime, ni él a ella, y no empezaría a solo unas semanas de la boda.

Lo que estaba claro es que nosotras tres nos íbamos a encargar de que disfrutara al máximo de aquel viaje.

Tras escoger las habitaciones y colocar nuestras cosas, decidimos darnos una ducha y meternos en la cama. Allí aún era temprano, pero el viaje nos había dejado a todas sin fuerzas.

Queríamos recargar pilas y comenzar a empaparnos de todo el ambiente de Las Vegas al día siguiente, ese que sería el primer día de una semana donde, estaba segura, no iba a faltarnos de nada.

Capítulo 4



Aquel primer día en Las Vegas nos lo íbamos a tomar con calma.

Nos levantamos a las ocho y media, después de un largo y reparador sueño, y pedimos cuatro desayunos completos al servicio de habitaciones.

Café, huevos revueltos con bacon, pan tostado, zumo de naranja, fruta, mantequilla y mermelada. Nos íbamos a poner finas de comer antes de echarnos a la calle.

—Entonces, ¿estáis listas para el primer día, chicas? —pregunté tras aquel bocado de pan tostado con bacon y huevos que me supo a gloria.

—Deseando conocerlo todo —contestó Lola.

A las diez salíamos del hotel, le pedimos a la chica de recepción que llamara un taxi para nosotras, y con una sonrisa de lo más amable accedió encantada.

La que mejor hablaba inglés era Lucía, que hasta se hizo un máster para mejorarlo aún más y que le venía de perlas para la carrera de empresariales que estaba cursando.

Nosotras tres nos defendíamos muy bien, pero ver a Lucía hablar como si fuera americana de toda la vida, era una pasada.

El taxi nos dejó en nuestra primera parada, esa que no podía ser otra que el famoso cartel de entrada a la ciudad dando la bienvenida.

Decir que nos hicimos como unas cincuenta fotos entre las que había de cada una, en grupo o por parejas, no era ninguna exageración.
Eso sí, quedaron todas perfectas y preciosas.

Carmela subió una a sus redes y no tardaron sus seguidores en darle likes y comentar lo guapa que se veía.

Y es que ella salía de lo más glamurosa hasta con unos *shorts*, una camiseta y unas deportivas, luciendo como una modelo de pasarela, mientras nosotras tres parecíamos sacadas de un catálogo del Carrefour. Pero que también estábamos divinas, que todo había que decirlo.

—Regrese pronto —leyó Carmela en la parte trasera del letrero—. Pues igual para la próxima despedida de soltera, quién sabe —rio.

Tras la sesión de fotos junto al cartel para que quedara constancia de que sí habíamos estado allí y que no era un montaje con *photoshop*, comenzamos nuestro primer día en la ciudad paseando por *The Strip*, la avenida más famosa de Las Vegas y que era visita obligatoria.

Era el lugar más cinematográfico de aquel rincón del mundo, siendo protagonista en cientos de películas y series.

En aquella avenida, con más de seis kilómetros, desde el cartel de bienvenida hasta la torre del hotel *Stratosphere*, era el lugar en el que se encontraba la mayor parte del ocio de Las Vegas.

En nuestro paseo por ese rincón tan famoso, no pudimos ni quisimos perder la oportunidad de parar en los hoteles más importantes de la zona y hacernos algunas fotos.

El *Venetian*, el *Bellagio*, el famoso *Caesars Palace* o el hotel París entre otros, lugares preciosos exteriormente y que regalaban unas vistas espectaculares a sus visitantes.

Paramos en uno de los restaurantes que había para comer, nos decantamos por un sitio donde la carne a la brasa olía que daba gusto, además de una ensalada y nos lanzamos de lleno por unos lomos de ternera acompañados de patatas y salsa barbacoa, que estaban de muerte.

Seguimos con el paseo por aquella avenida y entramos en algunas de las tiendas a comprar recuerdos, queríamos llevarnos algo que no nos hiciera olvidarnos nunca de aquel viaje, y no estaba de más llevarles algo también a mis padres y a Jaime.

A las seis nos sentamos en una terraza a disfrutar de un café y aprovechamos para llamar a mis padres, hice una videollamada y se alegraron de ver que estábamos todas bien, sonrientes y felices.

—Verlo así, en directo, es mucho mejor que en las películas, mamá —dije—. Tenéis que venir a conocerla.

—Cuando nos jubilemos, buscamos una agencia de viajes que organice uno allí con el IMSERSO —contestó mi padre.

—Ay, Jesús, que tan lejos no os traen, como mucho a Benidorm —rio Carmela.

—Pues ya iremos solos, antes de jubilarnos.

—Eso sí, en un par de añitos podéis venir.

—Sí, que ya se queda vuestra hija de encargada del fuerte —comentó Lola.

Después de hablar un poco más con ellos y quedar en llamarlos en otro ratito, pasamos a llamar a Jaime.

En España eran las nueve y media y él ya estaría en la cafetería al lado del bufete tomando un desayuno antes de entrar.

No nos equivocamos, y vimos al señor letrado dándole un bocado a la tostada de jamón con tomate que se estaba metiendo entre pecho y espalda.

—Eso, tú, danos envidia —reí.

—Será que me llamáis para que vea lo mal que estáis —volteó los ojos—. Por ahí veo cafés y bollos.

—Una merienda rápida para reponer fuerzas, hermanito, que estamos en una avenida que tiene seis kilómetros y no querrás que nos deshidratemos o algo mientras la recorremos.

—No, por Dios, eso no. ¿Qué tal la ciudad, preciosa? —le preguntó a Lola.

—Una pasada, tenemos que venir aquí los dos solos.

—Venga, pues voy a ir llenando una huchita para el viaje y el año que viene, te llevo de nuevo.

Jaime no lo ganaba mal en el bufete en el que estaba, era uno de los mejores de todo Jerez y tenía un buen sueldo, al igual que Lola como profesora, pero ninguno de los dos era derrochón y siempre se habían encargado de tener un buen colchoncito por si el día de mañana lo necesitasen.

Nos despedimos de él las cuatro de igual modo, agitando la mano y diciéndole: “adiós Jaime”, como si fuéramos los Ángeles de Charlie despidiéndose de él, con ese mismo tono.

Continuamos con el recorrido por *The Strip*, entramos en algunas de las tiendas que veíamos en el camino, y en una de ellas encontramos algo que pensamos que sería perfecto para esa noche en la que tendría lugar la verdadera celebración de la despedida de soltera de Lola.

Compré cuatro ligas iguales, en rosa y blanco, y Lola me miraba negando y muerta de risa.

—Y no hemos más que empezar, que de aquí a la noche de la despedida, tenemos un look que envidiarán hasta en

Hollywood —le dije.

—Me lo creo, me lo creo —ella no paraba de reír, pero es que me conocía muy bien desde hacía más de diez años

Regresamos al hotel y subimos a la suite para darnos una ducha por turnos.
Carmela se quedó para el final, ya que estuvo subiendo algunas fotos de ese día a sus redes y miró a ver qué modelo se ponía para la cena.

Las marcas que le pagaban por patrocinar sus prendas, así como los productos de maquillaje, estaban enviándole artículos nuevos todas las semanas, así que había llevado todos los que recibió el viernes para lucirlos en Las Vegas.

Cuando estábamos las cuatro listas, salimos de la suite y bajamos hasta uno de los restaurantes, donde esa noche, como cada lunes según nos dijo la camarera, había un concurso para elegir al mejor Elvis.

Echamos un vistazo a la carta y además de vino, pedimos unos entrantes de marisco que tenían muy buena pinta, y un pavo asado con foie que me llamó la atención.

No habían hecho más que servirnos los entrantes, y el encargado de presentar el concurso saludó a todos los presentes dándonos las bienvenida.

Dio paso al primer aspirante a ganador al mejor Elvis de la noche, y este, con un traje negro con bordados plateados, las gafas de sol, el tupé y las botas, saludó con una amplia sonrisa mientras se ponía en posición.

Un par de segundos después, comenzó a cantar aquel tema romántico que llegaba al corazón desde hacía décadas.

—*Love me tender, love me sweet. Never let me go.…*

Todo el mundo permaneció en silencio escuchándolo, lo hacía con ese mismo tono de voz que recordaba al propio Elvis, apodado el Rey, y del modo en el que lo hacía calaba tan hondo que era imposible no emocionarse.

Una enorme ovación de aplausos resonó en el restaurante cuando acabó su interpretación, esa que dio pasa a la siguiente, y a la siguiente, y así hasta que veinte Elvis cantaron algunas de sus canciones.

Todos y cada uno de ellos nos hicieron ver al propio Rey en aquel escenario, con sus monos, sus gafas, las botas y el tupé, y algunos incluso con ese pañuelo anudado al cuello.

Solo había tres ganadores, primer, segundo y tercer puesto.

Nosotros, los espectadores, éramos quienes debíamos decidir con nuestros votos que tres nos habían gustado más, por lo que en cada mesa había un papel por comensal donde habíamos apuntado al final de la última actuación el

número de cada uno.

Media hora después, el presentador llamó a todos los Elvis participantes y dijo que, tras unas votaciones de lo más reñidas hasta el último papel contabilizado, tenían a los tres ganadores de la noche.

En el tercer puesto quedó el Elvis que interpretó una magnífica versión del mítico, *Jailhouse Rock*. En el segundo puesto, el Elvis que cantó con mucho sentimiento aquella balada titulada *Can't Help Falling in Love*.

—Y el ganador de la noche —dijo el presentador con el micrófono en una mano y el papel con los nombres en la otra—. Es el Elvis número uno y su canción *Love me tender*.

Todos nos pusimos en pie para ovacionar al ganador, ese que no dejaba de sonreír y dar las gracias.

Cuando los tres recibieron sus correspondientes premios, cogieron un micrófono y empezaron a cantar un último tema.

—*Bright light city gonna set my soul…* —comenzó el ganador, al que siguió el segundo con otra frase, y el tercero posteriormente.

Para cuando llegaron al estribillo de aquella otra mítica canción, acorde con el lugar en el que nos encontrábamos, los veinte Elvis cantaron al unísono haciendo que todos los que los observábamos, nos uniéramos a ellos.

—*Viva Las Vegas, Viva Las Vegas…*

Sin lugar a dudas, aquella primera noche estaba siendo una pasada para nosotras, viviendo de primera mano un momento como aquel en el que tantos Elvis cantaban con ese mismo tono y chorro de voz del Rey de Las Vegas.

Cuando acabaron aquella increíble interpretación, el presentador dijo que quien quisiera podía hacerse una foto con todos los Elvis, así que muchos de nosotros bajamos para esperar nuestro turno.

Carmela, que era muy dicharachera y descarada ella, les dijo que era una reconocida influencer española y les preguntó si podía subir las fotos a sus redes, a los que todos ellos accedieron encantados.

Le hicimos una con los veinte y otras tantas con varios de ellos.

Lola, Lucía y yo también nos las hicimos, fueron todos súper amables y se notaba que estaban más que acostumbrados a esos momentos.

Decidimos ir a uno de los bares a tomar una copa y nos decantamos por un cóctel que el camarero nos dijo que era muy suave y apenas tenía alcohol, no era como si fuera un problema para nosotras que llevara mucho, pues como habíamos dicho cuando llegamos, lo que pasara en Las Vegas, allí se quedaba.

Vimos a varios hombres en traje por allí, todos con pinta de empresarios que, suponíamos, estaban de viaje por negocios o cerrando algún acuerdo.

—Bueno, Lola, ¿qué tal tu primer día en la ciudad del pecado? —preguntó Carmela.

—Genial, la verdad —sonrió—. Ha estado genial. Pero ahora nos vamos a la cama, ¿eh? Que con todo lo que he caminado y comido hoy, voy a dormir como un bebé.

—Sí, sí, aprovecha para dormir que mañana después del desayuno, tenemos otro *tour* por la ciudad —le dije.

Nos terminamos la copa y, tras darle las buenas noches al camarero, que nos respondió de igual modo y con una amplia sonrisa, regresamos a la suite para descansar.

Antes de meterme en la cama, y aprovechando que Carmela, mi compañera de habitación, estaba subiendo sus fotos con todos los Elvis, salí a la terraza y llamé a mis padres para ver cómo estaba yendo el restaurante sin mí.

—Pues bien, hija, tranquila que cuando vuelvas, sigue en pie —rio mi padre.

Hablé un ratito con ellos, me pidieron que tuviéramos cuidado y tras decirnos que nos queríamos, volví a entrar en la habitación y me metí en la cama.

Aquel primer día había sido increíble, y estaba deseando ver qué más nos deparaba aquella ciudad.

Me moría por ver aquellos lugares que Carmela y yo habíamos visto en Internet, y que podíamos visitar, sobre todo, quería vivir esa aventura con mis amigas al máximo.

Ese era un viaje que estaba segura no íbamos a olvidar.

Vimos a varios hombres en traje por allí, todos con pinta de empresarios que, suponíamos, estaban de viaje por negocios o cerrando algún acuerdo.

—Bueno, Lola, ¿qué tal tu primer día en la ciudad del pecado? —preguntó Carmela.

—Genial, la verdad —sonrió—. Ha estado genial. Pero ahora nos vamos a la cama, ¿eh? Que con todo lo que he caminado y comido hoy, voy a dormir como un bebé.

—Sí, sí, aprovecha para dormir que mañana después del desayuno, tenemos otro *tour* por la ciudad —le dije.

Nos terminamos la copa y, tras darle las buenas noches al camarero, que nos respondió de igual modo y con una amplia sonrisa, regresamos a la suite para descansar.

Antes de meterme en la cama, y aprovechando que Carmela, mi compañera de habitación, estaba subiendo sus fotos con todos los Elvis, salí a la terraza y llamé a mis padres para ver cómo estaba yendo el restaurante sin mí.

—Pues bien, hija, tranquila que cuando vuelvas, sigue en pie —rio mi padre.

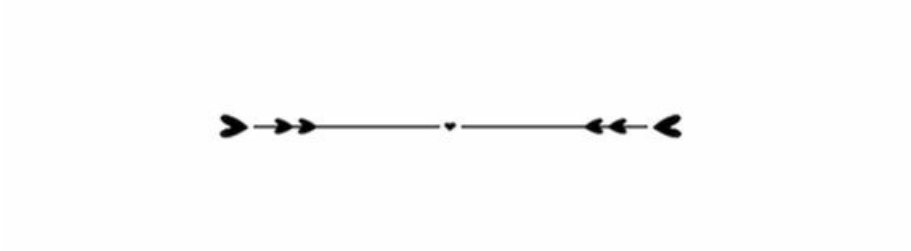
Hablé un ratito con ellos, me pidieron que tuviéramos cuidado y tras decirnos que nos queríamos, volví a entrar en la habitación y me metí en la cama.

Aquel primer día había sido increíble, y estaba deseando ver qué más nos deparaba aquella ciudad.

Me moría por ver aquellos lugares que Carmela y yo habíamos visto en Internet, y que podíamos visitar, sobre todo, quería vivir esa aventura con mis amigas al máximo.

Ese era un viaje que estaba segura no íbamos a olvidar.

Capítulo 5



Esa segunda mañana en Las Vegas también pedimos el desayuno al servicio de habitaciones, nos lo tomamos con calma al igual que el día anterior, y empezamos con un momento de relax en el spa del hotel.

—Donde vamos a ir hoy es mejor hacerlo de noche, porque tienen un espectáculo que dicen es una auténtica pasada —comentó Carmela mientras bajábamos en el ascensor hacia la zona del spa.

Una vez allí, las chicas que se encargaban de atenderlo, nos entregaron un albornoz y unas zapatillas blancas, ambos con el logo y el nombre del hotel bordado en azul marino, y nos acompañaron hasta la zona de baños.

Una vez allí nos dijeron que si queríamos que nos dieran un masaje, no dudáramos en hacérselo saber.

—Pues mira, después un baño aquí con los chorros estos que tienen que ser una maravilla, no descarto un masaje —dijo Lola—. Necesito quitarme tensión, que vaya semanas he tenido con los últimos preparativos de la boda.

—¿Pero ya se solucionó todo? —pregunté, pues sabía que los de la floristería la habían dejado colgada y tuvo que buscar otra deprisa y corriendo. El cáterin corría por cuenta del restaurante de mis padres.

—Sí, la chica de la floristería ha sido majísima, la verdad. No me puso problema, al contrario, dijo que se iba a volcar en encontrarme las flores que quería y que estaría todo perfecto para mi gran día.

—Me alegro, cariño —sonreí.

Nos quedamos las cuatro allí en aquella zona de chorros, como decía Lola, una media hora disfrutando de lo relajante que era el modo en el que el agua golpeaba cada músculo del cuerpo.

Y cuando decidimos que teníamos suficiente agua, fuimos en busca de las chicas para pedirles un masaje.

Las seguimos hasta una sala donde había cuatro camillas, nos pidieron que nos recostáramos en ellas y esperásemos a sus compañeros.

Cuando vimos a los muchachos en cuestión, Carmela dijo que aquello sí que eran cuatro pecados de cane y hueso

—Mira, con ese pecaría de avaricia, porque me lo comería entero —dijo señalando al chico de piel tostada que se había colocado junto a la camilla de Lucía—. Con ese moreno de ahí, pecaría por lujuriosa, cómo está la criatura, madre mía. Y esos dos, el bombón de licor y el dios nórdico, me harían pecar de gula, porque me los iba a comer los dos sin remordimiento alguno.

—Menos mal que no te están entendiendo ni papa, Carmela, porque si no… —Volteé los ojos.

—Yo no lo tengo tan claro —murmuró Lucia—. El dios nórdico se está riendo.

—El dios nórdico habla español perfectamente —sonrió este—, y no es el único.

—Todos lo hablamos, en realidad —contestó el que ella había bautizado como bombón de licor.

—Ay, Dios —Carmela se cubrió la cabeza con la toalla después de agacharla.

—Si es que te pierde la boca, Carmela —rio Lola.

—Así que, somos la gula, ¿eh? —le preguntó el nórdico quitándole la toalla.

—Qué vergüenza.

—Bueno, vamos a daros esos masajes, chicas —dijo el de cabello negro.

—Por lo que más quieras, dime que no son de esos de final feliz, que me muero —le pidió Carmela.

—No, pero si quieres, el dios nórdico estará encantado de hacerte uno.

—No, no, no. Limítate a los hombros y la espalda, que de lo demás estoy estupendamente.

Nosotras tres acabamos muertas de risa, pero es que así era ella, a veces hablaba más de la cuenta.

Pero claro, quién habría imaginado que allí, en Las Vegas, íbamos a dar con cuatro hombres que hablaban español tan perfectamente.

Los chicos se centraron en nuestros masajes, preguntaron el motivo de nuestro viaje y dije que estábamos ahí por la despedida de soltera de Lola.

Nos comentaron que en la zona de bares había uno dedicado a los *shows* de *striptease*, tanto masculinos como femeninos, y que podría ser una experiencia que recordar para la futura novia.

.

Nos quedamos con la idea de ir la noche en la que sería la despedida oficialmente, y tras el masaje, y que Carmela había estado más callada que Mudito, el de Blancanieves, fuimos a darnos una ducha a la zona de baño del spa y nos volvimos a vestir.

a

Comimos allí mismo y matamos el tiempo entrando en las diferentes tiendas del hotel, así como jugando en algunas de las máquinas tragaperras del casino.

Eran las siete y media de la tarde cuando nos fuimos a la calle una vez más.

Cogimos un taxi que nos llevó hasta la parte antigua de la ciudad, donde se encontraba *Fremont Street*, la segunda calle más famosa que visitar en Las Vegas.

Al igual que la mañana anterior en *The Strip*, recorrimos aquella calle de la ciudad haciéndonos fotos en muchos de los lugares más llamativos, como muchos de esos carteles de neón antiguos donde, el que más destacaba de todos, era el famoso *Vaquero de Vegas Vic*, un símbolo sin lugar a dudas para esa ciudad.

Entramos en algunas de las tiendas y en una de ellas vi cuatro pulseras de plata con una estrella de seis puntas como colgante.

Las compré y las guardé para añadir al *look* que llevaríamos en esa gran despedida de soltera.

Tras un largo paseo paramos delante de una hamburguesería donde vimos unas hamburguesas de tamaño triple XL por lo menos. Pero no eran las únicas, pues los perritos calientes y los sándwiches también eran enormes.

—Con una de esas comemos dos —dijo Lola.

—Desde luego, y si me apuras, hasta tres —reí.

—Venga, vamos a entrar, que ver tanta comida me ha dado hambre.

Acabamos pidiendo una hamburguesa, un perrito y un sándwich, acompañado de una maxi ración de patatas para compartir, pero es que allí todo era de gran tamaño.

l

Nos sirvieron los refrescos que habíamos pedido y unos nachos como aperitivo mientras esperábamos los platos fuertes, y ahí estaba Carmela con el móvil en la mano tirando fotos a cada plato que iba llegando.

Estaba todo buenísimo, y con ese sabor americano que era espectacular.

Después de la cena y de tomarnos un batido de fresa, para contrarrestar todo lo salado que acabábamos de comer con un poco de dulce, acompañado de unas tortitas, volvimos hacia la calle y seguimos recorriendo *Fremont*

Street.

El mayor reclamo de aquella calle de Las Vegas era el conocido *Fremont Street Experience*, que consistía en un show de luces, vídeo y sonido que se realizaba cada noche en una de las pantallas más grandes que existía en el mudo y que cubría una gran parte de esa calle.

Ver aquello de primera mano fue una pasada, y ninguna de las cuatro perdimos la ocasión de grabarlo con nuestros móviles y tener aquello como un recuerdo de ese viaje.

Era tarde para nosotras, pero de día en España, por lo que le envié un mensaje a mi madre, con el vídeo para que lo vieran.

Regresamos caminando al hotel y compramos un café de camino, paramos en algunas fachadas para hacernos fotos, dado que la ciudad de noche iluminada era algo increíble de ver, y nos topamos con un *Elvis* y una *Marilyn Monroe* paseando por la calle.

—Lo siento, pero quiero una foto con los dos —dijo Lola.

—Claro que sí, cariño, vamos que yo te traduzco —Lucía la cogió del brazo y nos acercamos a ellos, quienes amablemente accedieron a tomarse unas fotos con nosotras.

La verdad era que con quienes nos íbamos cruzando por aquella ciudad, resultaban ser de lo más amables y simpáticos.

Cuando regresamos al hotel fuimos directas a la suite y sin perder tiempo, nos pusimos el pijama y nos sentamos en aquel sofá con forma de L para ver un rato la televisión.

—Mirad, CSI Las Vegas en versión original —dijo Lucía tras encenderla.

—Pues nada, vamos a ver una serie de crímenes y esta noche, todas con pesadillas —Lola volteó los ojos.

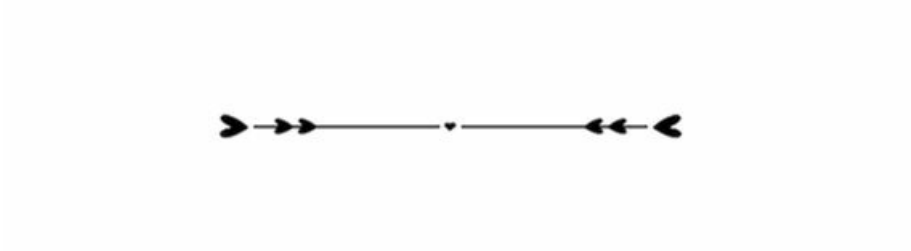
—Mira que si amanecemos y está el hotel lleno de polis guapos investigando un crimen.

—Carmela, no llames al mal fario, hija, que si eso pasa, nos quedamos aquí encerradas más de una semana.

—Si pagan los billetes de vuelta después los de la poli, por mí… —se encogió de hombros y nos echamos a reír.

Poco después nos fuimos a la cama, cansadas y agotadas, para recuperar las fuerzas que necesitaríamos al día siguiente para volver a recorrer las calles de la ciudad.

Capítulo 6



Tercer día en Las Vegas, y entendía por qué la gente decía que había que visitar la ciudad al menos una vez en la vida.

Aquel lugar era como un recorrido por el mundo en apenas unos días.

Después de un desayuno digno de las reinas que éramos, empezamos con la ruta prevista para ese día.

Cuando el taxi nos dejó frente al hotel *Caesars Palace*, nos quedamos las cuatro con una sonrisa bobalicona en la cara al ver el lugar de ocio que visitar, sí o sí, en Las Vegas.

The Linq Promenade, un paseo peatonal al aire libre donde disfrutar de la gastronomía de todo el mundo en sus diversos bares y restaurantes.

Por lo que habíamos visto Carmela y yo, allí había donde elegir, desde el típico *fish and chips* al más puro estilo americano, pasando por pastelerías cuya especialidad eran los *cupcakes*, y sí, en una de ellas teníamos que hacer parada obligatoria para endulzarnos la vida y el alma, y que nuestra influencer favorita hiciera algunas fotos.

—Esto es una pasada, me siento ahora mismo como en un programa de Españoles por el Mundo —dijo Lucía, al ver aquella mezcla de edificios y colores.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Lola.

—Por donde queráis, lo vamos a ver todo —rio Carmela.

Recorrimos aquel paseo haciéndonos un montón de fotos, y fuimos directas a la atracción que más llamaba la atención de todo el que visitaba ese lugar, la *High Roller*, que con sus ciento sesenta y siete metros de altura, era una de las norias más grandes del mundo.

Subimos a la cabina, toda ella acristalada para evitar accidentes, y desde lo más alto disfrutamos de unas vistas privilegiadas de Las Vegas.

—Menos mal que ninguna sufrimos de vértigo —dije.

—Pues sí, porque ahora toca algo un poco más fuerte —contestó Carmela, con esa sonrisilla diabólica que tenía.

En cuanto bajamos de la noria fuimos directas hacia la *Fly LINQ*, la famosa tirolina de Las Vegas.

—Estáis locas —dijo Lola al ver dónde la habíamos llevado—. ¿De verdad pensáis que voy a tirarme desde una altura de trescientos metros a unas pocas semanas de mi boda?

—Trescientos cuarenta y un metros para ser exactas, cariño —contestó Carmela.

—Oh, claro, perdón, culpa mía, no pensé que fuera importante un metro arriba o abajo. No, yo desde ahí arriba, n me tiro.

—Anda que no, desde ahí nos tiramos todas, así tenga que subirte ahí arriba de los pelos —le dijo Lucía.

—Tú quieres que me haga papilla contra el suelo para que no me case con tu hermano —Lola entrecerró los ojos —. No me esperaba esto de ti, cuñada.

—Ya está la *Drama Queen* —Carmela volteó los ojos al tiempo que sonreía.

Al final entre todas la convencimos, y nos tiramos desde la tirolina liberando estrés mientras gritábamos.

Fue una experiencia increíble, que incluso a la dramática de Lola le gustó.

Entramos en varias de las tiendas donde compramos incluso algunas prendas de ropa de estilo *hippie* que a Lola le gustaron, y tras eso decidimos ir a comer.

Lo hicimos en un restaurante donde la especialidad era el *fish and chips*, y después tomamos café con *cupcakes* en una de las pastelerías.

Pasamos por delante de varios casinos e incluso nos encontramos con una bolera. Sin lugar a dudas *The Linq Promenade* era el auténtico lugar de ocio de la ciudad.

Una de las cosas que podía hacerse en Las Vegas mientras estabas de turismo, era visitar los hoteles que se encontraban a lo largo de *The Strip*, y esa tarde decidimos hacerlo.

A pesar de que los habíamos estado viendo en nuestro primer día, no nos detuvimos en cada uno de ellos para contemplarlos y hacer las fotos de rigor.

Todos ellos eran de temáticas diferentes, llenos de casinos, bares, tiendas, *spa*, al igual que en el que nos alojábamos nosotras, lo que podría considerarse una auténtica mini ciudad.

Nos detuvimos frente al *Hotel Luxor*, ese inspirado en la civilización egipcia cuya pirámide era un reclamo perfecto para quien quisiera tomarse unas fotos, como nosotras cuatro, que acabamos posando como si fuéramos egipcias.

Lucía quedó encantada con el *New York New York*, cuya fachada era simulando la del *Skyline* de la ciudad, por no hablar de la réplica, un poco más pequeña que la original, eso sí, de la famosa *Estatua de la Libertad*.

Paramos ante el *Hotel París* y nos tomamos varias fotos con la réplica de la preciosa *Torre Eiffel*, de más de cien metros de altura. Nos adentramos en el *Caesars Palace* y tomamos un café mientras nos maravillábamos con las decoraciones al más puro estilo de la antigua Roma.

Visitamos también el *Excalibur*, un hotel que recreaba un auténtico castillo medieval donde podrías imaginar que estabas en la época más artúrica de la historia. Y, por último, entramos a disfrutar del hotel que todas queríamos ver, *The Venetian*, donde podíamos dar un auténtico paseo en góndola en esos canales que simulaban a la perfección los verdaderos canales de Venecia, en Italia.

—Por favor, qué foto más chula me va a quedar ahí, en el puente, con esos gondoleros de fondo —dijo Carmela mientras paseábamos por la zona.

Dicho y hecho, ella me dio el móvil y yo le tiré varias fotos para que escogiera la que más le gustase.

Y de pronto todos los gondoleros, los que paseaban a turistas por aquellos canales y los que esperaban a su próximo pasajero, comenzaron a cantar a coro el famoso y conocido… *"Oh, sole mio"*.

Fuimos hacia una de las góndolas, nos subimos las cuatro con la ayuda del gondolero, y estuvimos durante todo el paseo haciéndonos fotos y cantando con él, que sonreía al mirarnos y hasta acabó posando para unas fotos que Carmela quería subir a sus redes.

Tras aquel momento como si estuviéramos en la propia Venecia, y sin habernos caído de la góndola, que ya era todo un milagro, nos tomamos un café con las vistas de aquellos puentes en uno de los bares que había en el hotel

Cuando acabamos cogimos un taxi para llegar hasta el final de *The Strip*, donde se encontraba otro de los lugares que visitar en la ciudad del pecado, el *Hotel Stratosphere*, donde subiríamos a lo más alto de su torre de trescientos cincuenta metros y disfrutaríamos de las vistas que ofrecía su mirador.

Estaba cayendo la tarde y pronto comenzaría a anochecer, y en ese momento, cuando el sol comenzaba a ocultarse dando paso a esos tonos anaranjados en el cielo que pronto sería completamente negro, era una vista impresionante.

Aquel viaje lo estábamos disfrutando todas al máximo, sin lugar a dudas era una despedida de soltera que Lola no olvidaría jamás, pero esas vistas, esa panorámica de Las Vegas que teníamos ante nosotras, era una auténtica maravilla que no querríamos olvidar.

Después de algunas fotos tras haber permanecido allí observando la ciudad y el final del día, regresamos al hotel.

Entramos al restaurante a cenar, donde pedimos un par de ensaladas para compartir y algo de pescado, y cuando terminamos fuimos a tomar una copa al bar.

—¿Cómo os quedáis si os digo que yo me iría ahora al casino? —dijo Carmela.

—¿A jugar a las tragaperras? —pregunté.

—Por mí, bien, que igual hoy también estoy en racha —rio Lucía, recordando que había conseguido trescientos dólares en un par de máquinas.

—Pensaba más en la ruleta, ya sabéis, negro par y pasa, rojo impar…

—Carmela de aquí sale con ludopatía, verás —Lola volteó los ojos.

—Que no, mujer, es solo por probar. Tiramos un par de veces cada una, y ya, nos vamos a la suite.

—Dos tiradas, no más —Lola la señaló con el dedo.

—Palabrita de niña buena —contestó llevándose los dedos a los labios y dándose un beso.

—Niña buena, dice… —Lucía volteó los ojos— Un angelito va a resultar que es y nosotras sin saberlo.

—Cuidado, pequeñaja, no te metas con los mayores.

—No, no, yo mejor ver, oír y callar.

Tras la cena fuimos al casino, ese lugar en el que las luces siempre estaban encendidas y cualquier persona que se adentrara en sus múltiples zonas y pasillos, perdía la noción del tiempo, pues no sabía si era de día, o de noche. Cambiamos doscientos dólares por fichas y nos dispusimos a perderlo, pero la experiencia de jugar una vez en un auténtico casino de Las Vegas, no nos la iba a quitar nadie.

Llegamos hasta la zona de las ruletas y nos acercamos a una en la que no había más que un par de hombres jugando mientras tomaban un whisky.
Carmela se sentó en una de las sillas libres, y nosotras tres nos quedamos de pie a su lado.

—¿Desean jugar, señoras? —preguntó el crupier en inglés, como todos allí, y nosotras lo miramos arqueando la ceja.

—Empezamos mal —contestó Carmela—. Somos señoritas, aunque a esta —señaló a Lola—, le queda poco para estar casada y pasar a ser una señora.

—La madre que la parió, que guantazo tiene —rio Lola.

—Mis disculpas, señoritas.

—Ahora nos entendemos —dijo Carmela con una sonrisa mientras le señalaba—. Veamos… Sí, veinte dólares al cuatro rojo —puso las fichas sobre el número.

—¿Apuesta a uno a uno, dos a dos, o…? —preguntó el crupier.

—¿Eh? —contestamos las cuatro mirándolo con cara como si hablara chino.

Tras sonreír y ver que éramos cuatro principiantes que íbamos a perder el dinero, nos explicó un poco las apuestas que podíamos hacer. Si apostábamos nuestro dinero en la tirada uno a uno, quería decir que si ganábamos, recibíamos lo apostado y esa misma cantidad, así fue mencionando apuestas con una paciencia infinita, esa misma que mostraban los hombres sentados y esperando.

Nos decantamos por esa primera opción, más que nada por probar y si no ganaba, solo perdía veinte dólares.

Los dos hombres pusieron sus fichas en otro número distinto, y el crupier lanzó la bola en la ruleta que no dejaba de girar.

Nos quedamos allí las cuatro mirando cómo la pequeña bolita de madera rodaba y daba saltitos por la ruleta, Carmela incluso tenía los dedos cruzados, y cuando la ruleta se detuvo…

—Cuatro rojo par —dijo el crupier.

—He ganado —murmuró Carmela—… ¡He ganado!

Incluso los hombres sonreían al ver la suerte del principiante.

Teníamos cincuenta dólares cada una para apostar en esas dos tiradas, y la condenada influencer había apostado menos de la mitad y aparte de recuperarlo, ganaba lo mismo.

Tiró de nuevo, probando suerte esta vez con cincuenta dólares y en una tirada un poco más arriesgada, la de ocho

a uno.
Carmela colocó sus fichas por valor de cincuenta dólares en medio de los cuatro números sobre los que apostaba y si uno de ellos era el que salía, ganaba ocho veces lo apostado.

Sobraba decir que estábamos las tres detrás de Carmela con el corazón encogido, aunque solo fueran cincuenta dólares los que perdiera.

El crupier lanzó la bola, la ruleta comenzó a girar y…

—Veintisiete negro —anunció, y Carmela gritó porque acababa de recuperar los cincuenta, y ganar cuatrocientos.

—La suerte del principiante —dijo uno de los hombres con una sonrisa.

La siguiente en probar suerte fue Lucía, que sí que estaba en racha, sí, la primera apuesta fue como la de Carmela, treinta dólares uno a uno, y ganó. En la segunda, apostó otros treinta dólares once a uno y también ganó.

Fue mi turno, pues Lola quería quedarse para el final. Aposté veinticinco dólares uno a uno y gané, y en la segunda, otros veinticinco dólares en una apuesta diecisiete a uno.

Estábamos en racha porque esa segunda apuesta mía, también la gané.

Lola estaba nerviosa, decía que la suerte nos debía haber abandonado, pero aun así apostó, treinta dólares uno a uno, y ganó.

Para su segunda apuesta fue mucho más atrevida que ninguna de nosotras y, tras haber recuperado los treinta dólares de esa primera apuesta, los que ganó los apostó, esta vez, en treinta y cinco a uno, la apuesta más alta de toda la ruleta.

Los dos hombres que estaban allí sentados dieron un sorbo a sus vasos y se quedaron mirando, sin apostar, observando como nosotras mirábamos la ruleta girar y la bolita de madera rodar y dar saltitos.

—Quince negro impar, y gana —dijo el crupier.

—Lola, ¡qué has ganado! —gritó Carmela.

—¿He ganado? —preguntó Lola mirando al crupier que no dejaba de sonreír— ¡He ganado!

Y sí, la muy jodida se había arriesgado más que ninguna de nosotras y había apostado treinta y cinco a uno, de modo que, además de recuperar los treinta, había ganado mil cincuenta dólares más.

—Chicas, si nos dejáis invitaros a una copa, os hacemos caso en las apuestas que nos digáis y os damos un

pellizquito —propuso uno de los dos hombres.

—Mientras el pellizquito no sea en el culo, que tengo la piel muy sensible… —comentó Carmela.

—Mira que eres bruta —protesté riendo.

—Gracias por la oferta, caballeros, pero nos vamos a retirar, ya que mañana tenemos que madrugar —Carmela se encogió de hombros.

—Decidnos al menos un número, solo por probar.

—Vale, a ver… —miré a todas y tras una breve charla entre murmullos, me giré para indicarles— Dieciocho y treinta y nueve.

Ambos hicieron una primera apuesta de trescientos dólares al dieciocho en uno a uno, y ganaron. En la segunda apuesta fueron un poco más arriesgados, pero no mucho. Quinientos dólares al treinta y nueve en once a once, y también ganaron.

—Desde luego, la suerte del principiante nos hace ser un amuleto —comentó Lucía.

—Somos un trébol de cuatro hojas, sin duda —rio Carmela.

—¿Con cuánto veníais para jugar? —preguntó uno de ellos.

—Con doscientos dólares entre las cuatro.

—Pues aquí tenéis, doscientos dólares para cada una, por la buena suerte que nos habéis dado. Y felicidades por la boda —sonrió mirando a Lola.

Nos fuimos de allí sin poder creer la suerte que habíamos tenido, con nuestros cincuenta dólares cada una y las ganancias que habíamos obtenido, además de ese pellizquito que nos habían dado por servirles de amuleto.

Tras cambiar las fichas por el dinero fuimos a la habitación y la muy loca de Lola decía que nos daba lo que había ganado a Carmela y a mí, la mitad a cada una, para ayuda de aquel viaje por su despedida de soltera.

—Una somanta de guantazos te voy a dar yo a ti, como sigas con esa tontería —soltó Carmela.

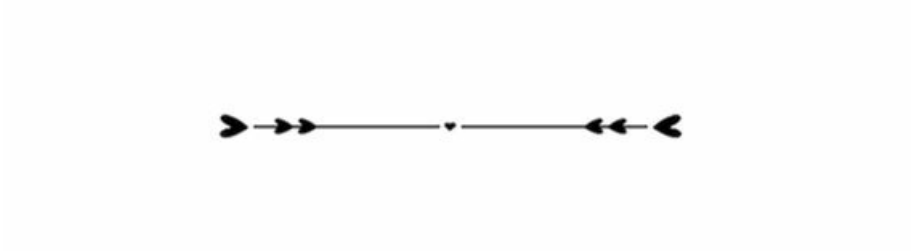
—Guárdalo que para la luna de miel te va a ir bien, así no gastas de tus ahorros, tonta —le dije con un guiño.

Y después de un día cargadito de emociones, nos fuimos a la cama pues al día siguiente tocaba madrugar, y mucho, para llevar a Lola a conocer ese rincón de Las Vegas que tantas ganas tenía de visitar.

a

l

Capítulo 7



A las cinco y media de la mañana, y tras haber tomado un desayuno rápido pues nos levantamos a las cuatro y media, estábamos en la puerta del hotel esperando que nos recogieran para llevarnos a esa excursión que habíamo reservado para nuestro cuarto día en Las Vegas.

Éramos varios turistas los que íbamos en aquel autobús, todos españoles, al igual que el guía que nos iría mostrando cada rincón.

—Madre mía, si no están puestas ni las calles —dijo Lucía recostándose en el asiento mientras se ponía las gafas de sol.

—Y te irás a dormir —protestó Lola.

—Eso mismo, que todavía tengo los ojos medio cerrados.

—Madre mía, esta juventud qué poco aguanta.

—Tú qué tienes, ¿ochenta años para hablar así? —reí.

—No, pero yo a su edad…

—Tú, a su edad estabas terminando la carrera y hasta el toto de estudiar —la cortó Carmela.

—Y mira ahora, con una carrera, buen trabajo, y mi casita.

—Y a punto de casarte, quién nos lo iba a decir —sonreí.

—Sí, porque siempre pensé que serías la primera —me dijo.

—Ah, pero mi príncipe se volvió estiércol de vaca.

—¿No se volvían rana? —Carmela arqueó la ceja.

—Este no. A su lado hasta las ranas las veo bonitas.

Hacía más de un año que había roto con mi ex y eso estaba totalmente superado, más aún cuando me había demostrado que estaba conmigo por el renombre que le daría trabajar como ayudante de cocina en el restaurante de mis padres.

Hicimos el resto del camino por aquella carretera rumbo al Gran Cañón observando por las ventanas, haciendo fotos, y escuchando las explicaciones del guía sobre la historia del *Desierto de Mojave* y del *Gran Cañón*.

Había un largo camino desde Las Vegas al cañón, por lo que el guía nos dijo que estábamos llegando a la primera parada del día.

—Bienvenido a la *Presa Hoover* —dijo cuando paramos ante el exterior de la presa—, una de las obras de ingeniería más importantes del siglo XX y que dio vida al mayor lago artificial de Estados Unidos, el *Lago Mead*.

Bajamos del autobús y nos dieron un recorrido por la presa en el que pudimos contemplar aquella imponente construcción.

Nos hicimos algunas fotos, tomamos café de varios termos que tenía el guía en el autobús, y volvimos a ponernos en camino.

Atravesamos un majestuoso bosque de árboles *Joshua*, únicos del *Desierto de Mojave*, y nos adentramos en la vida del pueblo de *Dolan Spring*, un ejemplo genuino del profundo oeste americano.

—Esto es como volver atrás en el tiempo —dijo Lola, y nos tomamos varias fotos antes de regresar al autobús.

Cuando por fin llegamos al *Gran Cañón*, sobraba decir que era mucho más impresionante así, visto en primera persona, que por televisión o en fotografías de *Internet*.

El guía nos llevó a recorrer la reserva, llena de miradores donde nos podíamos hacer infinidad de fotos con diferentes ángulos de la impresionante vista del cañón de fondo, y uno de esos miradores era *Guano Point*, que estaba considerado el mejor mirador del *Gran Cañón*.

Otro de los miradores era *Eagle Point*, lugar en el que vivía la tribu *Hualapai*, quienes nos recibieron con sonrisas y amabilidad, incluso nos ofrecieron té helado para refrescarnos y soportar el calor.

La última parada a la que nos llevó el guía fue hacia el *Skywalk*, una impresionante a la par que sorprendente pasarela con suelo de cristal colgada al borde del cañón.

—Madre mía, que esto está muy alto —dijo Lola al asomarse.

—Solo hay mil trescientos metros hasta el suelo —comentó el guía.

—Ah, bueno, eso es una mijita de nada —Lola volteó los ojos—. De verdad que os habéis propuesto que no me case, o bueno, sí, pero con el Creador, que me estará esperando en las puertas con San Pedro.

—Mira que eres —reí—. Vamos, las cuatro para la barandilla y que nos hagan una foto.

Le pedimos al guía que nos sacara varias, y la pobre Lola estaba todo el tiempo diciendo que se diera prisa, que vértigo no tenía, pero había que reconocer que estar ahí, con el suelo de cristal y ver el fondo del cañón, impresionaba y mucho.

Nos hizo algunas fotos también solas y Carmela iba a subir algunas de la suyas. Después de la experiencia en la que prácticamente parecías estar volando sobre el cañón a esa altura, nos llevó a uno de los restaurantes de la reserva para comer y reponer fuerzas antes de regresar a la ciudad.

—Me ha encantado la visita, chicas, a pesar de la jodida pasarela —dijo Lola mientras nos tomábamos el café después de comer.

—Ha sido una pasada, es mucho más impactante así, en vivo —comentó Lucía.

—Y las fotos que nos llevamos, que de esta despedida voy a hacer un álbum en papel con las mejores de todas las que tenemos, ya veréis —Carmela sonrió y las demás también, desde luego que aquella despedida de soltera tenía que tener su propio álbum de fotos, que para una vez que salíamos todas de Jerez…

Regresamos al autobús con rumbo de vuelta a Las Vegas, y tras pasar una parte del trayecto hablando con el guía de la excursión a la que nos llevaría al día siguiente, y otra parte descansando y disfrutando del paisaje, a las cinco y media estábamos delante de la puerta del hotel.

Fuimos directas a la suite, íbamos a ducharnos por turnos y mientras dejamos que Lucía fuera la primera, aproveché para sentarme en la terraza y llamar a mis padres.

—Hola, cariño —mi madre contestó al segundo tono.

—Buenos días, mamá.

—Allí ya es por la tarde, ¿no?

—Sí, son casi las seis.

—¿Qué tal lo estáis pasando?

—Genial, hoy hemos ido a ver el Gran Cañón.

Le conté la visita de ese día así como la del anterior, en la parte de ocio y los hoteles, y cuando le dije que Lola pensaba todo el tiempo que acabaría cayendo y siendo una tortilla sobre el suelo, no pudo parar de reír.

Hablé con mi padre, que me dijo que habían tenido la visita de algunos influencers que seguían a Carmela y querían conocer el lugar, y habían subido muy buenas críticas a sus redes.

Me alegré por eso, porque cuanta más gente nos conociera, mejor para el negocio.

Nos despedimos quedando en hablar otro día, me dijeron que siguiera disfrutando del viaje y que no me preocupara de nada, y les dije lo mucho que les quería.

Cuando entré en la habitación Lola también se había duchado y Carmela estaba en ello. Tanto Lola como Lucía, tenían los pijamas puestos y unas caritas de cansancio que no podían con ellas.

—¿Bajamos a cenar o pedimos al servicio de habitaciones? —pregunté sentándome en una esquina del sofá, mirándolas.

—Por mí, mejor pedimos que nos la traigan —dijo Lola—, estoy que no me puedo mover. Pero a ver qué dice Carmela.

—¿Qué habláis de mí? —gritó la susodicha, desde el cuarto de baño.

—Que si quieres bajar a cenar, o pedimos y que lo traigan.

—Pide que lo traigan y así nos acostamos pronto, que mañana a las seis pasan a recogernos.

—¿Qué os apetece?

—Pizza —dijeron las tres al unísono.

—¿Tenéis antojo, o algo? —reí mientras me levantaba para llamar por teléfono.

Pedí dos pizzas familiares que nos subirían en unos veinticinco minutos, y cuando Carmela dejó libre el cuarto de baño entré yo, necesitaba una ducha de esas que te dejaban como nueva.

Me puse el pijama y cuando estaba recogiéndome el pelo en un moño para comer cómoda, llamaron a la puerta los del servicio de habitaciones con las pizzas, las bebidas y un par de tarrinas de helado de chocolate y de vainilla

que había pedido.

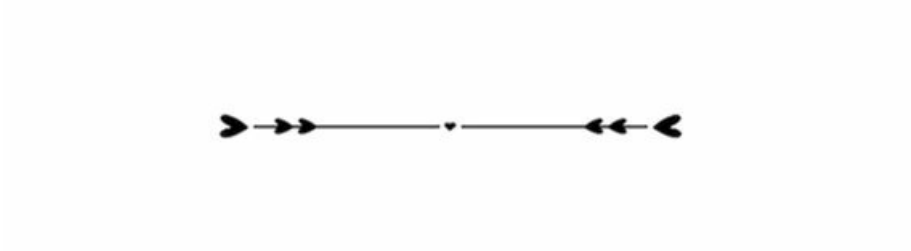
Pusimos la televisión, buscamos en la plataforma que tenían disponible alguna película que ver, y pasamos aquel rato antes de irnos a la cama a descansar.

s

que había pedido.

Pusimos la televisión, buscamos en la plataforma que tenían disponible alguna película que ver, y pasamos aquel rato antes de irnos a la cama a descansar.

Capítulo 8



Tal como nos había dicho el guía la tarde anterior, a las seis de la mañana de ese quinto día que amanecíamos en Las Vegas, nos recogieron con el autobús en la puerta del hotel.

Tras dos horas de viaje por carretera, llegamos al Parque Nacional del Valle de la Muerte.

—Decidme que no es aquí donde los mafiosos se deshacen de los cadáveres de quienes se la juegan —murmuró Lucía—. Que entre el nombre y que esto es un desierto…

—No, mujer —reí.

—Yo creo que lo del nombre es porque aquí te da un vahído del calor y… —Lola ladeó la cabeza al tiempo que sacaba la lengua y ponía los ojos en blanco, en una descripción muy gráfica de que se morían.

—Mira la otra, y luego la bruta soy yo —rio Carmela.

Desde luego que el Valle de la Muerte era un lugar árido y desértico que, tal como nos acababa de decir el guía, una vez registró su temperatura récord en más de cincuenta y seis grados.

Su aspecto bien podría ser el de otro planeta inexplorado por el hombre.

Eso sí, las vistas, desde donde fuera que miraras, eran espectaculares.

El guía nos llevó por aquel desértico lugar haciendo varias paradas para que pudiéramos no solo admirar las vistas, sino hacernos fotos.

—No iremos a subir hasta ahí arriba —dijo Lucía, al ver las intenciones de nuestro guía.

—Pues me da a mí, que sí —contestó Lola.

—¿A cuál de las dos se le ocurrió la genial idea de hacer esta excursión? —nos preguntó a Carmela y a mí, y

ambas señalamos a la otra— Vaya idea que habéis tenido, de aquí salimos chamuscaditas como pollos.

Subimos tras el guía hasta el lugar más alto, que según nos dijo estaba a más de mil quinientos metros de altitud, donde se encontraba el mirador *Dante's View*, y fuimos testigos de las impresionantes vistas del valle.

Hicimos una pausa para descansar, beber agua y tomar fotos, y volvimos a bajar, esta vez haciendo un descenso aún mayor de esos mil quinientos metros, pues según nos dijo el guía cuando llegamos a las salinas de *Badwater*, nos encontrábamos a casi cien metros por debajo del nivel del mar, dado que en ese lugar, unos dos mil años atrás hubo un lago, algo increíble al ver el estado del terreno en la actualidad.

—Pues a mí, si estuviera el lago ahora aquí, me vendría de lujo para darme un bañito —dijo Lucía—. Eso sí, para mi despedida de soltera, allá por el año tres mil, no se os ocurra llevarme al desierto.

—¿Vamos a tener que organizar tu despedida de soltera? —preguntó Carmela.

—Hombre, qué menos. Soy la cuñada de vuestra mejor amiga —se encogió de hombros.

—Vale, algo un poco menos caluroso entonces, ¿no?

—A poder ser, Carmela.

—¿Alaska? —sugerí— Allí hace fresquito hasta en verano.

—Hija de la gran… ¿Tú quieres que me convierta en un cubito de hielo?

—Lo vamos a tener difícil con ella, Maica —dijo Carmela suspirando—. Ni calor, ni frío.

—Algo intermedio, por Dios —rio Lola.

Seguimos con la ruta y llegamos a la Paleta del Artista, una zona ubicada en las laderas de las Montañas Negras y llamada así por la variedad de colores que tenían las rocas.

Hicimos una parada para comer y refrescarnos antes de visitar el *Museo Borax*, donde con cada pieza que veíamos, como unas carretas de madera con mercancía, nos trasladaba hasta la época del viejo oeste.

Regresamos a la ciudad y tras esas dos horas de vuelta por carretera, llegamos al hotel.

Después de una ducha nos vestimos y bajamos a cenar al restaurante del hotel, donde esa noche podíamos disfrutar de un espectáculo de magia.

El mago hizo algunos trucos de esos que dejaban a todos con la boca abierta y dando vueltas a la cabeza tratando

de averiguar cómo lo había hecho, pero por más vueltas que se le diera no había manera de descubrir el truco. Por eso, se llamaba magia.

Tras la cena salimos a la calle y cogimos un taxi, no queríamos irnos de Las Vegas sin ver el que decían era uno de los mejores espectáculos nocturnos de la ciudad.

Llegamos frente al *Hotel Bellagio* y ya había varias personas allí viendo aquel bonito espectáculo con esos juegos de luces y sonido de las fuentes que había a la entrada.

Era precioso ver el agua subiendo entre aquellos colores que iban cambiando cada pocos segundos, por no hablar del modo en el que se veía ondeando.

Grabamos durante un buen rato, nos hicimos algunas fotos y regresamos al hotel para tomar una copa en el bar de siempre.

—Y mañana, señoritas, es la gran noche —dijo Carmela, llevándose la copa a los labios.

—Solo nos faltan los vestidos que vamos a llevar —comenté.

—Espera, ¿qué vestidos? —preguntó Lola frunciendo el ceño.

—Pues unos que ya tengo encargados en una de las tiendas del hotel —le hice un guiño.

—Pero, yo pensé que solo cenaríamos, tomaríamos un par de copas y…

—Y nos iríamos a la suite a ver Titanic, seguro —resopló Lucía.

—No, a ver una película no, a dormir.

—Claro que sí, cuñada. Mira, si quieres, te metemos en la cama, te arropamos y te damos un beso de buenas noches cada una, te dejamos allí y nosotras nos volvemos a la discoteca a seguir con la fiesta.

—¿Pues no eras tú la que ayer quería dormir y eso hiciste en el viaje al Gran Cañón? —Lola arqueó la ceja.

—Me obligasteis a levantarme a las cuatro y media de la mañana, y yo, igual. Cualquiera estaría muerto de sueño a esa hora. De todas formas, cuñada, lo de mañana es muy diferente. Es tu despedida de la soltería. Tienes que aprovechar no sea que después mi hermano te quiera toda para él y no te deje salir con nosotras.

—Miedo me da lo que se os haya podido ocurrir para mi despedida de soltera.

—Pues todo muy formal, Lola, hija, que parece que somos tres ovejas descarriadas del rebaño del Señor, salidas

de los fuegos lujuriosos del Infierno —contestó Carmela.

—Tú, ¿formal? —Lola arqueó la ceja.

—Mucho, mucho.

Nos echamos a reír y seguimos tomando aquella copa, y después de esa, siguió una segunda y cuando la terminamos, fuimos de tiendas. Era una suerte que en todos los casinos de Las Vegas hubiera varias para poder hacer compras a cualquier hora del día.

Entré en una perfumería y salí de allí con un pintalabios rojo, perfecto para los vestidos que íbamos a llevar.

Echamos un vistazo en algunas tiendas más y acabamos comprando unos pares de pendientes de aro de plata pequeñitos que nos gustaron a las cuatro.

Dimos la noche por finalizada y fuimos hacia los ascensores para subir a la suite.

Estábamos riéndonos por algo que había dicho Lucía justo cuando llegábamos y, tan distraídas íbamos, que al ir a entrar en el ascensor, Carmela y Lola se chocaron con dos hombres que salían corriendo en ese momento.

—¡A ver si miramos por dónde vamos! —gritó Carmela a la espalda de aquellos dos que corrían como si les fuera la vida en ello— Sus muelas, qué codazo me ha dado en la teta.

—No se te ha pinchado, ¿no? —preguntó Lucía.

—Mira la niña, ¿pues no insinúa que tengo las tetas de plástico? Esto es natural, chiquilla, natural.

Entramos riéndonos las cuatro a más no poder en el ascensor, y es que, lo que no nos pasara a nosotras…

de los fuegos lujuriosos del Infierno —contestó Carmela.

—Tú, ¿formal? —Lola arqueó la ceja.

—Mucho, mucho.

Nos echamos a reír y seguimos tomando aquella copa, y después de esa, siguió una segunda y cuando la terminamos, fuimos de tiendas. Era una suerte que en todos los casinos de Las Vegas hubiera varias para poder hacer compras a cualquier hora del día.

Entré en una perfumería y salí de allí con un pintalabios rojo, perfecto para los vestidos que íbamos a llevar.

Echamos un vistazo en algunas tiendas más y acabamos comprando unos pares de pendientes de aro de plata pequeñitos que nos gustaron a las cuatro.

Dimos la noche por finalizada y fuimos hacia los ascensores para subir a la suite.

Estábamos riéndonos por algo que había dicho Lucía justo cuando llegábamos y, tan distraídas íbamos, que al ir a entrar en el ascensor, Carmela y Lola se chocaron con dos hombres que salían corriendo en ese momento.

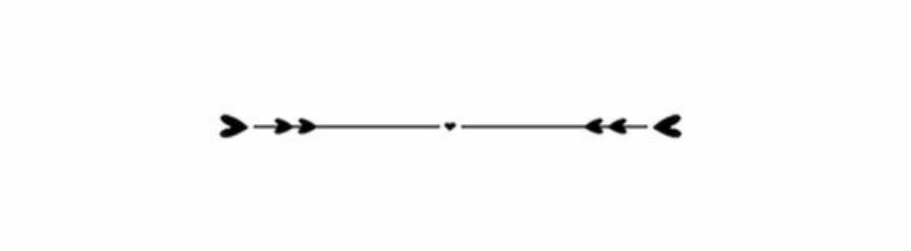
—¡A ver si miramos por dónde vamos! —gritó Carmela a la espalda de aquellos dos que corrían como si les fuera la vida en ello— Sus muelas, qué codazo me ha dado en la teta.

—No se te ha pinchado, ¿no? —preguntó Lucía.

—Mira la niña, ¿pues no insinúa que tengo las tetas de plástico? Esto es natural, chiquilla, natural.

Entramos riéndonos las cuatro a más no poder en el ascensor, y es que, lo que no nos pasara a nosotras…

Capítulo 9



Aquel sexto y penúltimo día en Las Vegas, lo habíamos pasado mimándonos de lo lindo.

Empezamos con un desayuno en la suite que tomamos relajadas y sin prisas, bajamos al spa donde nos dimos uno baños con esos chorros que nos dejaron como nuevas, y tras ducharnos fuimos a comer algo ligero al restaurante, donde le pedimos a la camarera que nos reservara una mesa para cenar esa noche pues no queríamos quedarnos sin ella.

Después de una siesta que nos sentó de maravilla, empezamos a prepararnos para la noche.

Nos maquillamos y peinamos entre todas, y a la hora prevista llamaron a la puerta de la suite. Abrí y la dependienta de la tienda donde había encargado los vestidos y los zapatos, me sonrió.

—Aquí los tiene. Que se diviertan esta noche.

—Muchas gracias.

Cogí las cuatro fundas de los vestidos, donde tal como le había pedido estaba el nombre de cada una para no equivocarnos con las tallas, y llamé a las chicas.

—¿Qué pasa? —preguntó Lola cuando llegaron al salón.

—Los vestidos para esta noche —sonreí.

—O sea, que hablabas en serio —arqueó la ceja—. Yo me había traído uno muy mono en azul de lo más ibicenco

—Pues para el viaje de vuelta si quieres te lo pones, pero esta noche, Lola, vas a usar este.

Le di a cada una su vestido con la caja de zapatos, y fui a vestirme a la habitación que compartía con Carmela.

Me quité el albornoz y como yo sabía que los vestidos eran de tirante fino, no me había puesto el sujetador, solo l

tanguita.

Saqué los zapatos rojos de la caja, y después fui a sacar el vestido, pero Carmela ya estaba en ello.

—¡Ay, mi madre! —gritó— ¡Me encanta!

—Maica, dime que esto es una broma —dijo Lola saliendo de la habitación con su vestido en la mano.

—No, no lo es. Esta noche vamos a ir todas vestidas al más puro estilo *Jessica Rabbit.*

—Yo te mato. Que no puedo llevar sujetador con este vestido.

—Y por eso le pedí a las de la tienda que hicieran unos arreglillos. ¿Ves? —le enseñé las copas que habían puesto en el vestido, de modo que el sujetador iba incorporado.

—Voy a estar divina en las fotos —dijo Carmela.

—¡Muero por estos zapatos! —gritó Lucía desde su habitación— Me acabo de enamorar.

—Genial, cada loca con su tema —Lola resopló y se fue a la habitación para vestirse.

Cogí el vestido y me lo puse. Era rojo, largo hasta los tobillos y con una apertura lateral en la parte derecha de la falda que llegaba hasta el medio muslo. La liga que había comprado tendríamos que ponérnosla en la pierna izquierda.

En cuanto tuve los zapatos puestos, me planté ante el espejo y comprobé que estaba perfecta.

—Madre mía, Maica, estás espectacular —dijo Carmela—. Ven, posa en la terraza que te hago una foto.

Yo le hice otra a ella y no tardó en subirla a las redes diciendo que esa noche todas íbamos igual de sexys a la par que elegantes.

Lola y Lucía salieron a reunirse con nosotras y sonreí al ver a la futura novia, pues estaba preciosa.

—Cuidado que a ti esta noche te tiran los tejos y no te casas con Jaime —rio Carmela.

—¿Qué dices? —Lola sonrió al tiempo que negaba.

Cogimos los pequeños bolsos que acompañaban los vestidos, y salimos de la suite listas para ir al restaurante y cenar.

Muchos se quedaban mirando, porque por allí lo normal era ver a alguna que otra *Marilyn Monroe*, pero, ¿a cuatr
Jessica Rabbit? Pues no.

Cuando llegamos al restaurante dije que teníamos una mesa reservada, no tardaron en llevarnos hasta ella.

Pedimos vino, unos canapés como entrantes, algo de marisco y el solomillo de cerdo en salsa de yogur y pimienta
que tenía muy buena pinta.

—Por la futura novia —dije levantando la copa—. Que tengas una feliz vida de casada y que no haya un solo momento en el que tu marido y tú no os améis como el primer día.

Brindamos y bebimos aquel primer sorbo de vino, el primero de muchos tragos de alcohol que estaban por llegar sin que aún fuéramos conscientes de ello.

Cenamos, reímos, recordamos viejos tiempos en los que solíamos hablar de cómo sería la boda de cada una de nosotras, incluso cómo podríamos hacer nuestra despedida de soltera, y Lola dijo que jamás habría imaginado que la suya, sería en Las Vegas.

Tomamos una botella de champán después de la cena con la que volvimos a brindar varias veces, y cuando nos la acabamos, decidimos seguir la fiesta en otro sitio.

—¿Recordáis que el camarero del bar dijo que había un show de *strippers* masculinos? —preguntó Lucía.

—No estarás pensando en ir allí, Lucía, por Dios —dijo Lola.

—No, ni ná —rio.

—No, no, no. Eso es un peligro.

—Eso es justo lo que vamos a hacer —dijo Carmela, cogiéndole el brazo a Lola y haciéndola caminar.

Dicen que preguntando se llega a Roma, nosotras solo queríamos llegar al show de *strippers*.

Llegamos, y la música se oía traspasando aquellas cortinas negras que separaban la gran sala donde se hacía el espectáculo, del pasillo.

Un camarero con un pantalón negro, sin camisa, pero con los puños y el cuello blancos como si llevara una, y la corbata negra, nos acomodó en una de las mesas y le pedimos cuatro gin tonics.

En el escenario había un hombre terminando su show, y cuando acabó, muchas mujeres se pusieron en pie para vitorearle.

—Verás cuando sepa Jaime que has estado en un show de estos —rio Lucía.

—Pues no pasará nada porque tu hermano se fía de ella.

—No, si eso ya lo sé, pero es que ella siempre ha dicho que no se veía en un sitio así.

—Pues aquí está, y para que quede constancia… —Camela sacó el móvil y le hizo una foto justo cuando el camarero sin camisa llegaba y dejó una copa delante de Lola.

No tardaron en salir cuatro hombres vestidos de bomberos que comenzaron a bailar y quitarse la ropa, había que reconocerles que lo hacían muy bien y que estaban todos muy compenetrados en la coreografía.

—Y mangueras fuera en, tres, dos, uno… —dijo Carmela, y cuando los cuatro se quitaron los bóxeres de un solo tirón, se apagaron las luces— Hostia, que no me han dejado verlas.

Nos echamos a reír las tres hasta que nos dolió la barriga, pero es que con Carmela nunca sabíamos por dónde iba a salir.

Con el segundo gin tonic Lola se vino arriba y, al igual que hacían las mujeres de otras mesas, ella también empezó a gritar y vitorear, nosotras no fuimos menos y no la dejamos solas.

Lo que nuestra mejor amiga no sabía, era que aquella noche iba a ser protagonista de un baile de lo más sensual. Y es que, cuando pedimos el tercer gin tonic, el camarero que estaba sirviendo nuestra mesa, se la llevó hacia el escenario.

—Cuando sepa que es cosa nuestra, nos mata —dijo Lucía.

—Ya lo sabe, está planeando cómo hacerlo sin que después encuentren nuestros cadáveres —contestó Carmela.

—No será porque no hay desierto, el de ayer, por ejemplo —reí.

La vimos sentarse en la silla que le indicaba el camarero, en el centro del escenario, y ella nos miró con cara de, “esta me la pagáis”.

—¿Veis? Ya está enviándonos las dagas con los ojos —volví a reír.

Comenzó a sonar una melodía de lo más sensual y no tardamos en ver salir a un chico vestido con un traje completamente de negro.

Se acercó a Lola, que se cubrió la cara con una mano muerta de vergüenza, y él se la retiró y la acercó a sus labios

para besarle el dorso.

Le debió decir que no se preocupara y que podría estar tranquila, puesto que la vi sonreír al tiempo que asentía.

Desde ese momento nuestra mejor amiga se limitó a disfrutar de aquel baile, sensual y para nada invasivo ni obsceno que le hacía el chico.

Podía verle las mejillas sonrojadas, pero aun así seguía manteniendo el tipo y sonreía.

De vez en cuando nos miraba y sabía que quería matarnos, pero no pensaba dejar a mi mejor amiga sin ese momento que sabía que le resultaría divertido, a pesar de la vergüenza.

Y cuando al igual que había pasado con los bomberos, cuando se quitó el bóxer se apagaron las luces.

En el momento en el que las encendieron de nuevo, el camarero fue a buscar a Lola y la trajo de vuelta.

—Hijas de la gran fruta, yo os mato —dijo señalándonos.

—Anda, boba, si lo hemos hecho para que luego le digas a mi hermano que te haga uno él —rio Lucía.

—Uf, niña, me has puesto cachonda con esa imagen —soltó Carmela—. El abogado haciendo un estriptis, hasta calores me están dando.

—Eso es por el alcohol, Carmela —reí.

—Pues nada, ya me han hecho un baile, podemos irnos, que me apetece bailar a mí.

—Eso está hecho, cariño, que para eso es tu despedida de soltera —dije poniéndome en pie.

Salimos de allí y fuimos a la discoteca donde seguimos con las copas y empezamos con los bailes.

El camarero nos dijo en un par de ocasiones que estábamos invitadas, señalaba al fondo de la barra donde había dos hombres a quienes no conseguíamos ver bien la cara, y se marchaba tras dejar las copas.

Aquella estaba siendo sin duda alguna la noche más loca de todas las que habíamos vivido las tres juntas, y en la que más alcohol habíamos tomado, eso también.

Bailamos sin parar, hasta descalza vi a Lucía en alguna ocasión. Carmela ya tenía el pelo de un revuelto que parecía que acababa de levantarse, y Lola no dejaba de reír por cualquier tontería.

En algún momento de la noche se acercaron dos hombres que, por cómo se movían mientras bailaban con

Carmela y conmigo, debían ser dos de los *strippers* del hotel.

No les negamos la compañía, ni mucho menos, todo lo contrario, disfrutamos de ella y compartimos risas, bailes, copas y hasta el motivo de nuestro viaje a la ciudad del pecado.

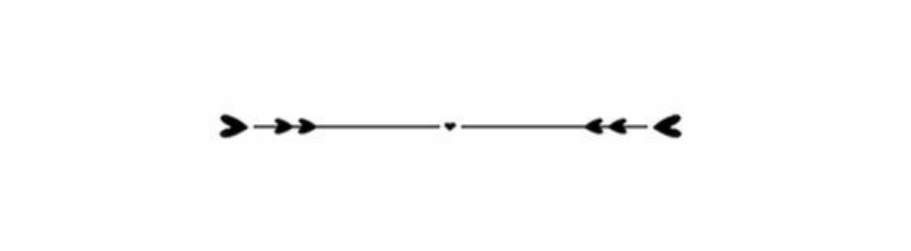
¿Y sabéis qué ocurría cuando el alcohol hacía que una persona se desinhibiera por completo y que se dejara llevar al encontrarse a gusto con otras personas? Pues que el tiempo pasaba sin que se diera cuenta, que reía y disfrutaba de cada segundo y que, en algún punto de la noche incluso acababa dejándose llevar tanto que el lema de: “lo que pasaba en Las Vegas, se quedaba en Las Vegas”, se podría decir que era muy, pero que muy real sin que se diera apenas cuenta de ello.

Carmela y conmigo, debían ser dos de los *strippers* del hotel.

No les negamos la compañía, ni mucho menos, todo lo contrario, disfrutamos de ella y compartimos risas, bailes, copas y hasta el motivo de nuestro viaje a la ciudad del pecado.

¿Y sabéis qué ocurría cuando el alcohol hacía que una persona se desinhibiera por completo y que se dejara llevar al encontrarse a gusto con otras personas? Pues que el tiempo pasaba sin que se diera cuenta, que reía y disfrutaba de cada segundo y que, en algún punto de la noche incluso acababa dejándose llevar tanto que el lema de: “lo que pasaba en Las Vegas, se quedaba en Las Vegas”, se podría decir que era muy, pero que muy real sin que se diera apenas cuenta de ello.

Capítulo 10



Desperté con una cosa en mente, no querer volver a probar una sola gota de alcohol en la vida.

Qué dolor de cabeza me estaba empezando a dar, y era porque la noche anterior debí beberme hasta el licor de reserva.

Me incorporé en la cama, aún con los ojos cerrados, llevé ambas manos a mis sienes y cuando las deslicé por la cabeza, noté que me daba un tirón en el pelo con algo.

Protesté, abrí los ojos y vi mis pechos desnudos, por lo que debí de quitarme el vestido y meterme del tirón en la cama, sin pijama.

Otro tirón de pelo y eso ya no era normal, menudos enredos debía tener.

Pero no, no era por algún enredo por lo que me estaba dando esos tirones en el pelo, sino por un pedazo de anillo con un cristal enorme que tenía puesto en el dedo.

—Pero, ¿qué coño? ¿Y esto de dónde ha salido? —murmuré, y entonces noté movimiento en mi cama.

Al mirar a la izquierda me di cuenta de que la distribución de la habitación no era como la recordaba, pero la sorpresa fue mayúscula cuando vi un hombre de cabello castaño durmiendo a mi lado.

—Ay, la hostia —me tapé la boca con la mano, había dicho aquello demasiado alto, por suerte el hombre de espalda musculosa y hombros anchos, seguía durmiendo.

Miré mi mano, y allí estaba aún el anillo con el cristal, porque eso no podía ser un diamante, vamos. Y en la otra, una alianza de plata. Tragué con serias dificultades, pues me estaba empezando a entrar ansiedad y angustia, y eché un vistazo a la mano del hombre que yacía dormido a mi lado.

Tenía el brazo derecho sobre la almohada y, ahí, justo ahí ante mis ojos, estaba otra alianza como que la que yo llevaba.

—Esto no puede ser, esto es una broma —salí de la cama y vi que estaba desnuda como mi madre me trajo al mundo.

Cerré los ojos mirando al cielo, junté las manos a modo de súplica y empecé a hablar con Dios.

—Señor, por favor, que él no esté desnudo —murmuré—. Que no esté desnudo, que no esté desnudo —retiré la sábana despacio y me encontré con un perfecto, redondo, sexy y muy desnudo culo—. Mierda.

Recogí mi ropa, los zapatos y el bolso, y salí de allí descalza y de puntillas, sigilosa como un ninja, mientras me ponía el jodido vestido.

Salí de la habitación, que no era la mía todo había que decirlo, y vi a Lucía y Lola dormidas en un sofá cama enorme en el salón. Ellas al menos estaban vestidas.

—Lola, por tu madre, despierta —le dije, dándole un par de golpecitos en el hombro.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde coño estamos?

—En la suite, ¿no?

—En una suite, sí, pero no en la nuestra.

—¿Qué dices?

—Despierta a Lucía, voy a buscar a Carmela.

—¿Se ha perdido? —Frunció el ceño.

—Espero que esté en la puerta que está junto a la que yo he usado para salir de la habitación.

—¿No estabais juntas?

—No, yo me he despertado con un tío en la cama. Bueno, en la cama de un tío porque esta no es nuestra suite. Despierta a Lucía que nos vamos.

Fui a la puerta donde esperaba encontrar a Carmela, y sí, la encontré, con un rubio muy desnudo en la cama, igual que estaba ella.

—Carmela —murmuré dándole unos toquecitos en el hombro, pero la muy jodida se hizo la remolona—. Carmela, me cago en tus muelas, despierta, joder.

—Cinco minutos más —contestó.

—Un mojón. Levanta —tiré de ella y acabé arrastrándola hasta el borde de la cama, al punto de que casi se cae.

—Joder, Maica, qué prisas.

—¿Prisas? ¿Se puede saber qué mierda hicimos anoche?

—¿Celebrar la despedida de soltera de Lola? —Frunció el ceño.

—Hasta ahí, estamos de acuerdo. Pero, ¿por qué tú y yo nos hemos despertado en la cama con los *strippers* de la discoteca?

—¿Qué carajo has fumado, Maica? —Elevó ambas cejas, así que no tuve más remedio que cogerle las mejillas, girarle la cabeza y hacer que viera al rubio desnudo que había en la cama— Hostia, ¿me he follado a este pedazo de buenorro y no me acuerdo?

—Pues eso parece. Y no es lo peor, que yo me he casado.

—¿Que tú qué? —casi gritó, por suerte pude taparle la boca a tiempo.

—Coge tus cosas que nos vamos a la suite. Ya —le ordené—. Deja de comerte con los ojos al rubio, por Dios.

—Es que no me acuerdo de lo que pasó anoche.

—Sal, pero ya.

Fui hacia la puerta y cuando salí, vi a Lucía con la cabeza apoyada en el hombro de Lola, tenía los ojos cerrados.

—¿Qué hicimos anoche, Maica? —me preguntó Lola.

—No tengo ni la más remota idea, Lola.

Cuando Carmela se unió a nosotras, dejamos aquella suite que resultó estar en la última planta del hotel, y cogimos el ascensor para ir a la nuestra.

—¿He oído bien ahí dentro, Maica? —preguntó Carmela.

—Calla, necesito una ducha, un café y después, ver qué es todo esto.

Mi mejor amiga respetó mi petición y, cuando llegamos a nuestra planta, entramos en la suite, me duché primero mientras ellas pedían el desayuno, y una vez me vestí con los vaqueros y una camiseta, regresé a la habitación en busca del bolso.

Ni en mis peores pesadillas me hubiera imaginado que tendría en mis manos un certificado de matrimonio de una capilla de Las Vegas.
Había que joderse.

Cuando escuché que llamaban a la puerta fui al salón y vi que ya estaban todas allí, Carmela estaba en albornoz y no parecía que fuera a vestirse, al menos por el momento.

Nos sentamos a la mesa para disfrutar del último desayuno en la ciudad, pues esa misma noche cogíamos el avión de vuelta a Jerez, y tras tomarme el primer café y dar un buen bocado al pan tostado con bacon y huevos revueltos, suspiré y puse el certificado en la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Lola, pero fue Carmela quien lo cogió.

—Madre mía, que te has casado de verdad —dijo al leerlo.

—¿Qué? —gritaron Lola y Lucía al unísono.

—¿Alguna se acuerda de algo de lo que pasó anoche, después de la discoteca? —pregunté.

—Yo no me acuerdo de nada, ni siquiera del tío con el que estaba en la cama cuando desperté.

—¿También te has casado?

—Pues no lo sé, Lucía.

—Yo tengo esto como prueba —dije enseñándoles ambos anillos—. Y él también tenía la alianza.

—Yo no llevo de eso —contestó Carmela y se levantó para ir por su bolso, no tardó en regresar—. Y aquí no hay ningún certificado como el tuyo.

—Genial, he sido yo la única descerebrada que se ha casado, y con un *stripper*, nada menos.

—¿Con uno de los que estuvieron con nosotras anoche? —preguntó Lucía.

—Sí, con el de cabello castaño.

—Yo me he tirado al rubio y no me acuerdo. ¿Será que hicimos algún vídeo? —Carmela cogió el móvil y miró, pero solo había fotos de nosotras antes de que todas estuviéramos seriamente perjudicadas por el alcohol, yo más que ninguna al parecer.

—Vale, control de daños —Lola dio una palmada y cogió el certificado—. Vamos a empezar por ir a la capilla, imagino que algo podrán decirnos.

—Buena idea, voy a vestirme.

Suspiré y miré mis manos, donde aquellos dos anillos plateados relucían con la luz del sol que entraba por la terraza.

Dejamos la suite y fuimos hacia la calle donde cogimos un taxi, le dijimos el nombre de la capilla y nos llevó hasta ella, quedándose en la calle para esperarnos.

Al entrar, nos recibió una mujer de lo más sonriente, quien resultó que se acordaba perfectamente de nosotras cuatro, de mi marido, y del padrino de la boda, o sea, el rubio con el que se había acostado Carmela.

—Es que esto es un error, yo no me puedo volver a España casada con un desconocido.

—Pues os conocíais muy bien —dijo ella—. Se os veía muy unidos y cariñosos.

—Vamos, hombre, que me casé borracha como una cuba.

—No tanto, estoy segura. Hablabas muy serena, muy tranquila y convencida. Cuando te preguntó el oficiante si querías a ese hombre por esposo, dijiste, literalmente, que a ese hombre no lo soltabas por nada del mundo y te lo llevabas para España, porque estabais hechos el uno para el otro.

—Borracha, lo que yo le diga, que estaba borracha.

—Es todo legal, cielo, no se puede disolver.

—Anda que no, en cuanto llegue a España esto lo pongo en mano de mis abogados, y se disuelve el matrimonio. Que no, que no me he casado yo, con ese *stripper*.

—¿S*tripper*? —preguntó la mujer frunciendo el ceño, pero no le hice caso.

Salí de la capilla con un dolor de cabeza terrible, y sin poder deshacer un matrimonio que, para empezar, nunca debió celebrarse.

Regresamos al hotel, recogimos nuestras cosas y mientras las chicas se quedaban allí descansando un poco, fui hasta el bar donde hicieron los shows los *strippers*, pero quienes estaban en ese momento no pudieron ayudarme, al igual que tampoco lo hicieron en la discoteca.

Resignada tras dos horas sin poder dar con nada, fui hacia la suite de nuevo, pedimos algo para cenar y cuando acabamos, nos marchamos hacia el aeropuerto.

Una vez allí, y mientras hacíamos tiempo esperando que pusieran la puerta de embarque para nuestro vuelo a Dallas, nos sentamos en una cafetería a tomar café.

—Chicas, os voy a pedir un favor —dije mirando mi vaso de café.

—No tienes que pedirlo, Maica, ya lo sabemos —contestó Lola con una sonrisa.

—Ni una palabra a tus padres. Tú, tranquila —Carmela me hizo un guiño.

—Gracias, de verdad. Si se enteran de esto… no sé. Pero lo voy a solucionar, este matrimonio lo deshago como Maica que me llamo.

Me quité en ese momento los dos anillos, los guardé en el bolsillo interior de mi bolso y pensé que nunca creí que serían tan ciertas aquellas palabras que tanto decía todo el mundo cuando viajaba a Las Vegas.

—Maica —miré a Lucia, que me dio un apretón en la mano en ese momento con una leve sonrisa—. Recuerda: lo que pasa en Las Vegas…

—Se queda en Las Vegas —dijimos Lola, Carmela y yo, al unísono.

Ojalá así fuera…

Regresamos al hotel, recogimos nuestras cosas y mientras las chicas se quedaban allí descansando un poco, fui hasta el bar donde hicieron los shows los *strippers*, pero quienes estaban en ese momento no pudieron ayudarme, al igual que tampoco lo hicieron en la discoteca.

Resignada tras dos horas sin poder dar con nada, fui hacia la suite de nuevo, pedimos algo para cenar y cuando acabamos, nos marchamos hacia el aeropuerto.

Una vez allí, y mientras hacíamos tiempo esperando que pusieran la puerta de embarque para nuestro vuelo a Dallas, nos sentamos en una cafetería a tomar café.

—Chicas, os voy a pedir un favor —dije mirando mi vaso de café.

—No tienes que pedirlo, Maica, ya lo sabemos —contestó Lola con una sonrisa.

—Ni una palabra a tus padres. Tú, tranquila —Carmela me hizo un guiño.

—Gracias, de verdad. Si se enteran de esto… no sé. Pero lo voy a solucionar, este matrimonio lo deshago como Maica que me llamo.

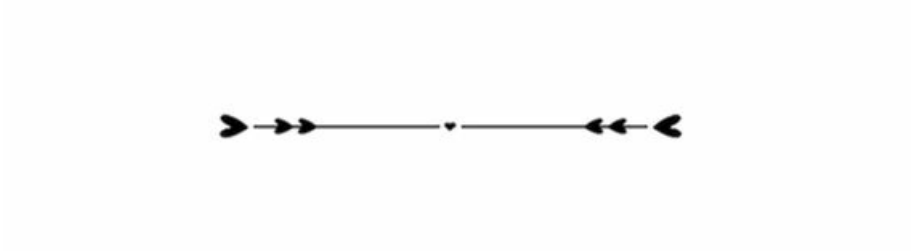
Me quité en ese momento los dos anillos, los guardé en el bolsillo interior de mi bolso y pensé que nunca creí que serían tan ciertas aquellas palabras que tanto decía todo el mundo cuando viajaba a Las Vegas.

—Maica —miré a Lucia, que me dio un apretón en la mano en ese momento con una leve sonrisa—. Recuerda: lo que pasa en Las Vegas…

—Se queda en Las Vegas —dijimos Lola, Carmela y yo, al unísono.

Ojalá así fuera…

Capítulo 11



Habían pasado dos días desde que llegamos a Jerez, tras las largas horas de vuelo y espera desde que salimos de Las Vegas, y ahora era cuando tenía ese momento de calma para mí.

Bueno, más que para mí, para tratar de solucionar el tremendo lío en el que estaba.

Dos días, y seguía sin recordar nada de lo que pasó en esa discoteca para que acabara en una capilla de Las Vegas con un completo desconocido, y saliera de allí casada.

Aparqué cerca del bufete en el que trabajaba Jaime, pero no era a él a quien iba a ver por este tema, sino a Cristina, amiga y abogada de mis padres.
Sabía que podía confiar en ella y que no se lo contaría, así que en ese aspecto estaba tranquila.

—Buenos días —saludé a la chica de la recepción.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—Quería ver a Cristina.

—¿Tiene cita?

—No, pero ella me conoce —sonreí—. ¿Podrías decirle que Maica quiere verla? Es algo importante.

—Dame un momento, está con unos clientes.

—Claro, yo espero lo que haga falta.

La chica asintió, me senté en uno de los sofás y la vi coger el teléfono. No tardó en hablar con Cristina y cuando colgó, me dijo que me atendería en cuanto acabara con la reunión que tenía.

—Vale, gracias.

Me quedé allí sentada y saqué el móvil, ese en el que sí habíamos encontrado fotos de mi jodida boda, esas en la que yo lucía una sonrisa de oreja a oreja, increíble.

—¿Maica? —me sobresalté al escuchar mi nombre, y cuando miré, ahí estaba Jaime, el futuro marido de mi querida Lola— ¿Qué haces aquí? —Frunció el ceño— ¿Va todo bien?

—Oh, sí, sí, yo…

—¿Esas fotos son del viaje? —preguntó sentándose y no pude evitar que las viera, sino que además me quitó el móvil de la mano— Espera, ¿te has casado en Las Vegas?

—Pues te va a parecer mentira, pero yo me sorprendí tanto como tú.

—No me jodas, Maica, ¿cómo se te ocurre? —empezó a reírse porque claro, él debía estar pensando que me enamoré perdidamente de un hombre en Las Vegas y dijimos eso de: "ahora o nunca", pero nada que ver.
’

—No te rías, que esto es muy serio. No me acuerdo de nada con respeto a eso —señalé la foto del móvil.

—¿Cómo que no te acuerdas?

—Pues eso, Jaime, que bebí tanto que no me acuerdo. En un momento estaba en la discoteca, riendo, bebiendo y bailando con un *stripper,* y al siguiente me despertaba con dos anillos y un certificado de matrimonio en el bolso.

—Hostia puta —me dio el móvil como a cámara lenta, asimilando lo que acababa de decirle.

—Eso pensé yo —suspiré.

—Imagino que has venido para hablar con Cristina.

—Imaginas bien, se nota que eres un buen abogado.

—Y supongo que tus padres no tienen ni idea.

—Ni la más mínima, y así debe seguir. Esto lo tengo que solucionar con Cristina como sea.

—Jaime —la chica de recepción lo llamó—. Acaba de llamar tu cliente, llegará un poco más tarde.

—Vale, gracias —volvió a mirarme—. ¿Has hablado con tu marido de esto?

—Mi marido, dice… —resoplé.

—A ver, a efectos legales y por la ley de Nevada, ese hombre es tu marido.

—Vale, pero no por la de España.

—No, pero…

—¿Qué?

—Estás casada y, ya sabes que los divorcios pueden ser un tema que se dilate en el tiempo.

—Eso en el caso de que haya hijos o bienes gananciales. En una noche con ese hombre no me ha dado tiempo a nada de eso.

—¿Cómo sabes que no hay hijos? —sonrió como lo haría Daniel el travieso.

—Porque al menos vi un condón en el suelo de la habitación antes de salir de allí huyendo como una rata.

—Vale, entonces esperemos que solo tuvierais sexo una vez. Ya sabes, la noche de bodas suele ser muy… fogosa —y empezó a reír.

—Me alegra ver que te divierten mis desgracias —arqueé la ceja—. Sigue así, abogado, sigue así que vas a tener que buscar otra persona que guarde los regalos de Lola.

—Lo siento —levantó ambas manos—. Pero reconoce que, de todas las cosas que podíais haber hecho allí, casarte no era algo que nos pudiéramos imaginar, al menos de ti. Si me dijeras Carmela…

—No, ella no se casó, se folló al padrino —volteé los ojos.

—Típico en las bodas —rio, y no tuve más remedio que hacerlo yo también.

Desde luego que con lo alocada que era Carmela, podíamos haber entendido que se le fuera la cabeza de ese modo y acabara ella casada con un desconocido, pero, ¿yo? Por el amor de Dios, si yo era la segunda más centrada de las tres, porque estaba claro que Lola era la primera, y eso que era la más pequeña.

Jaime se quedó allí conmigo hasta que salió Cristina de su reunión, se despidió pidiéndome que lo mantuviera al tanto, y me aseguró que no iba a contarles nada a mis padres, cosa que agradecí.

—Maica, ¿va todo bien? —me preguntó Cristina, mientras me daba un par de besos—. Eli me ha dicho que era urgente —dijo, refiriéndose a la chica de recepción.

—No va todo bien, no —suspiré.

—Vale, vamos a mi despacho que me estás empezando a asustar.

Fuimos hasta allí, entramos y una vez nos sentamos la una frente a la otra, preguntó qué me había llevado hasta allí.

—Lo primero que te voy a pedir es que, por favor, no le digas nada a mis padres.

—Ahora sí que estoy asustada. ¿Qué ha pasado?

—Que me casé en Las Vegas.

—¿Tú hiciste qué? —Elevó amabas cejas.

—Casarme, Cristina, me casé en una puta capilla en Las Vegas, después de beber ni sé cuánto —saqué el certificado de matrimonio y le enseñé las fotos.

—Sé te ve sonriente —dijo después de un rato.

—No me lo recuerdes —me masajeé las sienes—. Necesito que esto se disuelva como sea, no puedo seguir casada con un *stripper*.

—¿Es *stripper*?

—Si mal no recuerdo, sí, pero es que esa noche, desde la discoteca hasta que desperté con esos dos anillos —señalé la foto donde se veían mis manos y la de mi marido luciendo los anillos— no recuerdo nada.

—Maica, eres consciente de que este matrimonio es válido y legal, ¿verdad?

—Por eso he venido, para que me ayudes a deshacerlo.

—Cariño —suspiró—. Voy a necesitar hablar con tu marido.

—Por favor, dejar de llamarlo así.

—Es tu marido, te guste o no. Tenemos aquí un papel que lo demuestra.

—¿Y si lo quemo? Esto es como en un homicidio, si no hay cuerpo…

—Maica, por Dios —rio.

—Yo lo quemo, y no ha habido boda. Borro las fotos y listo.

—Cariño, las capillas en Las Vegas, y te lo digo porque la prima de una conocida mía quiso casarse allí, y lo hizo son como los juzgados y las iglesias, tienen un registro de todas las ceremonias, así como también hacen fotos.

—Vamos que, aunque yo queme esta cosa —señalé el certificado—, sigo casada.

—Sí. Es legal, como te digo, pero para ratificarla aquí, en España, al igual que en cualquier otro país, es necesario solicitar el certificado de matrimonio, una traducción jurada, y registrarlo aquí.

—Si no hago eso, estaría casada únicamente en Nevada.

—Sí, pero si quieres casarte aquí en España, o él quisiera casarse allí, tendríais que divorciaros.

—Pues eso quiero, Cristina, divorciarme de ese hombre. Seguro que me puso algo en la bebida si no, ¿cómo iba a casarme con un *stripper*? Por Dios, ni que estuviera loca.

—Es bastante guapo, y que sea *stripper* no es un problema, se gana la vida —sonrió.

—¿Tú le presentarías a tus padres a tu marido diciendo que es *stripper*? No, ¿verdad? Pues imagina yo a mis padres, que son muy modernos, pero también un poquito clásicos a veces.

—Tranquila, ¿vale? Dame el teléfono de tu marido.

—Que no lo llames así, por favor, que me dan picores — comencé a rascarme el cuello, y ella se reía—. Además, ¿qué teléfono voy a darte si no tengo nada de él? Solo lo que viene en ese maldito certificado.

—Pues con esto poco voy a hacer, cariño —suspiró—. Pero lo intentaré. Hablaré con quien pueda en Las Vegas a ver si me facilitan datos.

—Por favor, Cristina, yo te pago lo que sea, de verdad, pero tengo que librarme de ese matrimonio.

—Vale, pero no pidas el certificado, ni la traducción jurada, y no lo presentes en el registro.

—¿Yo? Ni que estuviera fumada y borracha, vamos. Te juro que no vuelvo a beber en la vida, de verdad que no.

Cristina se quedó con una copia del certificado, lo guardé en el bolso y tras despedirme, fui a tomar café con las chicas, pues me pidieron que las avisara para quedar y contarles.

Las vi a las tres en la cafetería esperándome, y traté de sonreír, pero no me salía.

—Traes cara de que la abogada no ha podido hacer mucho —dijo Lola.

, —Pues no —me dejé caer en la silla, suspirando, pedí un café y les conté lo que acababa de decirme Cristina.

—Seguro que acaba encontrando la solución, además, no creo que ese chico quiera estar casado con alguien a quien no va a volver a ver en su vida —comentó Lola.

—Pero a ver, que, si me quiero casar aquí en España, dentro de, no sé, ¿diez años? Tengo que pedirle que nos divorciemos, porque estoy casada allí.

—Nena, en diez años ya se habrá solucionado todo —dijo Carmela.

—Pues espero que sea en diez días, a poder ser, porque si mis padres se enteran de esto…

—Que no se van a enterar, mujer, tranquila —Lucia sonrió mientras me daba un apretón en la mano.

—Dios te oiga, chiquilla. Os lo digo en serio, no vuelvo a beber en mi vida.

—No me seas dramática, Maica, por favor, que después de esto, lo que sea que hagas por unas copitas de más, va a parecer una tontería.

—Gracias, Carmela, por recordarme que casarme en Las Vegas ha sido la madre de todas las cagadas —volteé los ojos.

Tras tomarnos el café me despedí de ellas y fui hacia el restaurante, era hora de empezar a trabajar un día más y procurar olvidarme de lo que había hecho en aquel viaje que, desde luego, no iba a olvidar.

—Traes cara de que la abogada no ha podido hacer mucho —dijo Lola.

—Pues no —me dejé caer en la silla, suspirando, pedí un café y les conté lo que acababa de decirme Cristina.

—Seguro que acaba encontrando la solución, además, no creo que ese chico quiera estar casado con alguien a quien no va a volver a ver en su vida —comentó Lola.

—Pero a ver, que, si me quiero casar aquí en España, dentro de, no sé, ¿diez años? Tengo que pedirle que nos divorciemos, porque estoy casada allí.

—Nena, en diez años ya se habrá solucionado todo —dijo Carmela.

—Pues espero que sea en diez días, a poder ser, porque si mis padres se enteran de esto…

—Que no se van a enterar, mujer, tranquila —Lucia sonrió mientras me daba un apretón en la mano.

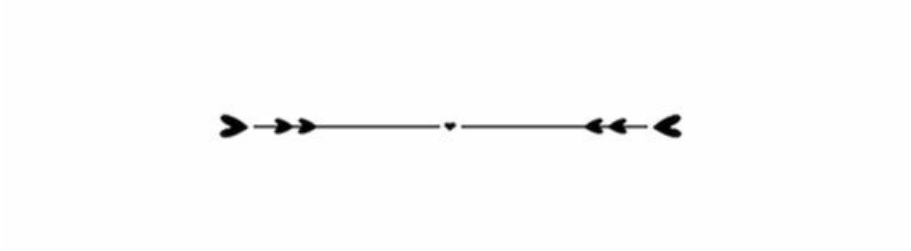
—Dios te oiga, chiquilla. Os lo digo en serio, no vuelvo a beber en mi vida.

—No me seas dramática, Maica, por favor, que después de esto, lo que sea que hagas por unas copitas de más, va a parecer una tontería.

—Gracias, Carmela, por recordarme que casarme en Las Vegas ha sido la madre de todas las cagadas —volteé los ojos.

Tras tomarnos el café me despedí de ellas y fui hacia el restaurante, era hora de empezar a trabajar un día más y procurar olvidarme de lo que había hecho en aquel viaje que, desde luego, no iba a olvidar.

Capítulo 12



Dos semanas después…

Y llegó el gran día de Lola, ese en el que la veríamos vestida de blanco, luciendo radiante y feliz.

Carmela se encargó de contratar una de las estilistas que conocía para que la peinara y la maquillara, y en eso estaban en ese momento, poniéndola bien guapa mientras el fotógrafo hacía algunas fotos del proceso.

—Pues al final sí que eres la segunda en casarse —dijo Lucía, y todas reímos porque sabíamos quién había sido la primera.

Sí, ya me reía porque otra cosa no podía hacer.

Cristina había hablado con los de la capilla, pero no podían facilitarle el número de teléfono y la dirección que venía en el certificado de matrimonio, resultó ser la de un apartado de correos. Vamos, que tenía una suerte bárbara y seguía casada.

Ya tenía planeado hacerme un viaje a Las Vegas sola, para solucionar aquello, pero sería después de la boda de Lola y cuando lo hubiera organizado todo muy, pero que muy bien.

—¿Cómo vamos por aquí, chicas? —preguntó mi madre, entrando en la habitación.

—Genial, ya casi acabamos —contesté.

—Pero qué guapas estáis todas, por favor. De aquí sale alguna boda más.

—Mejor que no, mamá, eso para más adelante —reí.

Carmela, Lucía y yo íbamos las tres vestidas iguales, con un bonito vestido en azul pastel entallado, hasta los tobillos y una pequeña apertura en la pierna izquierda que empezaba a la altura de la rodilla.

Era de tirante fino y tenía un cinturón blanco que se anudaba en un lazo en la parte trasera y ambos laterales caían sobre la falda.

Cuando vimos el vestido de novia de Lola, que llevaba ese mismo cinturón, quisimos darles el toque a nuestros vestidos en honor a ella.

Nos habíamos recogido el cabello en un moño trenzado con pequeñas perlas blancas en horquillas, adornándolo, y el maquillaje era en tonos naturales con los labios en un bonito color rosado.

No es que fuéramos a ser sus madrinas como en las bodas americanas, pero queríamos que tuviera unas fotos bonitas y elegantes con nosotras.

Terminaron de maquillarla y la ayudamos a ponerse el vestido, era en corte sirena, con escote en forma de corazón, que le sentaba de maravilla.

Cuando la vimos completamente vestida de novia, sonreímos y nos emocionamos todas.

—Madre mía, estás preciosa, cariño —dije abrazándola.

—La novia más guapa de todo Jerez —añadió Carmela.

—Mi hermano se muere cuando te vea.

—No, por favor, que ya viví suficientes emociones fuertes en mi despedida de soltera.

—Sí, sí, ese momento en el Gran Cañón… —rio Lucía.

—Hija de…

—Pero qué guapa está mi nuera —dijo Rosa, la madre de Jaime.

—Mamá, precisamente de ti se estaba acordando ahora Lola —Lucía sonrió con esa cara de niña buena que a veces ponía, sobre todo delante de sus padres, Julio y Rosa, que eran profesores en un instituto.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó la suegra de mi amiga.

—No, ya hemos terminado —contestó Carmela.

—Solo me falta el ramo y estaré lista —dijo Lola, mirando hacia la mesa donde lo habíamos dejado.

—¿Se puede? —mi padre asomó la cabeza y Lola sonrió.

—Pasa, Jesús.

—¿Cómo vamos por aquí?

—Bien, papá, vamos muy bien.

—Esto parece el camarote de los hermanos Marx —soltó Carmela—. Me voy al jardín, a ver si está todo en orden

—¿Desde cuándo eres mi *wedding planner*? —le preguntó Lola, riendo.

—Desde ahora mismo, que quiero que esta boda sea perfecta, no como… —miré a mi amiga, al igual que lo hicieron Lola y Lucía, advirtiéndole que no se le escapara nada— Como algunas que cuentan las novias por *Internet* —dijo finalmente, y salió.

—Yo también me marcho —la estilista sonrió acariciándole la mejilla—. Que tengas un feliz día, cielo.

—Muchas gracias —sonrió Lola.

—Bien, pues yo voy a ver cómo está mi hijo, aparte de nervioso. Vamos, Lucía.

—¿Y para qué voy yo?

—Para que lo tranquilices, que a ti te creerá más que a mí.

—Tranquilizarlo, dice… —Lucía sonrió como esas niñas traviesas de la tele.

—Lucía, a ver qué le dices a tu hermano —le advirtió Lola.

—¿Yo? Nada, cuñada.

—No me fío —dijo Lola cuando se fueron.

—Tranquila, hija, que voy a vigilarla —mi madre sonrió y le dio un abrazo y un beso—. Estás preciosa. Disfruta de tu día, ¿sí? Y recuerda que ellos están aquí —le puso la mano en el pecho, sobre el corazón, y Lola asintió.

Mi madre se fue y nos quedamos mi padre y yo con Lola, pues le había pedido a él si podía llevarla del brazo hasta su futuro marido, y mi padre accedió encantado.

—Me comen los nervios —dijo dándose aire con la mano.

—Pues que se vayan que aquí no pintan nada —sonreí.

—Cuando te toque a ti, me lo dices.

—Huy, pues no queda para que mi niña se case —rio mi padre, y las dos nos miramos.

—Sí, sí, unos cuantos años —dije.

.

En ese momento me llegó un mensaje de Carmela diciéndome que el novio estaba en su posición, se lo comuniqué a la novia, y los seguí hasta el jardín del hotel en el que iba a celebrarse la ceremonia. El cura era amigo de los padres de Jaime y no tuvo problema en casarlos en ese lugar.

Le acomodé la cola del vestido y tras hacerle un guiño, fui hacia mi asiento donde Lucía y Carmela me esperaban.

En el momento en el que comenzó a sonar la música y Lola entró del brazo de mi padre, vi a Jaime llorar.

Me miró, sonrió al tiempo que se secaba los ojos tratando de que no cayeran más lágrimas y le sonreí de vuelta.

Ese hombre estaba completamente enamorado de mi amiga, siempre la había tratado con un cariño y un amor infinitos, y el modo en el que la miraba, como si no hubiera nadie más en el mundo, nos llegaba al alma a todas.

—Es la primera vez que veo llorar a mi hermano —murmuró Lucía.

Cuando Lola llegó hasta él, le sonrió con los ojos igual de vidriosos y le secó la mejilla con el pulgar.

Mi padre se unió a nosotras y a mi madre, y comenzó la ceremonia, esa en la que todas lloramos tanto o más que la novia.

Sabía que echaba de menos a sus padres, que en un día como hoy le habría encantado que estuvieran, pero nos tenía a todos nosotros para apoyarla y mimarla.

—*Yo os declaro, marido y mujer. Puedes besar a la novia* —dijo el cura, y mientras ellos se besaban como matrimonio por primera vez, todos aplaudimos y lloramos aún más.

Los vimos ir hacia la zona donde se iba a servir el cóctel antes de la cena y cuando cogieron la primera copa de champán para brindar con nosotros, Jaime empezó a hablar.

—Gracias a todos, familia, amigos y compañeros, por estar hoy aquí acompañándonos. Os estaréis riendo a gusto al verme llorar —reímos cuando él sonrió—, pero es que ver a mi futura esposa me ha podido. Es la mujer más hermosa que he conocido nunca, en todos los sentidos, y me hizo el regalo de acompañarme el resto de su vida. Te amo, Lola.

—Madre mía, hoy no ganamos para *kleenex* —murmuró Carmela a mi lado.

—¿Estás llorando tú, la reina de hielo? —Arqueé la ceja.

—Serás hija de fruta —rio.

Brindamos con los novios y en el momento en el que di el sorbo a mi copa, no me ahogué de milagro y acabé
éescupiendo el champán en el césped.

—Hostia, Maica, cuidado —dijo Lucía.

. —No me lo puedo creer… —murmuré.

—¿Qué pasa? —preguntó Carmela.

—Que no he bebido tanto como para estar viendo a quien estoy viendo allí, en aquella mesa.

—¿A quién? —preguntaron las dos extrañadas.

No me salían ni las palabras, pero no hizo falta que les dijera a quién acababa de ver, porque ellas también los vieron.

—¡Hostia! —gritó Carmela.

—No me jodas —dijo Lucía.

—Esto no está pasando —murmuré, y lo vi caminando hacia mí, mejor dicho, los vi, a los dos.

El rubio con el que se acostó Carmela, y el que era mi marido, elegantemente vestidos con un traje gris marengo e
rubio, y azul marino mi… El otro.

—Que vienen, nena.

—Lo estoy viendo Carmela, joder.

—Chicas, esta boda promete —rio Lucía.

—¿Qué hacen ellos aquí? —preguntó Lola, que se había unido a nosotras.
e

—¿Cómo voy a saberlo? Desde que me desperté aquel día, no he sabido nada de él. Vamos, tampoco es que haya

querido.

—Buenas tardes, chicas —dijo el rubio en un perfecto español.

—Hola, mi amor —se inclinó, dejó una mano en mi cadera, y sus labios fueron directos hacia los míos, mientras yo lo miraba con los ojos muy abiertos y sin poder creerme lo que estaba pasando.

Por suerte me aparté antes de que me besara en los labios, y lo hizo en la mejilla.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó Carmela.

—Vosotras nos invitasteis. Nos disteis la dirección, el día y la hora, y dijisteis que no podíamos faltar, que éramos vuestras parejas —contestó el rubio.

—¿Dijimos eso? —grité.

—Sí, y tengo la prueba, mi amor —me respondió al tiempo que sacaba el móvil.

Y sí, claro que tenía una prueba, nos había grabado diciéndole justo eso, y claro, allí estaban los dos para acompañarnos.

—Madre mía, esto no está pasando —me llevé la mano a la frente y cogí la copa.

—No deberías.

—¿Me vas a decir lo que tengo que hacer? Vamos, no me jodas.

—Jamás te diría qué hacer, preciosa, pero soy tu marido y te doy un consejo.

—Dios mío, deja de decir eso —me froté las sienes—. No me casé contigo en plenas facultades, estaba borracha.

—Ah, eso no es cierto —comentó el rubio.

—No me digas más, tenéis pruebas —intuyó Lola, y sí, también las tenían.

—No me jodas —murmuré, notando que empezaba a marearme—. Mira, ya que has venido, solucionemos esto. Mi abogada está por aquí, lleva dos semanas intentando dar contigo para que firmes el divorcio, es lo mejor puesto que la boda solo es válida ahora mismo en Nevada.

—Desde hace dos días, la boda es legal aquí también —contestó.

—Espera, ¿qué? No, no puede ser porque yo no he ido a ratificarla con el certificado y lo demás.

—Pero yo, sí. Me pediste que viniera antes de la boda para encargarme de ello.

Y sí, también lo hice al parecer, porque lo tenía grabado. Eso era de película de terror, de verdad que sí.

—Pero. ¿cómo coño me iba yo a casar con un *stripper*? ¿Es que quieres que te den la nacionalidad aquí y sangrarme, o qué?

—Ni mucho menos, preciosa, pero como tú dijiste, estamos hechos el uno para el otro, somos almas gemelas que se encontraron una noche en Las Vegas —sonrió de medio lado, y qué sonrisa, joder.

;

—Ni sé tu nombre, que no me he molestado ni en aprendérmelo.

—Eso tiene fácil solución, Anthony —me acarició la mejilla—. Tony para los amigos y para cuando mi mujer grita mientras foll…

—¡Ay, por Dios! —grité.

—¿Y tú, ¿cómo te llamas? Porque nos acostamos y no me acuerdo de nada —dijo Carmela mirando al rubio.

—Max —sonrió haciéndole un guiño.

—Pues ya que habéis venido, Max, tú puedes quedarte conmigo, que igual te pido que me recuerdes qué pasó aquella noche.

—Carmela, no me jodas, ¿en serio? —protesté.

—¿Qué? Yo no me casé, pero igual me convence y cerramos el año con una tercera boda.

—Madre mía, me falta el aire —comencé a abanicarme con la mano y me alejé un poco, pero Tony no parecía querer dejarme sola, pues me siguió, y no fue el único, que mis padres también se acercaron.

—Cariño, ¿estás bien? —quiso saber mi madre, que me miraba preocupada.

—Sí, mamá, es solo… Estoy bien —sonreí.

o

—¿Quién es tu amigo, cariño?

Ni tiempo me dio a contestar a mi madre, cuando ya estaba Tony abriendo la boca para hablar.

—Anthony, el marido de su hija —dijo él, extendiendo la mano hacia ellos.

Mi madre abrió los ojos ante la sorpresa, y apenas nos segundos después se desmayó.

—¡¡Mamá!! —grité agachándome al mismo tiempo que lo hizo mi padre, y comenzamos a darle aire en la cara.

La levantamos, le di un poco de agua y la sentamos en una silla.

—Macarena, qué susto nos has dado —le dijo mi padre.

—Ay, Jesús, que he tenido una pesadilla. Había un hombre diciendo que era el marido de Maica.

En ese momento mi marido, a quien empezaba a tener un poquito de ojeriza ya, se asomó por detrás de mi padre, sonrió y agitó los dedos en señal de saludo a mi madre.

—Por Dios, ¡qué no era una pesadilla! ¡Qué es real! ¡Qué está ahí, Jesús, que está detrás de ti! ¡Que se ha casado la niña y no nos había dicho nada!

—Ya, Macarena, respira que te va a dar algo otra vez. Seguro que la niña tiene una explicación —mi padre me miró y en ese momento me sentí tan pequeñita como cuando tenía cinco años y me sentaba en la cocina mientras preparaba alguno de sus platos.

—Tú, conmigo, ¡ahora! —le exigí a Anthony, cogiéndolo del brazo.

Me lo llevé a un rincón apartado de las mesas y me enfrenté a él.

—No puedes estar aquí —dije.

—Nos invitasteis.

—Y no debimos hacerlo, pero se ve que el alcohol de aquel hotel es bueno de cojones. Tenéis que iros, en serio. Nos damos los teléfonos y mañana hablamos de lo nuestro, hay que solucionarlo. No puedo estar casado con un hombre como tú, ya has visto a mis padres, somos una familia modesta, pero de bien, y nunca me casaría para darle los papeles a otra persona.

—Para empezar, nunca dije que quisiera papeles. Y para continuar, no me voy a ir de la boda, y mucho menos voy a volver a Las Vegas sin mi mujer, y esa, preciosa, eres tú —sonrió.

—Claro que te vas a ir, y con el divorcio firmado o juro que…

—No me iré, porque te aseguro que eres tan mía como yo tuyo, y no solo porque tengamos un papel que así lo

diga.

—Vete a la mierda, Anthony —mascullé entre dientes, y me giré para irme, pero volví a mirarlo—. Y dado que tengo la sensación de que no vais a iros de la boda, al menos, no se la jodais, que Lola no se lo merece.

—Tranquila, somos dos hombres de lo más formales y civilizados.

—Claro, por eso me llevaste a una puta capilla en Las Vegas, para que me casara contigo, porque eres muy formal.

—Para tu información, preciosa —dijo acercándose, y se inclinó para susurrar—, fuiste tú la que me pidió que lo hiciera, porque ninguno de los dos queríamos separarnos.

Me aparté y fui hacia donde había dejado a mis padres, tenía que enfrentarme a ellos y contarles la verdad, por mucho que me costara y me avergonzara tener que hacerlo.

y

diga.

—Vete a la mierda, Anthony —mascullé entre dientes, y me giré para irme, pero volví a mirarlo—. Y dado que tengo la sensación de que no vais a iros de la boda, al menos, no se la jodais, que Lola no se lo merece.

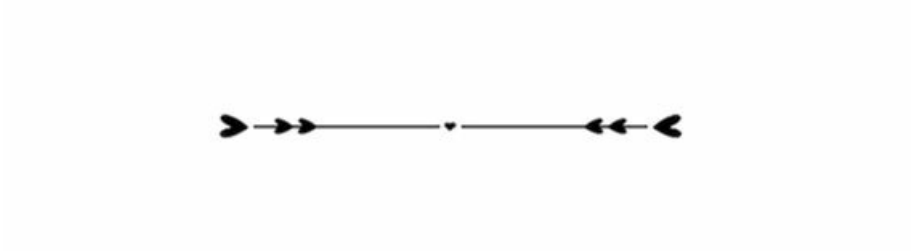
—Tranquila, somos dos hombres de lo más formales y civilizados.

—Claro, por eso me llevaste a una puta capilla en Las Vegas, para que me casara contigo, porque eres muy formal.

—Para tu información, preciosa —dijo acercándose, y se inclinó para susurrar—, fuiste tú la que me pidió que lo hiciera, porque ninguno de los dos queríamos separarnos.

Me aparté y fui hacia donde había dejado a mis padres, tenía que enfrentarme a ellos y contarles la verdad, por mucho que me costara y me avergonzara tener que hacerlo.

Capítulo 13



Respiré hondo, cogí una copa de champán de la bandeja que llevaba la camarera que pasó por mi lado y tras beberla de un trago y volver a dejarla, fui hacia mis padres.

—Maica, hija —empezó a hablar mi madre.

—Dejadme hablar, por favor os lo pido, dejadme hablar.

—Está bien, te escuchamos —contestó mi padre.

Suspiré y me senté con ellos, miré a uno y otro y me armé de valor para empezar a contarles lo que ocurrió aquella noche, y lo que no recordaba que había ocurrido.

—Era la última noche en Las Vegas, celebrábamos la despedida de soltera de Lola, y después de la cena, la llevamos por sorpresa a una zona donde hacen… *shows* de baile masculinos.

—¿Llevasteis a Lola a que un hombre le hiciera un estriptis? —preguntó mi madre, y asentí— Hija, me podríais haber llevado a mí también a la despedida.

—¡Mamá! —reí, porque sabía que estaba quitándole hierro al asunto y poniéndomelo fácil para que siguiera hablando.

—Sigue, cariño —sonrió al tiempo que me daba un leve apretón en la mano.

—Fuimos a la discoteca para terminar la noche y allí los vimos a ellos, dos de los *strippers*. Hasta donde recordamos todas, lo pasamos bien, bailando y riendo con ellos, pero no recordamos más hasta que nos despertamos. Yo lo hice con él —miré hacia Anthony por encima del hombro— y tenía el anillo de compromiso y la alianza, él también la llevaba, por eso supe…

—Que te habías casado —acabó mi madre con un suspiro.

—Lo siento, lo siento mucho de verdad. Jamás creí que eso pudiera pasarme. Cristina ha estado intentando dar con él todo este tiempo, quería solucionarlo y nunca os habríais enterado, pero ahora que ha aparecido él, dice que ha ratificado nuestra boda aquí en España, porque yo se lo pedí. Y al parecer también los invitamos a venir a la boda de Lola —me llevé ambas manos a la cara intentando no derrumbarme delante de mis padres—. Soy la peor hija del mundo.

—No vuelvas a decir semejante tontería en tu vida, Maica —dijo mi padre—. Eres la mejor hija que unos padres pueden tener. Y todos cometemos errores, cariño.

—Pero esto no es un error, papá, es la madre de todos los errores. Que no me acuerdo de nada.

—A ver, mi vida —miré a mi madre, que sonrió acercando la silla más a mí—. Esa noche estabais celebrando que Lola se casaba, bebisteis un poquito más de la cuenta y… Bueno, te casaste, pero eso no te hace mala hija ni mucho menos. Por lo que estoy enfadada es porque no nos invitaras a tu padre y a mí, que una hija no se casa todos los días.

—Mamá, que esto es muy serio.

—Ya lo sé, pero oye, al menos tu marido es joven y guapo. Que te podrías haber casado con un hombre de la edad de tu padre, un vaquero de esos con caballos y minas de petróleo.

—Amor, deja de ver películas románticas —le dijo mi padre y reímos los tres.

—Por ahí viene Cristina —me giré cuando nos lo dijo mi madre y la abogada sonrió mientras se acercaba.

—Creo que ya no es ningún secreto para tus padres, ¿verdad? —preguntó poniéndome la mano en el hombro.

—No, ya lo saben.

—Bien, pues creo que tengo que ir a hablar con tu marido para pedirle que acepte deshacer la boda en Nevada.

—No va a poder ser, tendremos que ir al divorcio aquí directamente.

—¿Por qué? Si tú no has ratificado la boda —frunció el ceño.

—Exacto, yo no lo he hecho, él sí —suspiré.

—¿Qué? Pero, si ha aparecido hoy aquí por sorpresa.

—Tampoco es por sorpresa, bueno para nosotras cuatro que esa noche estábamos borrachas como mosquitos recién chupada la sangre, pues sí, pero los invitamos a venir, y yo le pedí a mi marido que lo hiciera dos días antes

para ratificar la boda. ¿Alguien aquí tendrá un Valium, un poco de hierba o…?

—Maica, hija de mi vida —rio Cristina.

—¿Qué? Estoy desesperada, no me reconozco en los vídeos que ellos tienen de esa noche. Joder, pero si hasta en las fotos de la puñetera boda lo miro como si fuera el verdadero amor de mi vida.

—¿Hay fotos de la boda y no se las enseñas a tu madre? —protesto esta, mirándome con la ceja arqueada.

—Por Dios, mamá, es un día que quiero olvidar.

—De hecho, no te acuerdas de ello, así que… —Se encogió de hombros.

—Papá, di algo que no la reconozco.

—Enséñanos las fotos —me pidió él.

—¿En serio? Madre mía, qué cruz —me froté las sienes, y al final tuve que darles el móvil para que vieran las condenadas fotos de la noche de mi vida, porque me casé de noche, como si estuviera escondiéndome de mis padres.

Ellos las miraron con detenimiento, sonrieron en alguna que otra ocasión y en un momento dado, los vi mirarse, y como si mantuvieran una conversación de la que ni Cristina ni yo podíamos formar parte, vi que mi padre sonreía

—¿Podríamos conocer al menos a nuestro yerno? —preguntó mi padre, mientras me daba el móvil.

—¿Cómo dices?

—Que queremos conocerlo, cariño —dijo mi madre, con una sonrisa.

—Esto es una broma, o sea, que me tengo que divorciar de él, mamá ¿cómo vais a conocerlo?

—Pues como se ha hecho toda la vida, hija. Él viene a presentarse, a hablar con nosotros, nos cuenta cosas sobre él… —contestó mi padre.

—¿Qué os va a contar? Ya os lo he dicho yo, es *stripper* en el club de un hotel en Las Vegas, no hay más. No se gana la vida como abogado, igual que Jaime, o es cocinero, médico, cirujano, arquitecto o policía. Nada, nada de eso. *Stripper*, papá, mi marido es un *stripper*.

—¿No era que no querías que le llamáramos “tu marido”? —miré a Cristina y estaba sonriendo tras decirme aquellas palabras.

—Vale, ¿queréis conocerlo? Pues muy bien —me puse en pie—. Cristina, como abogada mía en este asunto, te encomiendo dos cosas. La primera: que mañana mismo, y me da igual que sea domingo, redactes los papeles del divorcio. Y la segunda: que vayas a decirle que mis padres quieren conocerlo. Yo, me voy a tomar una copa.

Ahí los dejé a los tres, iría a ver si encontraba a la novia y las otras dos patas de nuestro banco, y las vi en una de las mesas haciéndome señas, Jaime estaba con ellas.

Volví a coger una copa de champán y al hacerlo, me encontré con la mirada de Anthony, que estaba dando un sorbo a su copa de vino. Negó sin dejar de mirarme, como si de ese modo me estuviera diciendo que no debía beber.

Pero yo, que era un poquito rebelde por naturaleza, y que no iba a aceptar que ese hombre me dijera qué podía o no hacer, me la bebí de un trago y la dejé de nuevo en la bandeja.

Hasta me atreví a hacerle un guiño, y él sonrió.
Y qué sonrisa tenía el muy jodido.

—¿Se lo has contado? —me preguntó Lola, cuando llegué a la mesa en la que estaban picando unos canapés, como el resto de sus invitados.

—Sí —suspiré—. Oye, siento que esto esté pasando justo hoy, el día vuestra boda.

.

—¿Estás de broma? Vamos a tener una boda con espectáculo y sin pagar por ese extra —dijo Jaime, mientras sonreía.

—Pero qué capullo eres, Jaimito —protesté.

—Odio que me llames así, y lo sabes, señora esposa de un *stripper*.

—Ay, tus muelas —cogí un canapé para tirárselo, pero ante la cara de horror de mi querida Lola, me contuve y acabé comiéndomelo.

—¿Qué va a hacer Cristina? —preguntó Lola.

—Decirle que mis padres quieren conocerlo —contesté, y Carmela, que acababa de dar un sorbo a su copa, se atragantó y no escupió el vino de milagro.

—¿Tus padres quieren qué? —gritó.

—Conocerlo, Carmela, a saber, por qué, pero quieren hacerlo. Saber cosas de él, dice mi padre —resoplé.

—Pues eso es que han visto algo en él —comentó Lucía.

—En él, lo dudo, lo que han visto son las fotos de la boda. En qué hora habré dicho que existían.

—A mí me da que, como le conozcan muy bien, no te divorcias —rio Lola.

—¿Cómo no voy a divorciarme, Lola? Es que no les ha bastado con que yo les diga que es *stripper*, debe ser que quieren escucharlo de su boquita.

—Yo solo digo que, si han visto en las fotos lo mismo que los demás, no te divorcias —sonrió, la muy diabla.

Miré hacia la mesa en la que estaban Anthony y Max, y él acompañó a Cristina a ver a mis padres.

Aquello era una locura, de verdad que sí, pero no podía prohibirles querer saber sobre su vida.

Jaime y Lola fueron a hacer una última ronda por las mesas antes de pasar al salón donde cenaríamos, y yo me quedé con Lucía y Carmela, mirando disimuladamente cada poco tiempo hacia mis padres, que hablaban de lo más tranquilos y animados con Anthony.

—¿Y dónde se van a sentar ellos? —preguntó Lucía.

—Esa es una buena pregunta —dijo Carmela—. Porque Lola no contaba con ellos.

—En nuestra mesa, lo estoy viendo —suspiré.

—Bueno, a fin de cuentas, es tu marido.

—Carmela, vete un poquito a la mierda, anda cariño.

Acabamos las tres riendo y tomando una copa de vino en lo que esperábamos para ir a cenar.

Yo no podía dejar de mirar a mis padres y me sorprendía lo atentos y tranquilos que estaban hablando con ese hombre al que no conocíamos ninguno de nada.

En alguna ocasión lo vi a él con el móvil en la mano, enseñándoles algo, y me mataba la curiosidad por saber qué era.

Como si supiera que estaba mirándolo, se giró y sacó a relucir esa media sonrisa que tenía.

Aparté la mirada y fui a dar un sorbo a mi copa, pero no lo hice puesto que vi a Lucía y Carmela sonriendo.

—¿Qué? —pregunté.

—Os coméis con los ojos, nena —rio Carmela—. Claro que no me extraña, tu marido es un auténtico bombón.

—Dios mío, qué cruz… —resoplé.

—Chicas —nos giramos al escuchar la voz de Lola—. No me matéis, pero…

—Os lo dije —señalé a Lucía y Carmela—. No te molestes en decirlo, que ya lo sé. Los van a poner en nuestra mesa, ¿verdad?

—Sí. Es que, ya que están aquí… me da apuro que se vayan.

—Están porque mi marido no ha querido irse, porque pedírselo, se lo he pedido.

—Vamos, Maica, no te hagas mala sangre.

—No me la hago, Lola, pero en qué hora bebí aquella noche.

—Pues hoy vas por el mismo camino —dijo Lucía.

—Y razones tengo, a ver si te crees que no.

—Solo quería avisaros, van a estar con vosotras.

—Menos mal que mis padres se sientan contigo, Lola, porque no me quiero imaginar cómo iba a ser esta cena.

—Bueno, no vamos a tardar ya mucho en entrar. Y tú —me señaló—, procura divertirte.

—Mientras haya alcohol, no hay problema —contesté, porque, aunque no pensaba beber tanto como aquella noche, estaba claro que iba a tomarme tantas copas de vino como mi cuerpo pudiera aguantar.

—¿Qué? —pregunté.

—Os coméis con los ojos, nena —rio Carmela—. Claro que no me extraña, tu marido es un auténtico bombón.

—Dios mío, qué cruz… —resoplé.

—Chicas —nos giramos al escuchar la voz de Lola—. No me matéis, pero…

—Os lo dije —señalé a Lucía y Carmela—. No te molestes en decirlo, que ya lo sé. Los van a poner en nuestra mesa, ¿verdad?

—Sí. Es que, ya que están aquí… me da apuro que se vayan.

—Están porque mi marido no ha querido irse, porque pedírselo, se lo he pedido.

—Vamos, Maica, no te hagas mala sangre.

—No me la hago, Lola, pero en qué hora bebí aquella noche.

—Pues hoy vas por el mismo camino —dijo Lucía.

—Y razones tengo, a ver si te crees que no.

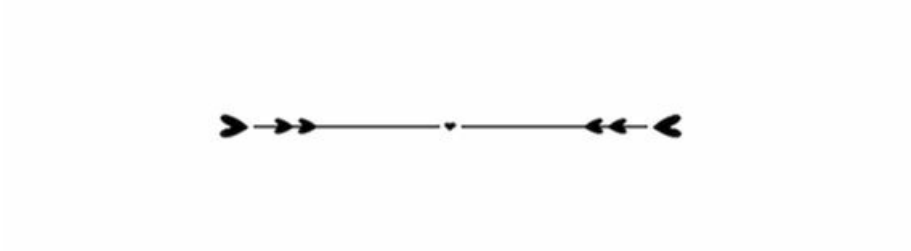
—Solo quería avisaros, van a estar con vosotras.

—Menos mal que mis padres se sientan contigo, Lola, porque no me quiero imaginar cómo iba a ser esta cena.

—Bueno, no vamos a tardar ya mucho en entrar. Y tú —me señaló—, procura divertirte.

—Mientras haya alcohol, no hay problema —contesté, porque, aunque no pensaba beber tanto como aquella noche, estaba claro que iba a tomarme tantas copas de vino como mi cuerpo pudiera aguantar.

Capítulo 14



Cuando entramos a la zona de salón, nos sentamos en la mesa que había cercana a la de los novios, en la parte de Lola, y no tardamos en ver llegar a nuestros acompañantes de la noche.

—Hola otra vez, preciosas —dijo Max, alias el rubio, para nosotras, con una amplia sonrisa, pero sin dejar de mirar a Carmela.

—Quiero tener una cena tranquila, si es posible —comenté mirando a mi marido.

—La tendrás, no te preocupes —asintió.

Se sentaron y cuando miré hacia la mesa de los novios, vi a mi madre sonreír. ¿De qué habrían hablado con él, qu ni siquiera se habían acercado a decirme nada? Porque yo en su lugar estaba segura de que hubiera preferido que se fuera.

—¿No tienes curiosidad por saber de qué he hablado con tus padres, amor mío? —preguntó Anthony, y lo miré como si le perdonara la vida en ese preciso momento.

—No —mentí.

—Creo que les he caído bien —dijo cogiendo la botella de vino que había en la mesa para servirnos a todos, empezando por mi copa.

—No me importa, después de esta noche, no vas a volver a verlos. Mi abogada va a preparar los papeles para el divorcio, y más vale que los firmes, porque los dos sabemos que esa boda fue un error.

—No lo fue, solo lo crees porque no te acuerdas.

—¿Y tú, sí te acuerdas? Porque imagino que bebiste tanto como yo.

—Sí, pero tolero mucho mejor el alcohol, al parecer —sonrió.

—Deja de sonreír, no es divertido.

—No llevas los anillos —señaló y cuando lo dijo, me fijé en que él sí llevaba su alianza.

—Esas baratijas que formaron parte de un gran error en mi vida, no me las voy a poner.

—¿Baratijas? —Arqueó la ceja— La joyería del hotel donde compré nuestros anillos, no vende baratijas.

—Bueno, al menos los pagaste tú, porque yo pensé que habrías hecho que nos lo cargaran a nuestra suite.

—Jamás haría eso, pequeña —se atrevió a cogerme la mano que tenía en mi regazo, y noté un leve escalofrío ante su contacto—. La suite donde pasamos nuestra noche de bodas, tampoco os la cargaron a vosotras.

—Estaría bueno que así hubiera sido, vamos —volteé los ojos—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto, pero esto es algo de ida y vuelta. Tú preguntas, yo pregunto —hizo un guiño.

—No, eso…

e—Sí, o no hay pregunta para ti.

—Pues no hay pregunta, ya ves, qué problema.

Los camareros comenzaron a servir los entrantes y cuando Max los probó, dijo que estaban deliciosos.

—El menú lo han confeccionado Maica y sus padres —dijo Lucía—. Tienen un restaurante muy conocido aquí en Jerez.

—Lucía, ¿por qué no te callas un poquito, cariño? —protesté.

—Sabía lo del restaurante —murmuró Anthony—, me lo han dicho tus padres, pero tú también lo hiciste aquella noche.

—Claro, por eso te acercaste más a mí. Porque tengo algo de dinero.

—No fue por eso —dijo en tono serio.

—Ya, claro —negué, y no quería preguntar, pero… me podía la curiosidad—. ¿Y qué más te han dicho?

—Entonces sí tienes curiosidad por saberlo —arqueó la ceja.

—No, pero ya que has empezado a darme datos…

—Me han preguntado la edad.

—¿Cuántos? —curioseé pinchando un tomate *Cherry*.

—Treinta y ocho —sonrió.

—Dios mío, han debido de flipar.

—¿Por qué? No soy tan mayor.

—No, pero me llevas diez años.

—No son muchos, pequeña —hizo un guiño.

—¿Qué más te han preguntado? Porque conozco muy bien a mis padres, y te han debido hacer un buen cuestionario.

—Si realmente soy *stripper*.

—Obvio lo eres.

—Lo disteis por hecho vosotras —dijo Max en ese momento.

—Hombre, estoy prácticamente segura de que os vi esa noche en el bar de los *strippers* —respondí.

—Y así fue —dijo Anthony.

—Pues bien, caso resuelto —me encogí de hombros.

—¿Tú cuántos años tienes, Max? —le preguntó Carmela.

—Treinta y siete. ¿Demasiado mayor? Porque os recuerdo a las dos que aquella noche, no os importó qué edad teníamos.

—No, no, para mí eres perfecto. Si nosotros solo hemos follado.

—Tres veces —contestó él.

—¡Hostias! ¿En serio?

—Ajá.

—Y no me acuerdo de nada, hay que joderse. Para una vez que me dan unos buenos meneítos.

Max, así como Lucía y Anthony, empezaron a reír, y yo suspiré.

Seguimos comiendo y charlando, preguntaron qué tal nos iba a cada una en el tema laboral pues sí, les habíamos contado toda nuestra vida aquella noche al parecer, y tenía que admitir que eran unos tipos bastante agradables y carismáticos.

Con cada plato que servían, los dos quedaban gratamente sorprendidos y decían que les gustaba mucho, cosa que me hacía sonreír porque, siendo sincera, era agradable recibir elogios sobre el trabajo que una realiza.

Y al igual que la comida, la bebida en nuestra mesa no faltó.

—¿Qué tal todo, chicos? —preguntó Lola, que se acercó junto a Jaime para pasar mesa por mesa.

—De momento estamos todos vivos, no han volado los cuchillos y no hay miembros amputados —contestó Carmela, mirándome.

—Joder, ¿por qué me miras?

—Porque todas pensamos que ibas a sacarle un ojo a este hombre —dijo Lucía tratando de no reír.

—Pues no, tranquila, que tu boda no va a ser una montaña —le aseguré a Lola.

—Enhorabuena, por cierto —Anthony le tendió la mano a Jaime, que no dudó en estrechársela.

—Lo mismo digo, que fuisteis los primeros —rio él.

—Jaime, yo te quiero mucho, pero… advertido estás —lo miré entrecerrando los ojos.

—Mujer, si tus padres están encantados.

—¿Qué dices, Lola?

—Lo que oyes. No han dejado de miraros y de decir que se hacéis muy buena pareja.

—Madre mía…

—Sí, tu madre era la que más lo decía —rio de nuevo Jaime.

—Esto es de locos, en serio.

—Bueno, os dejamos. Espero que siga sin correr la sangre —Lola me dio un apretón en el hombro.

—Descuida, que nosotros tres hacemos de intermediarios, cuñada.

Me terminé el vino de un sorbo y cuando fui a coger la botella, la mano de Anthony se posó en la mía.

—¿Qué haces? —protesté frunciendo el ceño.

—No voy a decirte qué hacer, pero sí a aconsejarte. No bebas más, pequeña.

Por un segundo esas palabras resonaron en mi mente, como una especie de *flash* en la memoria.

—¿Y qué pasa si bebo más?

—No vas a poder levantarte de esa silla —sonrió.

—Bueno, tú me sostienes, eso es lo que hacen los maridos, ¿no?

—Entre otras cosas, sí.

—¿Qué más harías por mí?

—Lo que me pidieras.

—Que nos divorciemos.

—Eso no es negociable.

—¿Por qué no? Apenas nos conocemos, sé libre, Antonio —dije, con cierto puntito ya por el vino—, y encuentra una mujer que te quiera.

—Mi nombre es Anthony —sonrió negando.

—Antonio es más castizo, hijo mío, que tú, el castellano lo hablas que da gusto.

—Mi madre es española.

—¿En serio? —Aquello no me lo esperaba, la verdad.

—Sí. Mi padre era militar, durante unas vacaciones vino a España con unos compañeros y la conoció. Ella tenía dieciocho años, él veintiuno. Fue un auténtico flechazo según me han dicho siempre. Pero estaba escrito que ellos se conocerían. Un amigo de mi padre, que ya falleció, era de una de las tribus indias de Nevada, y su madre puede ver cosas.

—Algo así como una vidente, dices.

—Algo así —sonrió—. Le dijo que conocería a una mujer de la que se enamoraría nada más verla. Ese mismo verano se quedó embarazada, y dejó todo por irse con él.

—Qué bonito —dijo Lucía.

—Y naciste tú —intuí.

—Así es. Mi padre es un militar retirado, y ella es dueña de una tienda de ropa en el hotel.

—Vaya, igual hemos conocido a tu madre —escuché decir a Carmela.

—De hecho, sí, los vestidos que llevabais aquella noche, eran de su tienda.

—Espera, ¿tu madre es la dueña de esa tienda? —pregunté.

—Sí.

—Dime que tus padres no saben que tú y yo…

—Lo saben, y están deseando conocer a su nuera —rio Max.

—Pues no va a ser posible, que este y yo nos divorciamos en cuanto mi abogada redacte los papeles.

—Dime una cosa, Maica —era la primera vez que aquel hombre decía mi nombre, y sentí… algo—. ¿Crees en el destino? ¿Crees que es posible que dos personas que no sabían nada la una de la otra, puedan enamorarse en solo una noche?

—Bueno, por poder, supongo que sí. Mis padres creo que son un claro un ejemplo.

—Y los míos —sonrió—. Y tal vez no quieras verlo, pero eso nos pasó a nosotros.

—Tony —le brillaron los ojos cuando me referí a él por su diminutivo—, lo que nos pasó a nosotros es que bebimos, nos debió de dar un calentón y una de esas locuras transitorias, y cometimos un error al casarnos. No debió pasar, y lo sabes tan bien como yo.

No tardaron en servir la tarta y empezamos a tomar los licores. Nosotras tres fuimos a la mesa de los novios para hacer trocitos la liga de Lola como era tradición, al igual que los amigos y compañeros de universidad de Jaime le cortaron la corbata.

Fuimos pasando por las mesas recogiendo el dinero por ambas cosas al tiempo que repartíamos caramelos entre los hijos de algunos invitados, entre ellos de los primos de Jaime, y cuando teníamos la cesta llena de dinero y sin un solo trocito de liga, fuimos a darle a la novia las ganancias.

—Con lo que hemos sacado entre las dos cosas, tenéis para un fin de semana loco —dijo Lucía.

—Te recuerdo que me voy dos semanas de luna de miel, cuñada —rio Lola.

—Ey, guapísima —me giré al notar una mano en mi cintura y me encontré con un hombre alto, moreno, de ojos verdosos y un traje gris marengo que le sentaba de muerte.

—Huy, Lola, ¿habéis invitado a Gerard Butler a la boda? Qué nivel, nena —dije.

—No soy Gerard Butler —contestó él, dejando escapar una risa—. Soy un viejo amigo de Jaime, y te parecerá descarado por mi parte, pero… me has gustado nada más verte antes de la ceremonia.

—Ah, pues qué bien, se agradece eso de saber que una es guapita.

—Eres un bombón, que nadie te diga menos que eso. Me llamo Oliver —se inclinó y me dio un par de besos.

—Pues encantada, Oliver, yo soy Maica.

—Me preguntaba si querrías tomar una copa conmigo, y charlar.

—Oh, yo…

—Está casada —esa voz a mi espalda hizo que notara un escalofrío recorriéndome la espalda.

—Yo no le veo el anillo —dijo Oliver.

—Se lo ha dejado en casa, pero está casada conmigo. Si quieres te enseño fotos de la boda, las tengo en el móvil.

—No, no, tranquilo —levantó ambas manos—. Lo siento, no quería molestar.

—Y no molestas, Oliver, a este ni caso.

—Maica —miré a Lola, que era quien me había llamado, y la vi negando.

Al mirar a Tony entendí por qué me pedía que no siguiera con eso.

El que se había convertido en mi marido hacía unas semanas en Las Vegas, estaba cabreado, tenía los dientes apretados y aunque mantenía las manos en los bolsillos, sabía que también las estaba apretando.

Oliver se fue, fruncí el ceño parándome cruzada de brazos delante de Tony, y lo enfrenté.

—¿Se puede saber qué haces? Tal vez ese era el hombre de mi vida, ese del que hablabas antes, que el destino habría puesto en mi camino.

—Estamos casados, pequeña, y no querrás tontear con otro delante de tus padres.

—Lo que haga o deje de hacer delante de mis padres, es cosa mía, no tuya —dije señalándole, y me fui de allí.

Salí al jardín, necesitaba estar un momento a solas pues aquello me había terminado de rematar la noche.

Estaba sentada en uno de los bancos del jardín, y no llevaría ahí ni cinco minutos, cuando apareció mi madre.

—Cariño.

—Solo necesitaba un poquito de aire, mamá.

—Lo imaginé —se sentó a mi lado—. Mi niña, Tony parece un buen hombre.

—Ay, mamá —me llevé ambas manos a la cara.

—Me vas a escuchar, cariño —dijo cogiéndome las manos y haciendo que la mirara—. Sabes que tanto tu padre, como yo, siempre hemos querido lo mejor para ti. Y sí, me asusté cuando supe que te habías casado en Las Vegas pero porque no era esa la boda que soñaba para mi única hija. Mi niña, ya sabes lo que solían decir tus abuelas.

—“El amor no se busca, él te encuentra a ti” —repetí esas palabras que me dijo mi madre tiempo atrás, cuando me dejó aquel novio que tuve.

—Exacto —sonrió—. ¿Y si Tony es ese amor que te ha estado buscando siempre? Quién sabe, cariño —me dio u

beso en la sien y se levantó para volver adentro.

Al mirar hacia la puerta, vi a Tony allí parado con una mano en el bolsillo del pantalón, y sujetando un vaso de whisky con la otra.

Si a mis padres les había caído bien, y ellos solían ser de los que veían a una persona y sabían si era o no de fiar, no podían equivocarse, así que, ¿por qué no hacer por conocer un poco a mi desconocido marido?

,

e

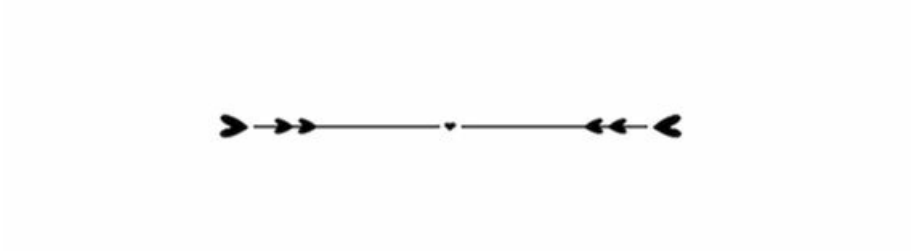
n

beso en la sien y se levantó para volver adentro.

Al mirar hacia la puerta, vi a Tony allí parado con una mano en el bolsillo del pantalón, y sujetando un vaso de whisky con la otra.

Si a mis padres les había caído bien, y ellos solían ser de los que veían a una persona y sabían si era o no de fiar, no podían equivocarse, así que, ¿por qué no hacer por conocer un poco a mi desconocido marido?

Capítulo 15



Le dije a Tony que se acercara llamándolo con el dedo. Él sonrió y comenzó a caminar hacia mí.

—Así me llamaste aquella noche en la discoteca —dijo nada más sentarse.

—¿Te llamé yo?

—Cuando fui a la barra por unas copas con Max, al mirarte, me llamaste así. Me recibiste con un beso.

—Vale, ahora no va a haber beso.

—Ahora no, pero en un futuro, ¿sí? —Arqueó la ceja.

—En tus sueños, tal vez. Sigo pensando que lo mejor es que nos divorciemos. Pero por el momento voy a hacer caso a mi madre, que me ha pedido que te conozca.

—Las madres son muy sabias.

—Eso dice mi padre —sonreí.

—Ahora entiendo por qué no me has llamado en este tiempo, pues dijiste que lo harías.

—¿Y cómo iba a hacer eso si no tenía tu número?

—Claro que lo tienes, me hiciste apuntarlo en tu agenda y tú pusiste el nombre del contacto.

—¿Me estás diciendo que he tenido la manera de contactar contigo todo el tiempo, y no lo sabía?

—Eso parece.

—Madre mía —cogí el móvil del bolsito que llevaba y busqué en los contactos—. Vamos, no me jodas, como

para haberte encontrado. En el certificado de matrimonio ponía Anthony, no “Tony, maridito”. Dios mío, ¿de verdad te grabé así, y me dejaste? Iba muy borracha, qué vergüenza.

—Pero estabas muy graciosa —dijo acariciándome la mejilla.

—Necesito un trago —miré su vaso de whisky.

—No deberías, pero entiendo que esto es…

—Muy fuerte —acabé por él.

—¿Qué pensaste cuando despertaste conmigo en la cama?

—Que me había vuelto loca de repente. ¿Cómo coño había llegado a casarme?

—¿De verdad no recuerdas nada, pequeña?

—No. Bueno, antes cuando me has dicho que no debería beber más, he tenido como un recuerdo, como si ya te hubiera escuchado antes. Me lo dijiste esa noche, ¿verdad?

—Sí, y por suerte me hiciste caso. Eso sí, me dijiste que, dejarías de beber si me casaba contigo. Que habías tenido un flechazo y me querías llevar a España —contestó con una sonrisa de medio lado de lo más sexy.

—¿Y tú, para qué me haces caso?

—¿No sabes eso de que los niños y los borrachos, siempre dicen la verdad? Además, fue mutuo. Cupido nos flechó a los dos.

—Tony, que yo no tengo nada en contra de los *strippers*, pero…

—Olvida eso por un momento —me pidió cogiéndome la mano—. Estamos aquí, y ahora, pequeña. ¿Por qué no entramos, bailamos, nos tomamos una copa, y dejamos que todo fluya?

—Es que no puedo olvidar que me casé con un desconocido estando borracha.

—Ahora no lo estás, ¿no?

—No, o eso creo. Espera —me puse de pie y comencé a caminar lo más recta que pude, me giré y al hacerlo un poquito más rápido de lo normal, no me mareé ni nada—. No, parece que estoy bastante estable —sonreí.

—Bien —Tony se levantó y, tras entrelazar nuestras manos, se inclinó para besarme en la mejilla—. Entonces,

amada esposa, vamos a entrar, y a divertirnos.

Me miró con aquellos ojos verdes y volví a tener otro de esos *flashes*, uno en el que los labios de Tony se unieron a los míos y…

—Vamos, me apetece una copa —dije pasando por su lado, pero no me soltó la mano.

Entramos así al salón donde estaban todos bailando y riendo. Fuimos hacia la barra de bebidas y él pidió para los dos, whisky para él, y un *gin tonic* para mí.

Tras el primer sorbo que me supo a gloria, nos acercamos donde estaban las chicas con Jaime y Max, y ellas me miraron con la ceja arqueada al ver que estábamos cogidos de la mano. Volteé los ojos y se echaron a reír.

Desde ese momento entre Tony y yo, todo fueron miradas, risas, roces aquí y allá, y no me soltaba ni lo más mínimo.

Había puesto una mano en mi cadera y ahí la dejó todo el tiempo.

Debía de admitir que bailaba muy bien, pero eso ya lo sabía porque antes de que se me borrara la memoria de aquella noche, pude comprobarlo.

Y entonces sonó la melodía de una canción que hizo que volviera a tener un destello de aquella noche.

Maluma y su *"Coco Loco"* hicieron que recordara que aquella canción la bailé con Tony.

Y al igual que entonces, tenía a Tony pegado a mi espalda, con el brazo alrededor de mi cintura y la mano sobre mi vientre, mientras la otra la entrelazaba con la mía.

Comenzó a moverse de un lado a otro llevándome con él, y cerré los ojos dejándome llevar.

"Me trae enamorado sin saber su nombre, yeah. ¿Cuál será la magia que su cuerpo esconde?"

—Fue un flechazo lo que sentí al verte, y ni siquiera sabía tu nombre —murmuró en mi oído.

—Me dijiste eso mismo aquella noche —lo miré por encima del hombro.

—Y me creíste, dijiste que te había pasado lo mismo.

—Tony, que había bebido bastante… —suspiré.

—Has visto los vídeos, pequeña —me hizo girar y quedando el uno frente al otro.

Era más alto que yo, y tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo, y en sus ojos me perdí en ese preciso instante.

—¿Y si hago algo que te ayude a recordar? —preguntó mientras rozaba todo su cuerpo con el mío.

—Pues como no sea emborracharme y que igual recuerde… —reí.

—No, algo que llevo queriendo hacer desde que te vi esta tarde.

—Tony, me estás dando un miedo ahora mismo…

—No lo tengas, pequeña, al fin y al cabo, soy tu marido —me hizo un guiño, y lo siguiente que sentí, fueron sus labios sobre los míos.

Empezó con un breve roce, pero apenas unos segundos después estaba mordisqueándome el labio, los entreabrí y dejé que su lengua se uniera a la mía.

Aquel beso me llevó directa a esa noche, a nuestro primer beso, a ese baile en el que nuestros cuerpos estaban cada vez más encendidos. A cuando me miró con esos ojos verdes que me miraban con deseo y hambre, el momento en el que me dijo que me deseaba en su cama.

Pero nada de lo que pasó hasta llevarnos a la boda.

—¿Y bien? —preguntó acariciándome la mejilla.

—He recordado el beso y el baile de esa noche, pero nada más por el momento.

—Ya recordarás —sonrió y volvió a besarme.

No tardó en pegarme a su cuerpo y noté, al igual que esa noche, la dureza de su entrepierna en mi vientre.

Cada vez que movía las caderas me rozaba y sentía un cosquilleo en mi zona íntima, que era una locura.

Me escuché gemir y Tony me estrechó con su brazo un poco más fuerte y más cerca de él.

—No quiero el divorcio, Maica —murmuró en mis labios mientras me acariciaba la mejilla—. Te quiero a ti.

—Tony…

—Puedes pedirme lo que sea, pequeña, haría cualquier cosa por ti, pero eso no.

Me dejó un beso rápido en los labios y seguimos bailando una canción tras otra mientras reíamos y bebíamos con nuestros amigos.

Cada vez que lo tenía cerca, mi cuerpo parecía temblar y eso era aún más intenso cuando me acariciaba.

Por no hablar de esos besos que me daba sin que se los pidiera y que, siendo sincera, yo ni siquiera evitaba.

Todo lo contrario, me gustaban esos besos, me gustaba el modo en el que mordisqueaba antes de besarme.

Y me encendía, a cada segundo que pasaba me encendía más y me apetecía estar a solas con él.

—¿Alguien ha visto a Carmela? —preguntó Lola en un momento dado.

—Estaba aquí hace poco —contestó Lucía.

—Pues Max tampoco está —dijo Jaime, con una sonrisita.

—Entonces ya sabemos dónde están —reí.

—¿Y si vamos nosotros también? —murmuró Tony en mi oído, y el tono de voz, ronco y seductor, con el que lo había dicho, lanzó un nuevo cosquilleo a mi entrepierna.

—No sé si…

—Soy tu marido, y ya lo hemos hecho antes —dijo mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

Comenzó a besarme el cuello y fue subiendo hasta unir nuestros labios.

Lo rodeé con ambos brazos por los hombros, enredando los dedos en su cabello, y gemí de nuevo en su boca, provocando que afianzara aún más su abrazo.

—Tal vez mañana me arrepienta de esto —dije cuando apoyó su frente en la mía—, pero me gustaría pasar la noche con mi marido.

—Pequeña, tus deseos son órdenes para mí —sonrió de medio lado y entrelazó nuestras manos.

—¿Y vosotros dónde vais? —preguntó Lola, riendo.

—A buscar a Carmela no, ya te lo digo yo —rio Jaime.

—Bien, esta noche voy a ser la única de las cuatro que no fo…

—No se te ocurra terminar esa frase, Lucía —le advirtió Jaime señalándola—. Me basta con saber que virgen, no eres.

—Menos mal, ya creí que seguías pensando que lo era. ¿Tienes algún amigo soltero por aquí?

—No.

—Huy qué mentiroso —reí—. Pero si había una mesa con diez solteros que eran todos amigos tuyos.

—Anda mira, voy a tener dónde elegir. ¿Por dónde están, Maica?

Señalé la zona en la que estaban los solteros bebiendo y charlando con algunas solteras compañeras de trabajo de Lola, y ella sonrió.

—Voy a darme prisa, que allí hay mucha solterona en busca de marido.

—Lucía, por Dios —protestó Jaime, pero ella ya se iba.

Miré a Lola, que me hizo un guiño acompañado de una de sus sonrisas, y le tiré un beso a modo de despedida.

Tony me llevó de la mano hacia la zona de recepción del hotel, subimos a uno de los ascensores y allí volvió a besarme, mucho más tierno esta vez.

En cuanto el sonido nos dio aviso de que habíamos llegado a su planta, me cogió en brazos y me eché a reír.

—¿Qué haces?

—Llevar a mi esposa a nuestra habitación —contestó—. Es lo que se hace en la noche de bodas, ¿no?

—Sí, pero, nosotros ya tuvimos una.

—Noche que no recuerdas —arqueó la ceja mientras sacaba la tarjeta del bolsillo de su pantalón y abría la puerta.

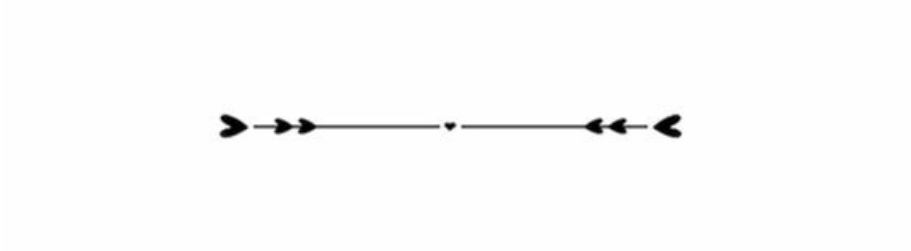
—¿Y piensas recordármela tú esta noche?

—Sí, desde el momento en el que entramos por la puerta de la habitación, hasta que te quedaste dormida sobre mi pecho —me besó en la frente y, sin entrar aún en la habitación, me miró fijamente—. ¿Lista para nuestra noche de bodas, amor mío?

—Lista —sonreí, él lo hizo en respuesta y cerró la puerta.

—Lista —sonreí, él lo hizo en respuesta y cerró la puerta.

Capítulo 16



Tony me llevó hasta el centro de la habitación, junto a la cama, y allí me dejó en el suelo para seguir besándome mientras recorría con sus manos mis costados.

Me rodeó con un brazo por la cintura y llevó la otra mano a mi nuca, enredando los dedos en el cabello. Gemí al sentir cómo palpitaba su miembro pegado a mi vientre y él se movió, rozándome con él.

No pude esperar más y comencé a quitarle la chaqueta con prisa, esa que dejé caer al suelo antes de ir por su corbata.

Otra prenda que caía olvidada por ambos.

Desabroché uno a uno los botones de su camisa y también se la quité, me aparté un momento para poder mirarlo y llevé ambas manos a aquel torso suave y fibroso, trabajado y definido en el gimnasio. Deslicé los dedos por él y noté bajo ellos que la piel de Tony se erizaba en respuesta a mi contacto.

Me puse de puntillas y besé su mentón, lo mordisqueé levemente y comencé a besarle el cuello mientras le desabrochaba el pantalón.

—¿Estás segura de que no recuerdas nada, pequeña? —preguntó acariciándome la mejilla cuando me aparté un poco.

—Estoy empezando a hacerlo —sonreí mordisqueándome el labio.

—Entonces sigue, no quiero interrumpir tu concentración.

Le pasé el dedo por el torso y comencé a bajar despacio por su cuerpo, alcancé la cintura del pantalón y lo hice caer a sus pies.

Se quitó los zapatos en un movimiento rápido y acto seguido se deshizo de los pantalones.

Deslicé la palma de mi mano sobre su entrepierna, esa que aún estaba cubierta con el bóxer, y jadeó ante el contacto. Le rodeé con la otra mano por los hombros y comencé a besarle.

No tardé en atreverme a meter la mano bajo la tela de ese bóxer y cuando sentí el tamaño y el grosor de su miembro caliente y palpitante en mi palma, gemí.

Estaba recordando, sí, y aquello fue lo que hice cuando entramos en la habitación del hotel.

Abandoné sus labios y comencé a dejar un camino de besos por su torso, bajando y bajando mientras me arrodillaba ante él, y cuando tuve ante mí lo que deseaba, lo miré a los ojos y me mordí el labio mientras le quitaba el bóxer.

Lo vi tragar con fuerza en el momento que supo lo que iba a hacer, y lo hice.

Lamí la punta de su miembro despacio y después lo acogí en mi boca.

Tony cerró los ojos en ese instante, disfrutando del momento, y yo seguía acogiéndolo tanto como podía.

Cuando él decidió que era suficiente, hizo que me apartara y me ayudó a levantarme para quitarme el vestido.

Comenzó desabrochando la cremallera que tenía en la espalda y lo dejó caer a mis pies.

Se pegó a mi espalda y, puesto que no llevaba sujetador, tenía un mejor acceso a mis pechos desnudos, esos que masajeó mientras sus labios me besaban el cuello y el hombro. Empezó a dar pequeños tirones a mis pezones haciéndome gritar, y no tardó en bajar una mano por mi vientre hasta introducirla por la tela de mi tanga.

En el momento en el que sus dedos se deslizaron entre mis labios vaginales, completamente húmedos, y rozaron e clítoris sensible y excitado, no pude evitar mover las caderas hacia atrás, de modo que él movió las suyas hacia adelante y el roce de su erección entre mis nalgas me llevó a la locura.

Tony comenzó a penetrarme con el dedo mientras con el pulgar hacía fricción en el clítoris y me excitaba aún más.

No tardé en alcanzar el primer orgasmo y notar cómo me temblaban las piernas tras ese momento.

Tony me recostó en la cama, me quitó el tanga y se colocó entre mis piernas, lamiendo toda mi sensible zona con una destreza que me enloquecía a cada segundo que pasaba.

Me agarré con fuerza a las sábanas y arqueé la espalda mientras él mantenía mis piernas sujetas con sus grandes y fuertes manos evitando que las cerrara, al menos hasta que llevó una de ellas hacia mi zona y comenzó a penetrarme fuerte y rápido sin dejar de lamerme con esa lengua que me enloquecía.

Ahora sí que recordaba lo que pasó aquella noche, al menos la parte del sexo salvaje y sudoroso que tuve con mi marido, porque la parte que él me había mostrado y el modo en el que le dije que se casara conmigo, seguía sin poder recordarlo.

Comencé a gritar cada vez más fuerte, a mover las caderas en busca de un mayor placer, y cuando sentí el segundo orgasmo a punto de lanzarme al abismo, enredé ambas manos en su cabello y comencé a tirar de él.

Me corrí de nuevo entre jadeos y gritos que resonaban en la oscura habitación y, cuando el último coletazo de aquel éxtasis se fue, Tony me cogió por la cintura haciendo que me levantara de la cama.

Tenía dosel, algo en lo que no había reparado hasta ese momento, por lo que Tony me llevó hasta uno de los postes que había a los pies de la cama y, tras hacer que colocara mis brazos alrededor de él, lo vi coger la corbata del suelo y con una sonrisa de lo más pícara, me anudó ambas manos de modo que podía agarrarme a la madera y mantenerme en equilibrio.

Hizo que me inclinara un poco hacia adelante, elevó mis caderas a la altura perfecta para él, y me penetró de una fuerte y profunda embestida.

—Dios —gemí al sentirlo tan dentro de mí.

—¿Sigues recordando, esposa mía? —preguntó mientras se deslizaba despacio dentro y fuera de mí.

—Sí.

—¿Y recuerdas todo?

—Solo esta parte de aquella noche.

—Entonces sabes que voy a follarte fuerte y duro aquí, atada a este poste, que te voy a hacer temblar, jadear y gemir, que vas a gritar mi nombre —seguía entrando y saliendo despacio mientras me acariciaba la espalda—, y que voy a hacer que te corras varias veces antes de que te duermas esta noche.

—Sí, lo sé —gemí.

—¿Y estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo. Pero, por favor, ve más deprisa —le pedí.

—Mi esposa impaciente, igual que aquella noche —sonrió al tiempo que se inclinaba y me besó el hombro—. Quiero escucharte gritar, pequeña, quiero que todos en esta planta te escuchen gritar mientras te corres conmigo

dentro.

—Por Dios, Tony —gemí.

—¿Qué quieres, preciosa?

—Que me folles —dije mirándolo por encima del hombro.

—Tus deseos —sonrió deslizando su miembro hacia fuera— son órdenes para mí.

—Ah —grité al sentir que me penetraba con fuerza.

Se aferraba con fuerza a mis caderas mientras me penetraba una y otra vez, llegando a lo más hondo de mi ser y haciendo que gritara tanto, que estaba segura que todos los que se alojaban en esa planta me estarían escuchando.

Tony no se detenía, no bajaba el ritmo y se mantenía aferrado a mis caderas mientras las movía hacia él, consiguiendo así que lo sintiera mucho más dentro.

Noté que una de sus manos abandonaba mi cadera y pronto la sentí deslizándose en una suave caricia por mi espalda, subiendo y bajando hasta que la llevó hacia el vientre y la deslizó despacio entre mis piernas, llevando los dedos a deslizarse en la humedad que se acumulaba entre mis pliegues.

Comenzó a jugar con el pulgar en el clítoris, a pellizcarlo y tirar de él, mientras seguía penetrándome con fuerza.

Me agarraba al poste con ambas manos manteniendo el equilibrio aun con las piernas temblorosas como las tenía. Miré a Tony por encima del hombro y no tardó en inclinarse y apoderarse de mis labios en un beso cargado de urgencia y necesidad.

Sin duda se había encargado de hacerme revivir aquella noche de bodas que no recordaba a las mil maravillas, y cuando ambos fuimos conscientes de que el éxtasis nos alcanzaba a los dos, comenzó a penetrarme más fuerte y profundamente hasta que ambos gritamos liberando el clímax.

Tony se quedó recostado sobre mi espalda unos instantes, abrazándome y besándome el hombro, hasta que ambos recobramos el aliento por completo.

Después de deshacer el nudo de la corbata y dejarla caer al suelo, me cogió en brazos y me llevó hasta la ducha, donde se encargó de enjabonarme con una delicadeza, que para nada tenía que ver con la pasión mostrada apenas unos minutos antes.

Tras ducharse él mismo y secarnos a ambos con las toallas, volvió a cargarme en brazos y me recostó en la cama, donde se acomodó a mi espalda y, tras rodearme con el brazo por la cintura, me besó en el cuello dándome las

buenas noches.

Yo apenas si estaba consciente, me sentía laxa y agotada, pero al mismo tiempo muy relajada.

Si esa iba a ser mi vida de casada, me iba a pensar muy bien eso de divorciarme.

s

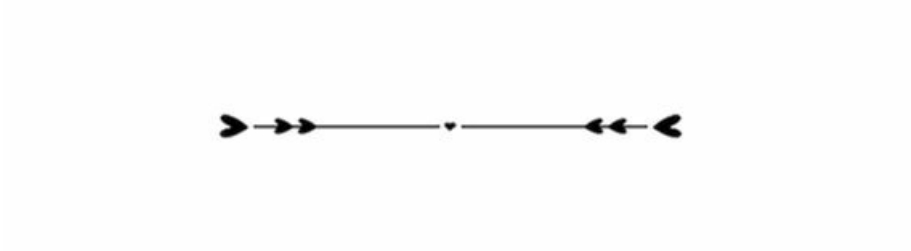
;

buenas noches.

Yo apenas si estaba consciente, me sentía laxa y agotada, pero al mismo tiempo muy relajada.

Si esa iba a ser mi vida de casada, me iba a pensar muy bien eso de divorciarme.

Capítulo 17



Cuando desperté en la cama con ese hombre desnudo, durmiendo bocabajo y abrazado a la almohada, tuve una sensación de *dejá vù*, solo que esta vez sí recordaba lo que había pasado antes de llegar a ese punto.

La sábana le cubría solo la parte de abajo, y a diferencia de aquella primera vez que lo encontré en mi cama y entré en *shock* al ver los anillos, en esta ocasión sí me permití el lujo de observarlo.

Tenía el mentón muy masculino y un pequeño lunar en el lado izquierdo, su rostro era maduro, pero con un aire d lo más juvenil y pícaro. Sonreí al pensar en que así era su personalidad, la de un hombre maduro, pero descarado y un poco juguetón.

Mis dedos se fueron solos a su cabello, ese que permanecía alborotado de un modo sexy e irresistible tras el sexo, la ducha y aquellas horas de sueño.

Su espalda era ancha, al igual que sus hombros, y aun estando relajado se le marcaban los músculos de los brazos.

Deslicé los dedos despacio por su espalda y sonreí al verificar que tenía la piel suave. La noche anterior no es que pudiera tocarlo mucho, pero al igual que la que fuera nuestra noche de bodas en Las Vegas, disfruté de aquel encuentro sexual con mi marido.

Joder, hasta pensaba en él de ese modo y seguía pareciéndome una puta locura.

Suspiré retirando la mano de su espalda, y cuando me estaba apartando para levantarme, Tony habló.

—¿Por qué paras, preciosa? —preguntó con esa voz rasgada y somnolienta.

—¿Estabas despierto? —Fruncí el ceño.

—Desde el momento en el que te has movido —contestó abriendo los ojos y mirándome—. Buenos días —me atrajo hacia él con una sonrisa en los labios y me besó—. Por lo que veo hoy sí recuerdas lo que pasó anoche.

—Sí, no me ha dado un amago de infarto al ver un hombre desnudo en la cama.

—Al menos hoy me permites disfrutar del placer de verte al despertar, no como la otra vez.

—Hombre, me entró una cosa por el cuerpo que me hizo salir corriendo.

—Y de lo más sigilosa, no me di cuenta de cuándo te fuiste, hasta que Max entró a llamarme. Pocas veces había tenido una resaca como esa —me dio otro beso, y se fue moviendo bajo la sábana hasta colocarse entre mis piernas—. Yo que había estado esperando que nos despertáramos juntos para tomar el desayuno en la cama —dijo mientras me besaba el cuello.

—¿Quieres que lo pida?

—No esa clase de desayuno, cariño —susurró dejando un leve mordisquito en mi oreja, y no tardé en notar el modo en el que su miembro daba un leve brinquito sobre mi sexo.

—Oh, ya veo —se me escapó una risilla—. Alguien se ha despertado con ganas de jugar.

—Durmió así, de hecho. La espera hasta estar de nuevo con mi esposa ha sido larga —seguía besándome suavemente, al tiempo que se movía despacio, de tal modo que nuestros sexos se rozaban y eso hacía que mi clítoris comenzara a excitarse.

—Debería irme a casa —murmuré cerrando los ojos mientras mi espalda se arqueaba de manera prácticamente involuntaria.

—Después de desayunar te llevo —dijo mientras deslizaba una mano entre nuestros cuerpos, deteniéndose en mi sexo.

Gemí al notar sus dedos entre mis pliegues, me moví cuando me penetró con uno de ellos y llevé la mano a esa misma zona, envolviendo su duro miembro.

Tony jadeó al sentirlo y se lanzó a por mis labios en un beso de lo más hambriento.

Nos tocamos y besamos hasta llevarnos al límite.

Comenzó a besarme el cuello y bajó dejando suaves besos por mi cuerpo desnudo, deteniéndose un breve instante en mis pechos, lamiendo y mordisqueando ambos pezones para continuar besándome el vientre y seguir bajando hasta mi zona más sensible y excitada.

Empezó despacio, jugando con la lengua, dando aire al clítoris extremadamente sensibilizado, para volver a lamer y mordisquear. Sentí que me penetraba con dos dedos y tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no

correrme en ese momento.

Pero Tony, que parecía conocer mi cuerpo a la perfección tras solo dos noches de sexo, aumentó el ritmo hasta que mis gritos resonaron en la habitación, producto de un increíble orgasmo.

No tardó en adentrarse en mi vagina con su gruesa y dura erección, golpeando con fuerza mientras los dos dejábamos que el deseo nos envolviera, hasta que liberamos el clímax quedando abrazados y exhaustos, compartiendo aquel momento de intimidad con algunos besos aquí y allá.

—Tengo que irme —insistí.

—Voy a darme una ducha y pido el desayuno —me dio un beso en la frente y se retiró, saliendo de la cama tan desnudo como vino al mundo.

Qué hombre el que tenía delante, tan jodidamente perfecto que podría pasar por una de esas estatuas de museos.

¿Cuándo fue la última vez que vi un culo tan perfecto?

Desapareció por la puerta del cuarto de baño y en ese momento me llegó un mensaje, vi que era de Lola, en el cha que teníamos las cuatro.

Lola: *¿Alguna despierta ya, o todas seguís dormidas?*

Lucía: *Dado que fui la única que se marchó sola a casa anoche, ya estoy despierta. Me estoy comiendo un paquete de Donuts con chocolate, ya sabes, por aquello de que sustituye al sexo. ¿Qué tal tu noche de bodas? ¿Te dolió perder la virginidad, cuñada?*

Me eché a reír al leerlo, pues de sobra sabía Lucía que ni su hermano, ni Lola, llegaban castos y puros al matrimonio.

Carmela: *Lola tiene de virgen lo que yo de monja, o sea, nada. Recién follada, digo… duchada, esperando el desayuno para ir a casa a cambiarme de ropa y pasar el día con Max, mi Thor particular. Nenas, qué noche. Si en Las Vegas fue así, quiero a este hombre en mi vida hasta que me muera. Por favor, qué orgasmos me ha dado. Perdí la cuenta en el séptimo.*

Lucía: *Maica, te toca, que sé que estás leyendo. Dame envidia tú también, total, tengo chocolate y el catálogo de Satisfayer en la Tablet, me voy a dar un homenaje.*

Maica: *He dormido como un bebé.*

Carmela: *Después de que te follaran como si fuerais dos animales en celo, que estoy en la habitación de al lado*

y se escucha todo. Para información de las presentes, acaba de follar otra vez.

Lola: *Vamos, que ahora sí habéis consolidado oficialmente el matrimonio. ¿La luna de miel dónde va a ser?*

Maica: *Mira que eres hija de la gran China, jodida. No va a haber de eso, el volverá a Las Vegas, yo me quedaré aquí, y seguramente tramitemos el divorcio. Las relaciones a distancia… no suelen salir bien. Os dejo, que ya sale de la ducha y voy a darme una antes de tomarme un café e irme a casa. Os quiero, locas.*

Dejé el móvil en la mesita y lo vi salir con la toalla en las caderas, el pelo alborotado y las gotas de agua aun cayendo por su torso.

—¿Qué te apetece? —preguntó sentándose en la cama y me dio un beso.

—Lo que pidas estará bien. Voy a ducharme.

Asintió y mientras yo me levantaba él cogió el teléfono que había en su mesita para llamar al servicio de habitaciones.

Me miré en el espejo antes de entrar en la ducha y observé mis mejillas sonrojadas y ese brillo en mis ojos que solía quedar tras el orgasmo.

Estaba casada, y el hombre que me esperaba fuera era mi marido.

Un completo desconocido a todas luces, pero… me gustaba ese hombre.

Después de la ducha me puse el albornoz y así fue como salí a desayunar con él, que me esperaba con café, zumo, tostadas, huevos con bacon, mantequilla y mermelada.

Se había puesto unos vaqueros, camiseta blanca y deportivas del mismo color, y olía a ese mismo perfume caro de la noche anterior.

El reloj en su muñeca era de una firma conocida, por lo que aquello volvió a recordarme que mi marido era un *stripper* y que además de un buen sueldo, debía sacar bastante dinero en propinas de esas mujeres para las que bailaba y a saber, qué más cosas haría.

Tras el desayuno me puse el mismo vestido de la boda y salimos de la habitación para ir a mi casa, donde pensé que me dejaría y se marcharía, pero su pregunta me sorprendió gratamente.

—¿Me invitas a pasar el día contigo?

—¿Quieres encerrarte en mi piso? Porque es lo que pensaba hacer. Preparar algo de comer, tirarme en el sofá a

ver una peli, cenar y acostarme.

—A dormir, me iré al hotel, sé que mañana tienes trabajo y no quiero agotarte mucho —sonrió haciéndome un guiño.

—Pues, aparca donde encuentres un hueco.

Subimos y le di un breve *tour* por el piso, a fin de cuentas, no había mucho que ver, y tras ponerme ropa cómoda para estar en casa, me acompañó a la cocina para preparar la comida.

Hice unas brochetas de tomates *Cherry* con mozzarella, aceite y orégano que estaban espectaculares, y pasta a la boloñesa que le gustó mucho.

Y después de tomarnos el café, mientras veíamos una peli, abrazados en el sofá, le pregunté eso que tanto me mortificaba.

—Tony, ¿tienes sexo con las mujeres para las que bailas y te desnudas?

—Pequeña, no soy *stripper* —contestó sosteniendo mi barbilla para que lo mirara.

—¿Cómo qué no?

—No. Ya oíste ayer a Max, vosotras disteis por hecho que lo somos, pero no es así. Soy el dueño del hotel en el que os alojasteis, y Max es mi socio.

—¿Qué dices? —Abrí los ojos ante la sorpresa de lo que estaba escuchando, que debía ser una broma.

—Ese hotel es mío, lo compré hace quince años y él está conmigo desde entonces.

—Pero me sonabais del local de *strippers*.

—Porque esa noche estuvimos allí. A decir verdad, desde la primera noche que os vimos, Max y yo os tuvimos en nuestro punto de mira.

—No te entiendo.

—Nosotros somos los hombres de la mesa de la ruleta donde jugasteis aquella noche. Estábamos allí tan solo tomando una copa y charlando con el crupier, cuando os sentasteis y vimos que era la primera vez que jugabais, nos quedamos y apostamos para divertirnos un rato. Cuando ganó Carmela esas dos jugadas, nos quedamos sorprendidos, cuando Lucía también ganó, pensamos que realmente solo podía ser suerte, pero que tú y Lola también ganarais y, además, acertarais esos dos números que nos dijisteis a nosotros, empezó a oler a que de

principiantes nada. Admito que me gustaste desde que te vi aparecer, y que fue justo ahí cuando sentí el flechazo, pero pensé que erais cuatro contadoras que apostaban a lo seguro en el casino y que queríais desplumarnos, por eso desde que salisteis de allí, tuve ojos sobre vosotras cada vez que estabais en el hotel.

—Nos vigilabas pensando que íbamos a robarte.

—Algo así —sonrió—. Por la noche yo me mantenía todo lo lejos que podía, pero esa última noche no pude, nos miramos y cuando me sonreíste, me acerqué. El resto de lo que pasó ya lo sabes.

—¿Por qué no me dijiste antes que eras el dueño del hotel?

—Te lo dije aquella noche, justo después de que nos casáramos, no quería que siguieras pensando que te habías casado con un *stripper* que iba tras tu dinero. Y después de tanto beber pues no lo recordabas cuando volví a verte

—Dios mío, Max y tú debéis pensar que somos tontas o algo así —me tapé la cara.

—Ni mucho menos —sonrió al tiempo que me cogía ambas manos y las entrelazaba con las suyas—. Desde la noche que os conocimos, pensamos que sois perfectas para nosotros. Y yo me casé justo con la mujer que había despertado a mi corazón de un modo que creí que no volvería a ser posible.

—¿Te habías enamorado así alguna vez? Digo, con un flechazo tal como parece que nos ha pasado a nosotros —sonreí mientras me sentaba a horcajadas en su regazo.

—De ese modo no, pero sí estuve enamorado una vez.

—¿Debo preocuparme? Ahora está usted casado y no quisiera encontrarme una ex histérica, señor “soy el dueño del hotel” —pasé las manos por su cabello.

—No hay de qué preocuparse, esa historia acabó —me atrajo hacia él y me besó.

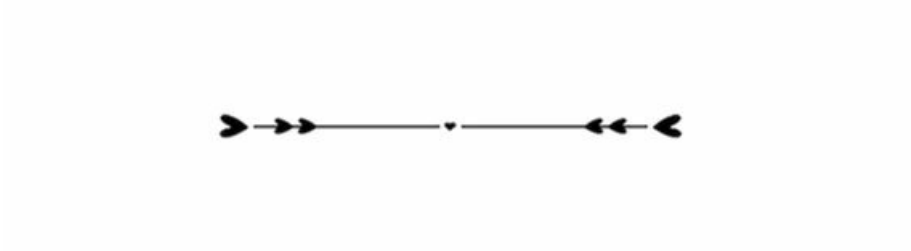
Aquel besó nos llevó a abandonarnos de nuevo al deseo y nos entregamos a él allí mismo, en el sofá.

Tras el momento de pasión nos quedamos allí desnudos y relajados viendo la televisión hasta que pedimos comida mexicana para cenar y nos vestimos.

Después de la cena Tony se marchó al hotel para dejarme descansar y quedando en llamarme al día siguiente. Cuando cerré la puerta en el momento en el que entró en el ascensor, sonreí pensando en que aquel había sido el mejor domingo de mi vida en mucho tiempo.

Hacía mucho que no tenía pareja, pero debía admitir que lo vivido con Tony había sido mil veces mejor que lo que pude haber sentido con mi último novio.

Capítulo 18



Esa mañana de lunes Tony me envió un mensaje para darme los buenos días, y con ese sencillo gesto me dejó una sonrisa de lo más tonta.

Antes de ir a trabajar había quedado con Lola para desayunar, ella y Jaime se iban de luna de miel al día siguiente y quería despedirme de ella, sabía que Carmela y Lucía lo hicieron la tarde anterior, pero yo preferí quedar a solas con ella.

—Aquí la recién casada —dije al verla en una de las mesas de la terraza donde habíamos quedado, la rodeé por los hombros y le di un beso en la mejilla.

—Además de verdad —rio.

—¿Qué tal Jaime? —pregunté mientras me sentaba y le pedí un café a la camarera que estaba en la mesa de al lado.

—En el bufete, ultimando algunas cosas que no le dio tiempo el viernes.

—Bueno, pero a partir de mañana, se acabó el trabajo, relax total.

—Deseando estoy. Pero no he conseguido que me diga adónde vamos.

—Seguro que te gusta el lugar —sonreí.

—Ah, olvidaba que tú eres su compinche. ¿Sigues guardando mis regalos de cumpleaños, Navidad y aniversario?

—No sé de qué me hablas —me encogí de hombros.

—Memoria selectiva, eso tienes.

La camarera me trajo el café y tras darle las gracias, tomé el primer sorbo que me supo a gloria.

—Tengo algo que contarte —dije y me miró con la ceja arqueada.

—¿El qué?

—Es sobre Tony. Ayer pasó el día conmigo en el piso.

—Entonces, ¿no vas a divorciarte?

—Debería, Lola, lo nuestro empezó de un modo raro de cojones —ambas reímos.

—Desde luego. Que Carmela se hubiese casado allí no nos habría sorprendido a nadie, pero, ¿tú? Con lo centradita que eres.

—Yo tampoco me lo explico, salvo porque Tony tenga razón y a veces el amor se presente así, de tal manera que en una sola noche sientas que es la persona indicada.

—Aunque sea *stripper*.

—Sí —sonreí mientras pasaba el dedo por el contorno de mi taza de café—. Pero no son *strippers*, Lola. Al parecer de eso también me habló aquella noche y yo no me acordaba de nada.

—Coño, te olvidaste de tu propia boda, como para recordar lo que te había dicho. Pero, si no son *strippers*, ¿por qué los vimos en aquel local esa noche?

Sonreí y empecé a contarle lo que me había estado diciendo Tony la tarde anterior en mi piso, ella tampoco salía de su asombro, y las risas que nos echamos pensando en que los habíamos tenido como locos detrás de nosotras, por si desplumábamos alguna otra noche el casino, no tuvieron precio.

Después del café nos despedimos con un abrazo y le deseé un buen viaje, le pedí que disfrutara de esos días con su marido y que solo le preocupara por hacer un bebé, que todas teníamos ganas de ser titas. Se echó a reír mientras negaba, y me aconsejó que conociera mejor a Tony antes de tomar una decisión y divorciarme del hombre que, tal vez, podría ser el gran amor de mi vida.

Llegué al restaurante y encontré a mis padres preparando las mesas, esa mañana mi madre estaba de lo más sonriente y debía de reconocer que yo también.

—¿Puedo hablar con vosotros un momento? —les dije.

—Claro, ¿va todo bien, cariño? —preguntó mi madre, sentándose en una de las sillas.

—Sí, es solo que… Bueno, quería hablaros sobre Tony.

—Os vimos iros juntos la noche de la boda —dijo mi padre.

—Supusimos que os había ido bien durante la noche. ¿No fue así?

—Sí, mamá, de hecho, la pasamos juntos en su habitación, se aloja en ese mismo hotel.

—No queremos detalles de esa noche —me advirtió mi padre, y los tres acabamos riendo, con ellos nunca había tenido tabúes para hablar de sexo, aunque eran un poco conservadores en algunos aspectos.

—Tranquilo, dejaré el tema de los látigos y las esposas en un cajón.

—¿Qué? —gritó mi madre, llevándose la mano al pecho.

—Es broma, mamá —le di un apretón en la mano—. Quería deciros que no es *stripper*, ayer estuvimos hablando y me contó algunas cosas.

—Lo sabemos, nos lo dijo en la boda —contestó mi padre.

—¿Ya lo sabíais?

—Claro —sonrió ella—. ¿Por qué crees que te insistí en que lo conocieras antes de tomar una decisión, cariño? Además, aunque realmente hubiese sido *stripper*, no nos habría importado, es un buen hombre y te mira con esos ojos de enamorado que no se pueden ocultar.

Miré a mi padre y asintió, lo que me indicaba que a ambos les gustaba el hombre con el que me había casado y al que debía conocer a partir de ese momento.

Mi madre me abrazó y besó en la frente, sonrió y supe que, aunque aquella boda hubiera sido una auténtica locura estaba feliz por mí.

Fui a la cocina y me centré en preparar aquellos platos de la carta junto a Miguel y Joel.

Tony: *¿Qué tal lleva la mañana mi esposa? ¿Me echa de menos?*

Sonreí al ver aquel mensaje que me acababa de llegar. Eran casi las dos y acababa de emplatar dos platos del tarta de atún que estaba esperado Bea para una de las mesas.

No tardé en responderle.

Maica: *La mañana, bien, entre fogones dando rienda suelta a mi creatividad. Y tu esposa puede que te eche un poquito de menos, pero solo un poquito.*

Tony: *¿El tartar de atún lo has preparado tú? Tiene muy buena pinta.*

Fruncí el ceño, miré hacia la puerta de la cocina que daba al salón del restaurante, pero no podía ser, Tony no podía estar allí, no me dijo que fuera a ir a comer…

Guardé el móvil de nuevo en mi chaquetilla y fui hacia la puerta, me asomé y lo vi en una de las mesas, sentado con Max y con Carmela, mis padres les estaban saludando.

Sonreí y me acerqué a ellos.

—Ah, por ahí viene tu mujer —dijo Carmela, con una sonrisa de pillina.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté sin poder dejar de sonreír, aquella sí que fue una sorpresa, una que ninguno de mis ex me había dado.

—Queríamos comer en el mejor restaurante de Jerez —contestó poniéndose en pie, me rodeó con un brazo por la cintura y se inclinó para besarme—. Hola, preciosa. Te queda bien esta chaquetilla.

—Gracias —me sonrojé como una adolescente el día de baile de fin de curso.

—Cariño, siéntate a comer con ellos, Miguel y Joel se encargan de la cocina —ofreció mi padre.

—Pero, papá…

—Nada de peros y haz caso a tu padre —ordenó mi madre, mientras se acercaba para desabrocharme los botones de la chaquetilla—. Ha venido tu marido a comer contigo.

—Mamá, que no soy una niña para que me desvistas —reí, y Tony, que seguía a mi lado, lo hizo también.

—Siempre serás mi niña, eso que quede claro, por muy casada que estés. Y ahora, a comer, no me hagas repetirlo.

—Vale, vale —comencé a quitarme la chaquetilla y Tony me ayudó.

Cuando mi madre se la quitó de las manos, él retiró la silla que quedaba libre para que me sentara y vi a mi madre sonreír, aquello ya la había ganado por completo.

Tony me besó en la mejilla cuando me senté, y volvió a ocupar su asiento.

Pedimos vino y él se decantó por el tartar de atún que había visto en manos de Bea.

Carmela me dijo que ya sabía que ese par eran los hombres que estuvieron aquella noche en nuestra mesa de ruleta en el casino y que dirigían el hotel, y que Max la había propuesto irse al final del verano para promocionar el hotel en sus redes, a lo que ella había aceptado encantada.

Durante la comida no me faltaron atenciones de Tony. Mi marido me cogía de la mano y daba leves apretones, sonreía, me rellenaba la copa de vino y en un par de ocasiones me besó en la mejilla.

—¿Cuándo volvéis a Las Vegas? —preguntó Carmela.

—Yo cojo un avión el miércoles —dijo Max.

—¿Tú no? —Miré a Tony.

—No, me quedo aquí unos días más. Había pensado que podías venirte conmigo al hotel.

—Oh, bueno, yo… Trabajo de lunes a viernes, turnos de comida y cena.

—Perfecto, vendré a comer y cenar aquí, así te traigo y después volvemos juntos.

—Menos mal que eres el dueño de un hotel y no *stripper*, porque te ibas a dejar tres sueldos en este viaje en dos semanas —rio Carmela.

—Me los gastaría gustoso, aunque fuera un simple friegaplatos.

—Joder, eso es amor, nena —me dijo Carmela, y noté que me sonrojaba.

—¿Entonces? ¿Te atreves a pasar unos días con tu marido en su habitación de hotel? —me cogió de la mano y sonreí.

—Si me lo pides con esa carita de cachorro, desde luego que sí.

.

Tony sonrió y volvió a besarme, esta vez en los labios.

Después de comer nos quedamos allí los cuatro tomando café y unos chupitos de licor con mis padres, hasta que volviéramos a abrir el restaurante.

Momento en el que mi marido se quedó a cenar allí y estuvo trabajando y hablando por teléfono con el gerente de hotel que estaba al cargo hasta que cerramos y me siguió con su coche a mi casa para coger algo de ropa que llevarme al hotel.

—Sigues sin llevar los anillos —murmuró rodeándome por la cintura desde atrás mientras yo cogía un par de pijamas y algunas camisetas para dormir.

—En cambio tú no te has quitado la alianza —dije al tiempo que la tocaba.

—Ni lo voy a hacer, pequeña. Me casé en Las Vegas, pero lo hice ante Dios, y fue para siempre —me besó en la mejilla.

Sonreí, dejé la ropa sobre la cómoda frente a la que estaba, y saqué los anillos del primer cajón, donde los había guardado en una caja a buen recaudo.

Tony me los quitó y fue él quien los puso en mis dedos.

—Ahora entiendo que te molestaras cuando dije que eran baratijas —sonreí.

—Son de oro blanco, y esto es un diamante de tres quilates —dijo.

—Madre mía, pero, ¿cómo te pudiste gastar tanto en unos anillos?

—Uno no se casa todos los días —se encogió de hombros y me besó—. ¿Nos vamos?

—Sí, dame un momento que guardo esto, cojo algunas cosas del baño, y estoy lista —me puse de puntillas y lo besé, gesto que le sacó una sonrisa.

Apenas unos minutos después tenía todo en una pequeña maleta y salimos de casa para ir a su hotel, donde pasaría los siguientes días con él hasta que tuviera que volver a Las Vegas, el lunes siguiente.

Pero, hasta entonces, iba a disfrutar del tiempo que tenía para estar con él.

l

—Sigues sin llevar los anillos —murmuró rodeándome por la cintura desde atrás mientras yo cogía un par de pijamas y algunas camisetas para dormir.

—En cambio tú no te has quitado la alianza —dije al tiempo que la tocaba.

—Ni lo voy a hacer, pequeña. Me casé en Las Vegas, pero lo hice ante Dios, y fue para siempre —me besó en la mejilla.

Sonreí, dejé la ropa sobre la cómoda frente a la que estaba, y saqué los anillos del primer cajón, donde los había guardado en una caja a buen recaudo.

Tony me los quitó y fue él quien los puso en mis dedos.

—Ahora entiendo que te molestaras cuando dije que eran baratijas —sonreí.

—Son de oro blanco, y esto es un diamante de tres quilates —dijo.

—Madre mía, pero, ¿cómo te pudiste gastar tanto en unos anillos?

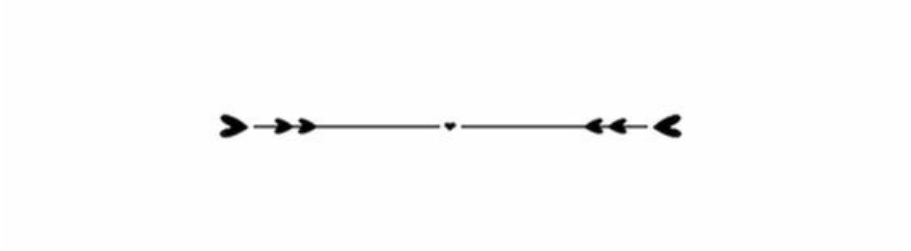
—Uno no se casa todos los días —se encogió de hombros y me besó—. ¿Nos vamos?

—Sí, dame un momento que guardo esto, cojo algunas cosas del baño, y estoy lista —me puse de puntillas y lo besé, gesto que le sacó una sonrisa.

Apenas unos minutos después tenía todo en una pequeña maleta y salimos de casa para ir a su hotel, donde pasaría los siguientes días con él hasta que tuviera que volver a Las Vegas, el lunes siguiente.

Pero, hasta entonces, iba a disfrutar del tiempo que tenía para estar con él.

Capítulo 19



Ese martes habíamos quedado para cenar con Carmela y Max en mi restaurante, así que preparé unas tostas de jamón y queso crema, unas brochetas de salmón y, como plato principal, lasaña vegetal.

Llegaron puntuales a las nueve, ya tenía la mesa lista al fondo del salón donde podíamos hablar tranquilamente, y cuando Kike me avisó, tal como le había pedido, me quité la chaquetilla y la dejé en mi taquilla.

—Vaya marido más guapo tienes, jefa —dijo Bea, cuando entró en la cocina por la siguiente comanda de una de las mesas.

El día anterior les conté a todos quién era Tony, puesto que nos habían visto en la boda de Lola y allí mismo en actitud cariñosa, como había dicho Kike.

Les pilló por sorpresa, pero todos coincidían en que se le veía un buen tipo.

—Sí que lo es, sí —sonreí.

Fui hacia el salón y encontré a los tres charlando en la barra con mis padres mientras tomaban una cerveza.

—Rodrigo, ponme una Coca-Cola, por favor —le pedí a nuestro camarero.

—Marchando, jefa.

—Cariño, ¿todo bien en la cocina? —preguntó mi madre.

—Sí, tranquila, hemos resuelto la crisis de la salsa tártara —sonreí dándole un abrazo.

—Pobre Joel, qué disgusto tenía.

—Ya sabes cómo es, perfeccionista y dramático ante las crisis.

—Hola, preciosa —Tony me atrajo hacia él y me besó en la mejilla.

—Hola —sonreí apoyando la cabeza en su pecho.

Era increíble el modo en el que ese hombre me hacía sentir, para hacer apenas unos días que lo conocía realmente

No se lo había dicho a nadie, pero recordaba algunas cosas de aquella noche en Las Vegas y una de ellas era precisamente eso, el modo en el que me hacía sentir Tony cuando estaba a su lado.

—Bueno, os dejamos cenar —dijo mi padre, antes de volver al salón con mi madre.

Mientras nos tomamos allí aquella primera bebida, Tony no apartó la mano de mi espalda en ningún momento, acariciándola despacio y de manera distraída.

Nos sentamos en la mesa y fue Kike quien se encargó de servirnos durante la noche.

Max regresaba a Las Vegas al día siguiente, su vuelo salía a las nueve de la mañana y quería despedirse de nosotros de la mejor manera, por lo que mientras cenábamos, acabamos hablando de ir a tomar una copa a un bar cerca del hotel donde se alojaban.

Y así lo hicimos, tras disfrutar de aquellos platos que había preparado exclusivamente para esa cena, y que Carmela subió a las redes poniendo que, una vez más, su chef favorita la sorprendía con sus exquisitos platos, nos fuimos en hacia el bar.

Nos quedamos en la terraza exterior que había en la parte trasera, donde contaba con sofás de lo más cómodos y mesas en el centro para tomar una copa relajados.

—¿Estás seguro que no necesitas que vaya? —le preguntó Tony a Max.

—Que no, tú quédate aquí que yo me encargo de todo —sonrió—. No sería la primera vez que llevo el timón del barco, ¿no?

—No —Tony le devolvió la sonrisa, pero por su gesto, algo me decía que aquellas palabras escondían una historia de la que ninguno quería hablar.

—Tú, quédate aquí con tu mujer, disfruta de vuestra luna de miel…

—¿Esto es su luna de miel? —preguntó Carmela con los ojos muy abiertos— Qué bonita historia le van a contar a sus nietos. Nos casamos en Las Vegas después de una borrachera, y la luna de miel la pasamos en Jerez, volteó los ojos.

—Bueno, no sé si van a irse de luna de miel —rio Max.

—No lo haremos, no —contesté.

. —¿Cómo qué no? Maica, toda novia merece una luna de miel. Mira Lola, disfrutando de Mykonos.

—Toda novia tiene una boda normal, la mía fue…

—Diferente —dijo Tony, y sonreí.

—Y tanto —contestó Max.

—Ya me cogí esa semana del viaje de vacaciones, no puedo coger otra por mucho que sea prácticamente la dueña del restaurante.

—Ya tendremos tiempo de ir a algún sitio de luna de miel —Tony me cogió de la mano—. ¿Dónde te gustaría ir?

—Pues no sé, nunca pensé en ello.

—¿Te dejarías sorprender? —me atrajo hacia él para besarme.

—Pues sí, me gustan las sorpresas.

—Salvo las que implican anillos de boda y un hombre desnudo en la cama —dijo Carmela, haciendo que todos riéramos.

Nos tomamos aquella primera copa allí sentados de lo más relajados mientras Carmela se tiraba algunas fotos para sus redes, copa en mano, y en compañía de Max, ese rubio que puso en una de los *posts* que era el responsable de una nueva colaboración que verían en sus redes en unas semanas.

Cuando acabamos, entramos en la zona más de discoteca y allí mi amiga se encontró con algunos *influencers* que conocía y con quienes posó para algunas fotos y *reels* que subieron, aquellas colaboraciones hacían que todos tuvieran más seguidores.

Estábamos tomando una copa cerca de la zona de baile cuando empezó a sonar esa melodía tan reconocida por mi amiga, de uno de los éxitos del verano más famosos de todos los tiempos.

Luis Fonsi y su *"Despacito"*, esa canción que ella tantas veces había bailado, y es que cada vez que sonaba, era como si los pies se le fueran solos hacia la pista.

Lo sorprendente fue que cogió a Max de la mano y lo arrastró con ella hacia la pista, donde ambos empezaron a

bailar, y de qué manera. Aquello era un espectáculo para la vista, parecía que llevaran bailando juntos toda la vida

Tony se pegó a mi espalda, entrelazó nuestras manos y llevó una sobre mi vientre, mientras colocaba la otra alrededor de su cuello para dejar la suya sobre mi cadera.

Comenzó a movernos de un lado a otro y cuando lo miré por encima del hombro, se inclinó para besarme.

—*Deja que te diga cosas al oído para que te acuerdes si no estás conmigo…* —cantó en mi oído y sonreí negando.

Seguimos bailando y me dejaba llevar por él en todo momento. Con cada golpe de cadera y ese roce de su miembro en mi culo, mi marido me estaba encendiendo a cada segundo que pasaba.

—*Quiero desnudarte a besos despacito…* —susurró.

Me hizo girar entre sus brazos y aquel baile, al igual que a Carmela y Max, se nos estaba empezando a ir de las manos.

Tony me miraba con esos ojos cargados de deseo, entrelacé los dedos en su pelo y dejé que me besara con esas ganas que los dos nos teníamos.

Para cuando acabó la canción estábamos los dos igual de excitados. Tony me mantenía con la espalda pegada a su pecho de manera que así podía ocultar la erección que llevaba notando un buen rato.

Nos tomamos una tercera copa y dimos la noche por finalizada regresando los cuatro al hotel, no tenía la menor duda de que Carmela iba a pasar con Max esa última noche que él estaría en Jerez, hasta que volvieran a verse.

—Cuida a mi hermano —me pidió refiriéndose a Tony, pues ambos se consideraban familia, además de amigos, igual que yo con las chicas—. Espero verte pronto, Maica.

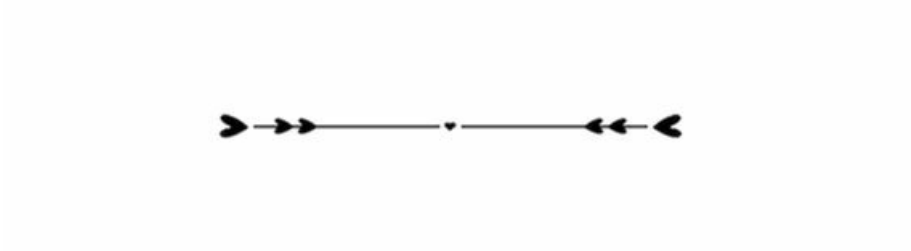
—Lo mismo digo Max —le abracé—. Me alegro de haber podido conocerte un poco más estos días. Que tengas un buen viaje, y avisa a Tony cuando llegues para que se quede tranquilo.

—Lo haré —sonrió.

Tras la despedida entre Tony y Max con un abrazo, entramos en la habitación y mi marido no tardó ni medio segundo en cogerme en brazos y llevarme a la cama.

Otra noche más con él, envueltos en deseo, lujuria y placer, enredados en las sábanas, entregándonos el uno al otro entre besos, caricias, miradas, roces y palabras de lo más tiernas hasta el amanecer.

Capítulo 20



Ese jueves me desperté con las yemas de los dedos de Tony acariciándome la espalda.

Estaba recostada en su pecho, desnuda al igual que él, tal como dormíamos cada noche desde que me quedaba en el hotel, y podía escuchar el latido de su corazón.

Seguía con los ojos cerrados y pensaba en esos días que nos quedaban allí, hasta que él regresara a Las Vegas.

Suspiré y no tardé en notar un beso suyo en la frente.

—Te oigo pensar —dijo y lo miré.

—¿Cómo va a ser eso posible? Ni que tuvieras poderes psíquicos.

—Casi —sonrió y volvió a besarme—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Pero hay algo que te preocupa, de lo contrario no habrías suspirado de ese modo.

—No es nada, de verdad.

—Maica, que ya te voy conociendo…

—Vale, está bien —me incorporé para apoyar ambas manos en su pecho y poder mirarlo a los ojos—. Pensaba que, en unos días, te irás.

—¿Y no quieres que lo haga? —preguntó colocándome un mechón de pelo tras la oreja.

—No lo sé —apoyé la barbilla en mis manos—. A estas alturas es una tontería que niegue que me gustas.

—¿Te gusto? —arqueó la ceja mientras sonreía de medio lado.

—Si no fuera así, no me habría acostado contigo, eso para empezar.

—Touché.

—Y esto se ha convertido en una rutina muy de pareja, es decir: desayunamos, me llevas al trabajo, vienes a comer conmigo, cenamos juntos y venimos aquí como quien va a su casa. Que, por cierto, teniendo mi piso no sé por qué seguimos en el hotel.

—Pensé que no querrías que invadiera tu espacio.

—Pues pensaste mal —sonreí—. Vale que estás forrado, pero no quiero que malgastes el dinero. ¿Por qué no recoges tus cosas esta tarde, y nos vamos esta noche? Habrá que hacer algo de compra para el desayuno.

—Si me dices dónde hay un supermercado, me encargo de hacerla.

—O sea, que te digo que no gastes dinero en el hotel, y pretendes gastarlo en la compra. No tienes remedio.

—Soy yo quien no va a dejar que su mujer gaste dinero cuando puedo pagarlo todo —dijo atrayéndome hacia él para besarme.

—No quiero ser una de esas esposas mantenidas —arqueé la ceja.

—Ni yo he insinuado tal cosa, pequeña —me cogió por la cintura hasta colocarme sobre él, de modo que nuestros sexos se rozaron y sentí el modo en el que su erección reaccionaba ante el contacto.

Volvió a besarme y no tardó en comenzar a tocar en esos lugares estratégicos que él sabía que hacían que me encendiera en apenas unos segundos.

Y para no perder la costumbre, mi marido me llevó al orgasmo varias veces antes de pedir el desayuno.

Estábamos en ello cuando me llegó un mensaje de Carmela al grupo que teníamos las cuatro, sonreí al ver que preguntaba a Lola si podía caminar bien o su marido la había dejado dolorida estos días y sin salir de la cama.

Pero Lola no contestó, así que dijo que si las dos que nos habíamos quedado en tierras jerezanas queríamos tomar café con ella.

Carmela: *A no ser que la otra recién casada esté follando como una coneja.*

Maica: *Estoy terminando de desayunar para ir al trabajo, que follar, ya he follado.*

Lucía: *Yo también he tenido varios orgasmos gracias a Leo.*

Carmela: *¿Quién es Leo? ¿Has ligado y no nos cuentas nada, condenada? Te vamos a echar de la pandi, que lo sepas.*

Lucía: *No, no he ligado, básicamente porque no salgo desde la boda de mi hermano. Que me habéis dejado vosotras dos, tirada como una colilla por un par de pichis. Leo es mi nuevo Satisfayer, decidí comprarlo y estoy súper contenta con él. Ahora, me voy a dejar una cuarta parte de mis ahorros en pilas.*

Me eché a reír al escucharla, Tony me miró con la ceja arqueada y le dije que estaba hablando con las chicas.

Maica: *Nos vemos en el bar de al lado de casa de Carmela en una hora, que luego tengo que currar.*

Dejé el móvil en la mesa, le dije a Tony donde debía llevarme y asintió.

En el camino me dijo que se pasaría por mi barrio para ver dónde estaba el super y eso, así que le ofrecí quedarse con las llaves de mi piso de modo que pudiera hacer la compra antes de ir a comer al restaurante. Me despedí de é con un beso y fui a ver a las chicas que ya estaban sentadas en una de las mesas de la terraza con tres cafés.

—Aquí viene la bien follada —dijo Carmela al verme.

—Oye, que, hasta hace dos días, tú estabas igual —reí después de darle un beso a cada una.

—Y gracias a Dios existen las llamadas telefónicas y se puede tener sexo, aunque no sea igual —contestó, y la pobre Lucía acabó escupiendo el café en la mesa.

—Joder, ¿tenéis sexo telefónico? —preguntó.

—*Yes, baby* —dijo Carmela, elevando ambas cejas.

—Pues sí que os ha dado fuerte sí. ¿Otra boda a la vista? —rio Lucía.

—No tiene pinta, nosotros es que vamos más despacio.

—Claro, y por eso habéis pasado al sexo por teléfono —reí.

—Le dijo la sartén al cazo. Tú es que por las noches haces macramé con tu marido, ¿verdad?

—Y por las mañanas también, Carmela, que nos gusta mucho a los dos eso de hacer macramé.

Nos reímos y estuvimos hablando de Lola y esas fotos que nos había enviado al *chat* para ver lo mucho que estaba disfrutando de su luna de miel.

—Yo creo que mi hermano la deja embarazada en ese viaje —comentó Lucía—. Hace tiempo que los dos hablan de tener familia, y al final siempre llegaban a la misma conclusión, después de la boda.

—Yo le dije que nosotras queríamos ser titas ya, así que igual sí que nos traen un sobri griego —dije.

—¿Os imagináis? En vez de traer el típico yogur griego, de recuerdo, nos traen un sobri.

Me despedí de ellas poco después y quedamos en vernos al día siguiente para cenar en mi restaurante, después nos iríamos a tomar una copa, aunque estuviera Tony. El hecho de estar casada no me impedía salir con mis amigas y mi marido a disfrutar de una noche de copas y bailes.

Fui hacia el restaurante y al verme, mi madre me dio uno de esos abrazos que tanto me gustaban.

—¿Qué tal está Tony, mi niña? —preguntó.

l

—Le he dejado las llaves del piso para que haga algo de compra para los desayunos, a partir de esta noche nos quedamos allí. Teniendo mi piso veo una tontería que estemos en el hotel.

—Pues sí, mucho mejor así, dónde va a parar. Entonces… ¿estáis bien?

—Seguimos casados, si es lo que preguntas —sonreí.

—Es evidente, pero me refería a si estás pensando en divorciarte.

—Pues no lo sé, mamá. Tony me gusta, y hemos creado unas rutinas muy de pareja. Pero él se va en unos días, vuelve a su vida.

—Eso no quiere decir que vaya a olvidarte, cariño.

—¿Y si conoce a alguien y pasa como conmigo?

—No puede volver a casarse.

—No, eso no, pero sentir atracción por otra persona y acabar en la cama, pues sí, mamá.

—Pero eso también podría pasarte a ti. ¿O acaso crees que él no lo piensa?

—Sabes de sobra que yo no haría eso, si estoy con alguien…

—Lo sé, cariño. Pero piensa en una cosa. Os casasteis, te viniste a Jerez y él se quedó allí, vino semanas después y lo hizo con su alianza de casado puesta. En ese tiempo estoy segura de que no se acostó con nadie. Por no mencionar que le habló a su familia de ti.

—Ya, pero…

—Maica, no pienses en cosas que solo harán que te hagas mala sangre y te envenenes la cabeza a ti misma con tonterías, ¿de acuerdo? Es tu marido, y en estos días que ha estado viniendo aquí, te puedo decir que he visto cómo te mira, y no lo hace como un hombre que tenga en mente irse a la cama con otra que no sea su esposa. Confía en él, cariño, que Tony te va a ser fiel aun en la distancia.

Me dio un beso en la mejilla antes de seguir con las mesas del salón y que yo fuera a la cocina a preparar los platos, y me quedé pensando en lo que decía.

Yo misma había visto el modo en el que me miraba Tony, ese deseo en sus ojos cuando me tenía desnuda en su cama, y aun estando completamente vestida mientras comíamos o cenábamos.

No, no debía pensar en que fuera a engañarme con otra mientras estuviera de vuelta en su rutina mientras yo me quedaba aquí, haciendo mi vida.

Tampoco es que quisiera divorciarme, a fin de cuentas, mi marido me gustaba y había empezado a sentir algo bastante fuerte por él.

No lo habíamos hablado, pero yo temía las relaciones a distancia, ya tuve un novio así, y en su primer año de universidad me dejó porque él necesitaba algo más que solo un fin de semana cada dos meses para vernos, esos en los que, o, viajaba él, o lo hacía yo.

Y sí, con Tony también podría funcionar al principio, pero después se acabaría cansando. Posiblemente ni siquiera le compensaría pasar por un viaje de veintitrés horas entre los vuelos y la espera en los aeropuertos, me diría que se acababa y sería él quien pidiera el divorcio.

Resoplé ante mis pensamientos y tuve que darle la razón a mi madre, empezaba a hacerme mala sangre y a envenenarme la cabeza con esos pensamientos.

No todos los hombres iban a ser como fue aquel novio que tuve, ¿cierto?

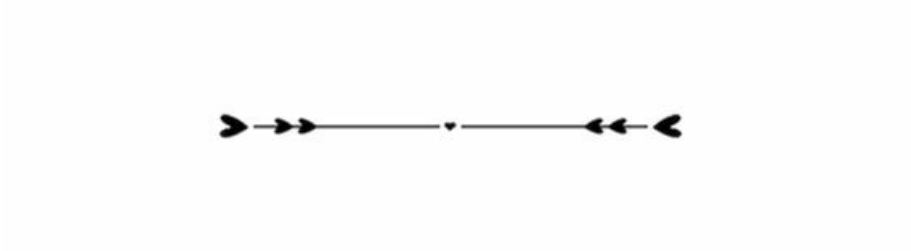
Me concentré en el trabajo y poco antes de la hora de comer Tony me dijo que ya tenía la compra colocada y que venía para el restaurante.

Se me dibujó una sonrisa de esas que él me provocaba, pero es que no podía evitarlo.

y Con un simple mensaje suyo me sentía feliz y podía decir, sin duda alguna, que me había enamorado de mi marido.

Con un simple mensaje suyo me sentía feliz y podía decir, sin duda alguna, que me había enamorado de mi marido.

Capítulo 21



Los fines de semana los tenía libres, en eso insistieron mucho mis padres, decían que debía tomarme al menos esos dos días de descanso, pero si necesitaban que les echara una mano en las cocinas, me llamaban y yo iba enseguida.

Estábamos a solo dos días de que Tony regresara a Las Vegas, y ya sabía que lo iba a echar de menos.

Porque sí, ese hombre con el que me había casado hacía casi un mes, del que no recordaba nada, puesto que en mi mente él era quien no era, se había convertido en alguien imprescindible en mi vida en ese momento.

Se estaba duchando mientras yo preparaba el desayuno y después iríamos al mercado por algunos productos frescos que me gustaba tener en el restaurante, y sí, esa era mi excusa para ir al trabajo los sábados, cosa que mis padres ya daban por hecho y ni se molestaban en reñirme.

Acababa de preparar el pan tostado y poner jamón en un plato, cuando apareció Tony tan guapo como siempre.

Llevaba unos vaqueros, un polo azul marino y deportivas blancas, con ese aire juvenil que lucía con el pelo alborotado y húmedo.

—Ese café huele de maravilla —dijo acercándose para abrazarme desde atrás y besarme en el cuello.

—Dudo mucho que te guste más que el café que tomas en tu casa.

—El del hotel está muy bueno, pero siempre está bien probar otros.

—¿Desayunas en el hotel? —pregunté mientras terminaba de trocear una manzana que añadí al cuenco con yogur

—Vivo en el hotel, así que, sí, pido el desayuno todas las mañanas.

—¿Vives en el hotel? —pregunté mirándolo con el ceño fruncido.

—Sí, en una *suite* en la última planta. Hay dos, una es de Max y la otra mía. Son como apartamentos en realidad.

—Creí que vivías en una casa o un ático.

—Pues no. Cuando empezamos con el hotel ambos pensamos que sería mejor destinar todos nuestros ahorros al negocio, y como necesitábamos un lugar en el que vivir, nos quedamos las *suites* de la última planta.

—Ahora entiendo por qué pusiste un apartado de correos como dirección —sonreí.

—Bueno, ahí suelo recibir algunas cosas, otras directamente en el hotel o en la tienda de mi madre.

—No hay duda de que eres una caja de sorpresas.

—Todas buenas, espero —me abrazó aún más fuerte y me besó en la mejilla.

—Hasta el momento, sí. A no ser que algún día me digas que tienes algún esqueleto en el armario o que has enterrado un cuerpo en el desierto.

—Cariño, aquello es Las Vegas, el desierto está lleno de cuerpos. Pero puedes estar tranquila, ninguno de los que hay enterrados allí, lo llevé yo.

—Pues es un alivio, de verdad que sí.

Nos sentamos a desayunar y recibió una llamada de Max. En Las Vegas era por la tarde y había esperado para llamar a su amigo y socio y ponerlo al día de algunas cosas.

Al parecer había estado la policía por un altercado en el casino, un par de hombres que discutieron la noche anterior por llevar algunas copas de más acabaron llegando a las manos una vez fuera del casino y quisieron ver si allí fue donde empezó todo, pero no había sido así.

Después de hablar con él, recogimos la mesa y fuimos al mercado. Me encantaba comprar allí las especias para cocinar, eran mucho más naturales y de mejor calidad que las que solían vender en los supermercados, y en los puestos donde solía comprarlas ya me conocían y siempre guardaban una bolsita para mí de aquellas que no podían faltarme en la cocina.

Pescado, carne, fruta y verdura directamente de las huertas de aquellos mercaderes era lo que llevábamos en las bolsas cuando regresamos al coche.

Tony me mantenía siempre cerca de él, con un brazo sobre mis hombros y besándome a cada momento que tenía ocasión.

Cuando llegamos al hotel y nos vieron mis padres, fue ella quien volteó los ojos al tiempo que suspiraba.

—No me puedo creer que te haya arrastrado hasta aquí —le dijo a Tony—. Es que no hay sábado que no vaya al mercado para después venir aquí.

—Mamá, se nos estaban acabando algunas especias —contesté.

—Sí, ya me conozco yo esa excusa. En fin. ¿Os quedáis a comer? Digo, ya que has hecho al pobre hombre salir d casa…

—Por mí, perfecto, Macarena —contestó Tony—, sobre todo si me dices que tienes por ahí esas croquetas de jamón que te salen tan ricas.

—¿Para mi yerno? Por supuesto que hay, nunca faltará un plato de esas para ti —sonrió.

—Verás que al final vas a consentir más a tu yerno, que a tu propia hija —dijo mi padre con una sonrisa.

—Jesús, hay que mantener a este hombre contento para que no deje a la niña, que luego nos toca volver a cargar con ella.

—Huy, lo que ha dicho —me llevé la mano al pecho—. Que soy una carga, dice, ¿te lo puedes creer, papá?

—No eres una carga, pero cabezona, sí, y mucho. ¿Cuántas veces te hemos dicho que no vengas los sábados por aquí? Y tú, ni caso, por un oído te entra y por el otro te sale.

—Pero si en el fondo os gusta que venga, que me quedo a comer con vosotros —sonreí.

En ese momento se abrió la puerta y entró un viejo conocido de mi padre con una cara de apuro que parecía que s le hubiera muerto alguien.

Al parecer el hombre tenía ese día la visita de sus tres hijos con sus respectivas familias, y se les acababa de estropear la vitrocerámica y la mujer tenía una paella a medio hacer.

Eran doce personas, entre ellos cuatro niños, pero dos ya tenían seis años y podían comer prácticamente de todo, los otros dos tenían un año, y le preguntó a mi padre, si podíamos prepararles una mesa, aunque no tuvieran reserva.

—Claro que sí, Ramiro, no hay problema.

—Pues no sabes de la que me salvas, Jesús, que tengo a los chicos a punto de llegar y a mi mujer, con un ataque de ansiedad. Los del seguro no nos mandan a nadie hasta el lunes y, claro, como esto, urgente, urgente, no es…

—Vamos, no te preocupes por nada. Vente en cosa de una hora que tendréis la mesa lista y una paella que os va a preparar Macarena.

—Muchas gracias, de verdad. Nos vemos en una hora.

—Jesús, en una hora no sé si voy a tener la paella lista —dijo mi madre.

e

—Bueno, pero en lo que la paella se termina, le servimos unos entrantes y listo, mamá.

—¿Cómo que le servimos? Hija, que tú estás de descanso.

—A no ser que haya urgencias, como siempre me dices, y esto lo es.

—Pero, ¿y Tony? ¿Vas a dejarlo solo toda la tarde?

—¿Quién te ha dicho que me vaya a ir? Yo me quedo y os echo una mano, yo puedo servir su mesa mientras vosotros os encargáis de las demás con los camareros.

—¿Estás seguro, Tony? —le preguntó mi padre— Que esto puede ser un caos para quien no vive de esto todos los días.

—Jesús, no te preocupes que no puede ser muy complicado llevar unos platos de comida y algunas bebidas a una mesa. Y ahora, ¿preparamos nosotros la mesa para doce mientras nuestras mujeres se meten en la cocina a hacer su magia?

—Sí, claro —mi padre sonrió y yo miré a Tony, agradeciéndole con la mirada que nos echara una mano.

e

Él era empresario también, pero no se metía en las cocinas ni servía las mesas en los restaurantes de su hotel. Lo suyo era más vigilar desde las alturas.

Antes de que fuera con mi padre a preparar la mesa me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

—Gracias —murmuré.

—Esta noche me lo cobro en especie —contestó haciéndome un guiño y me reí.

—No sabes tú nada.

—Por cierto, cuando tengamos un momento, me gustaría hablar contigo —me dio un beso en la frente y fue con mi padre al fondo del salón para preparar la mesa para doce.

Me quedé con la mosca detrás de la oreja con aquella frase, no era esa que todo el mundo había escuchado al menos una vez en la vida, pero sí muy parecida.

Y si le añadimos que me había dado un beso en la frente, y que en dos días se iba…

Esto estaba cada vez más cerca del final y me mataba saberlo.

Mi padre me preguntó qué me pasaba, pero puse mi mejor sonrisa y dije que estaba bien.

Mientras mi madre preparaba la paella yo me encargué de los entrantes y de unos platos perfectos para los más pequeños antes de la paella.

Cuando Ramiro llegó con su familia, Tony y yo nos centramos en su mesa y les servimos, todos quedaron encantados con los platos y para cuando llegaron a los postres, se decantaron por el *pudding*.

No fue hasta que estuvieron con los cafés que Tony me cogió de la mano y me llevó hasta la sala donde nos cambiábamos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No es aquí donde quería hacer esto, pero ya que hemos tenido que ayudar a tus padres…

—No tenías que haberlo hecho, Tony, esto es…

—Es trabajo, cariño —me cortó—. Tu familia ahora es la mía, tu trabajo, es el mío, y si tienes que venir un sábado a echar una mano, yo lo haré también.

—Hombre, venir desde Las Vegas… —volteé los ojos y él se echó a reír— Pero, ¿de qué querías hablar conmigo?

—Que estoy enamorado de ti a estas alturas ya es un hecho —dijo acariciándome la mejilla—. Estoy de acuerdo contigo en que nuestra boda fue una locura.

—De las grandes.

—De las grandes —sonrió—. Pero es la mejor locura que he hecho en mi vida. No quiero que nos divorciemos, Maica, quiero que lo intentemos.

—Te vas en dos días.

—Lo sé, y por eso quiero que vengas conmigo.

—¿Qué? Yo… Tony, yo no puedo irme y…

—Ey, tranquila —me sostuvo por la mejilla, mientras la acariciaba con el pulgar—. De momento no te pido que sea para siempre, solo durante unos días. Quiero que conozcas a mi familia, que estemos allí igual que hemos estado aquí, conviviendo, comiendo, hablando, que sepas cómo funciona el hotel, que estés en mi día a día también como yo lo he estado aquí en el tuyo. No es que vaya a ser una luna de miel, pero considera que sería como seguir con la que ha empezado aquí en Jerez.

—Qué romántico, mi amiga de luna de miel en Mykonos, y yo entre Jerez de la Frontera y Las Vegas —resoplé.

—No quiero separarme de ti ahora que nos estamos conociendo más, Maica, no puedo. Solo serán unos días, una semana si quieres. Sabes que es prácticamente un día de viaje, así que…

—Vale —le corté.

—¿En serio?

—Sí —sonreí—. A fin de cuentas, tú viniste aquí porque yo te pedí que lo hicieras para la boda de mis amigos. Te has quedado una semana y… bueno, es justo que yo haga lo mismo. Y tengo ganas de conocer a tus padres.

—Y ellos a ti, te lo aseguro —sonrió y se inclinó para besarme—. Le han contado a mi hermano Jake que me he casado y también quiere conocerte.

—¿Tienes un hermano?

—Sí, él siguió los pasos de nuestro padre, es oficial del ejército y ha cogido el resto del verano de permiso para pasarlo con la familia. Y quiere conocer a la mujer que me hizo casarme en una capilla después de unas cuantas copas.

—Dios mío, van a pensar que voy detrás de tu dinero —me cubrí la cara, un poco avergonzada.

—¿Pues no era yo el que iba detrás del tuyo? —rio.

—Qué bobo eres —le di un leve manotazo en el hombro.

—Voy a hablar con mi secretaria para que se las ingenie y consiga un billete en el mismo vuelo que el mío, y juntos, que eso igual le cuesta un poco más —se inclinó para besarme y salió de allí para regresar al salón.

Cuando lo hice yo, lo vi en la barra sentado mientras tomaba una cerveza y hablaba por teléfono.

Mi madre me miró, sonreí y fui hacia ella para decirle que me iba unos días con Tony a Las Vegas para conocer a su familia.

Al final veo que no os divorciáis —dijo con una sonrisa de lo más pícara—. Y quién sabe, igual pronto me dais m primer nieto.

—Mamá, por Dios, que nos acabamos de conocer, como quien dice —reí.

—Te recuerdo que os casasteis sin conoceros. Y ahora que lo habéis hecho, dudo mucho que él quiera perder a su mujer. Seguro que no te lo ha dicho aún, pero ese hombre te quiere, cariño.

Se fue a atender a una de las mesas y yo me quedé allí mirando a Tony. Hablaba por teléfono y estaba en el restaurante tan tranquilo, como si formara parte de ese lugar.

Se le veía cómodo, incluso hablando con Rodrigo o con mi padre, cuando se acercaba a él.

Como si supiera que le estaba mirando, se giró y al encontrarse con mi mirada sonrió.

No sabía si mi madre tenía razón en eso de que Tony me quería, pero de lo que estaba segura era de que yo también quería pasar más tiempo con él.

Tal vez esa semana nos sirviera para decidir sobre nuestro futuro, no el de divorciarnos porque él había dicho que no quería hacerlo y yo, siendo sincera, tampoco.

Pero sí para saber si, aun en la distancia, nuestra relación podría con cualquier obstáculo que se presentara.

Mi madre me miró, sonreí y fui hacia ella para decirle que me iba unos días con Tony a Las Vegas para conocer a su familia.

Al final veo que no os divorciáis —dijo con una sonrisa de lo más pícara—. Y quién sabe, igual pronto me dais mi primer nieto.

—Mamá, por Dios, que nos acabamos de conocer, como quien dice —reí.

—Te recuerdo que os casasteis sin conoceros. Y ahora que lo habéis hecho, dudo mucho que él quiera perder a su mujer. Seguro que no te lo ha dicho aún, pero ese hombre te quiere, cariño.

Se fue a atender a una de las mesas y yo me quedé allí mirando a Tony. Hablaba por teléfono y estaba en el restaurante tan tranquilo, como si formara parte de ese lugar.

Se le veía cómodo, incluso hablando con Rodrigo o con mi padre, cuando se acercaba a él.

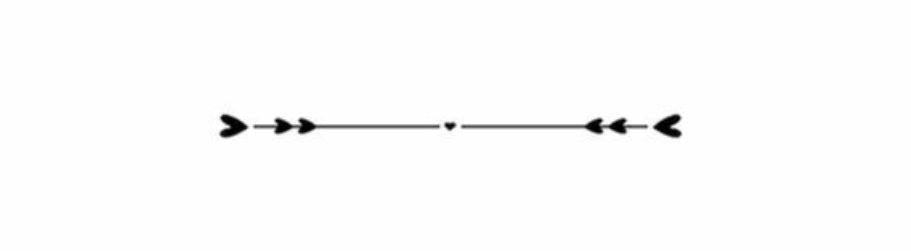
Como si supiera que le estaba mirando, se giró y al encontrarse con mi mirada sonrió.

No sabía si mi madre tenía razón en eso de que Tony me quería, pero de lo que estaba segura era de que yo también quería pasar más tiempo con él.

Tal vez esa semana nos sirviera para decidir sobre nuestro futuro, no el de divorciarnos porque él había dicho que no quería hacerlo y yo, siendo sincera, tampoco.

Pero sí para saber si, aun en la distancia, nuestra relación podría con cualquier obstáculo que se presentara.

Capítulo 22



En cuanto aterrizamos en el aeropuerto de Las Vegas, Tony me miró con una sonrisa de lo más feliz.

Podía decir que así me sentía yo, feliz de estar de nuevo en el lugar en el que empezó todo, aunque hubiera tardado un poco en acordarme, las cosas como son.

Una vez en el interior del aeropuerto, entrelazó nuestras manos y así fuimos hasta la salida, donde nos esperaba un coche con uno de sus empleados.

Tras guardar nuestro equipaje, subimos y volví a hacer el mismo recorrido que semanas atrás, solo que esta vez regresaba con mi marido en lugar de con las tres locas a las que fui a esa aventura como despedida de soltera.

Todo estaba igual, el mismo bullicio de la gente por las calles, los hoteles, las atracciones, las excursiones, el olor a comida que provenía de los diferentes restaurantes, y esas ganas de vivir la experiencia, pero ahora de un modo diferente.

—Hemos llegado, señor —dijo el chico, que no debía de tener más de veinticuatro años.

Tony bajó del coche y mientras el chico sacaba nuestro equipaje, él me tendió la mano para ayudarme a bajar.

—Bienvenida de nuevo al hotel, señorita —me besó y sonreí.

—Ahora soy señora, que estoy casada, o eso me han dicho —fruncí el ceño.

—Lo estás, lo estás, llevas mi alianza —sonrió volviendo a besarme—. ¿Lista para conocer la que va a ser tu casa los próximos días? —preguntó mientras caminábamos hacia la entrada del hotel, con el chico detrás cargando con el equipaje.

—Al fin voy a conocer la guarida del lobo. ¿O es donde me desperté aquella mañana?

—No, esa era mi *suite*, aquella noche después de la boda le pedí al chico de recepción la llave de cualquier

habitación que tuviéramos libre, y fue una suerte que ese momento hubiera tres disponibles.

—Entonces sí, vamos a ver dónde vives —sonreí.

Entramos en el hotel cogidos de la mano, Tony saludaba a los empleados con los que iba cruzándose y fuimos hacia la zona de ascensores para subir a la última planta.

Una vez allí, y sin soltarme la mano, me llevó a la *suite* en la que vivía.

Cuando entramos, me quedé sin palabras.

Paredes en blanco y negro, suelos de mármol blanco, muebles en ambos colores, grandes ventanales y una amplia terraza acristalada que daba a la avenida principal de la ciudad.

Por no hablar de aquellas impresionantes fotos de algunos lugares de Las Vegas en blanco y negro con un toque de color simple, algunas en rojo, otras de las luces encendidas por la noche de ese lugar concreto, como era el caso de la Torre Eiffel que había frente a la entrada del *Hotel París*.

El chico dejó nuestras maletas en la entrada y se fue. Cuando Tony y yo nos quedamos solos, me hizo un recorrido por la *suite*. Aquello era tan solo una parte, y ya era casi tan grande como mi piso.

Me llevó por el pasillo hasta la zona de cocina, esa que me dijo que apenas usaba más que para tomarse un café de vez en cuando o prepararse un sándwich para cenar.

Era amplia, con una isla que hacía las veces de mesa donde desayunar y en la que había cuatro taburetes altos.

También tenía un pequeño gimnasio, un despacho y la habitación principal con cuarto de baño y un amplio vestidor.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —preguntó abrazándome desde atrás.

—Muy bonita, amplia y luminosa. Y masculina —reí.

—Eso dice mi madre —me dio un beso en la mejilla—. Está deseando que me case para ver si así me compro una casa y salgo de aquí.

—Ejem, ejem —carraspeé al tiempo que levantaba la mano agitando los dedos para que viera la alianza.

—Ahora la cosa irá a peor —volvió a reír—. Te lo advierto, puede que ni siquiera espere a que tengáis confianza para pedirte nietos.

—Tranquilo, llevo lidiando con eso algunos años.

—¿Te ves viviendo aquí, pequeña?

—Durante unos días, sí, a fin de cuentas, estuve en una de las habitaciones del hotel con las chicas. El desayuno está buenísimo, así como la comida que sirven en el restaurante. Y siempre puedo utilizar esa cocina que no usas.

—Me refería a si te veías viviendo aquí conmigo, de manera permanente.

—¿Quieres saber si me mudaría?

—Sí.

—No lo sé, Tony —me aparté un poco y fui hacia el ventanal de la habitación—. En Jerez tengo a mi familia, mis amigas… —suspiré— ¿Tú dejarías tu vida aquí para mudarte conmigo?

—Si lo hiciera, siempre puedo coger un avión hasta aquí y estar unos días cuando me necesitaran.

—¿De verdad dejarías a tu familia?

—Mi madre lo hizo y le fue bien. ¿Por qué no me iría bien a mí? Vamos, date una ducha, hemos quedado para comer con mis padres —dijo besándome el cuello—. Voy a hablar con Max y mientras te vistes, me ducho yo.

—Vale. Voy a enviarle un mensaje a mi madre, para decirle que ya hemos llegado.

Tony asintió y se fue al salón para hablar con Max.

Le envié el mensaje a mi madre y le pedí que me deseara suerte pues iba a conocer a mis suegros.

Dejé el móvil en la mesita y puse la maleta sobre la cama para ver qué me ponía para esa ocasión, quería que sus padres se llevaran una buena impresión al conocerme.

Finalmente escogí un vestido entallado hasta la cintura con la falda con algo de vuelo en color azul marino y los únicos zapatos de tacón negro que llevé para ese viaje.

Tras la ducha, y aún con el albornoz, me apliqué un poco de maquillaje natural y sutil y me alisé bien el pelo.

Acababa de terminar de vestirme y me estaba poniendo los zapatos cuando entró Tony.

—Vaya, y yo que pensaba que llegaba a tiempo para un poco de sexo con mi mujer —dijo pegándose a mi espalda, y al ver nuestro reflejo en el espejo pensé que hacíamos muy buena pareja.

—¿Y bajar a ver a tus padres con aspecto de recién follada? No, amigo, de eso nada.

—No sería ningún pecado —rio—, y nadie sospecharía nada.

—Yo lo sabría, y eso es suficiente.

—Voy a pedir el libro de reclamaciones al gremio de matrimonios.

—¿Eso existe? —Arqueé la ceja.

—Puedo crearlo. Pero cuando me casé con mi esposa, me prometió mucho sexo, a todas horas y en cualquier parte. De hecho, esa noche quisiste que lo hiciéramos en el cuarto de baño de la discoteca.

—¿Qué? No, imposible. Yo no dije eso.

—Lo dijiste, pero luego te arrepentiste. Dijiste que preferías que te follara a solas en la intimidad y de forma salvaje.

—¿Seguro que esa era yo? Porque me suena más a Carmela —reí.

—Fuiste tú —sonrió de medio lado—. Y te follé de manera salvaje después de hacerte mi esposa —susurró inclinándose para besarme—. Voy a darme una ducha, salgo enseguida.

Asentí, y mientras él se duchaba yo fui guardando la ropa en el vestidor, puesto que encontré un buen hueco allí para mis cosas.

—Le pedí a mi madre que te hiciera un poco de espacio —dijo cuando salió.

—Gracias.

Tony se puso unos vaqueros, un polo blanco y las deportivas del mismo color, y cuando estábamos listos salimos de la *suite*. Estaba nerviosa y él lo notó cuando entramos en el ascensor.

—Mi familia no muerde —sonrió mientras me rodeaba con el brazo por la cintura, atrayéndome hacia él para que lo mirara a los ojos—. Y están deseando conocerte, así que no tienes nada que temer.

—Los nervios son incontrolables cuando vas a conocer a la familia de tu pareja, eso es así.

—Yo no estaba nervioso cuando conocí a los tuyos.

—¿No?

—No. Sabía que les iba a gustar —me hizo un guiño.

—Claro, porque jugabas con la carta del secreto. Ellos pensaban que eras *stripper*, igual que yo. Te los ganaste cuando les dijiste que eras dueño de un hotel.

—No, me los gané cuando dije que, a pesar de haberme casado con su hija de un modo poco convencional, no quería divorciarme de ella.

Tony posó sus labios en los míos en un beso tierno a la vez que seductor, de esos que hacían que la mente de una mujer se alejara del cuerpo.

Solo reaccioné para separarme de él cuando escuché el sonido del ascensor avisando de que acabábamos de llegar a la planta de recepción.

Entrelazó nuestras manos y me llevó así hasta el restaurante, donde uno de los camareros nos acompañó hasta la mesa en la que ya esperaban dos hombres y una mujer.

Ella me sonaba, desde luego que la había visto en aquella tienda de ropa cuando fui a comprar los cuatro vestidos y los zapatos para la noche de la despedida de soltera.

Era una mujer muy guapa, de cabello castaño y ojos marrones, con una bonita sonrisa que mostró en el momento en el que nos vio acercándonos.

El padre de Tony se veía que era tan alto como él, de cabello rubio y los mismos ojos verdes que su hijo había heredado. Se parecía mucho a él, era como ver al Tony del futuro sentado en aquella mesa.

Y el otro, que debía ser su hermano Jake, tenía el cabello del mismo color que Tony y su madre, y los ojos marrones de ella.

Era guapo, no iba a negar lo contrario, pero debía de admitir que no me habría fijado en él de haber estado con Tony aquella noche.

—Y aquí llega mi hermano mayor —dijo Jake poniéndose en pie, quien era casi tan alto como Tony, recibiéndolo con un abrazo—. Te veo bien, hermano.

—Y yo a ti, Jake —sonrió—. Ya era hora de que te dejaras ver por aquí.

—Sabes que siempre andan destinándome a un lado u otro.

—Lo sé. Pero deberías pedir que te dejen en Estados Unidos.

—Eso solo pasará cuando tu hermano se case —dijo la madre—, y por el camino que lleva, creo que será como tú lo hará con casi cuarenta años.

—Mamá, ya tienes un hijo casado y ni siquiera nos invitó a la boda —protestó Jake.

—Hijo, ten un poco más de tacto —le reprendió su padre.

Me sorprendió que hablaran en castellano, y no en inglés, de modo que no me sentía para nada excluida de la conversación.

—Es verdad, lo lamento mucho, cuñada —Jake me miró y, tras una sonrisa de medio lado que se parecía mucho a la de Tony, se acercó y me cogió la mano para besarla—. Maica, soy Jake, y es un placer conocerte al fin. ¿Mi hermano te está tratando bien? Si no es así, le doy un puñetazo ahora mismo.

—Encantada —sonreí—. Y sí, me está tratando bien.

—Vale, dime si se pasa de la raya, que mi gancho de derecha siempre está alerta —contestó haciéndome reír.

—No hagas caso a mi hijo —dijo la madre de Tony—, si pega a su hermano sería en broma, como han hecho siempre. Soy Ángela, bienvenida a la familia, querida.

Me dio un abrazo y un par de besos y seguía sonriendo cuando se apartó.

—Gracias.

—Eres tan guapa como te recordaba. Cuando Tony me dijo noches antes de vuestra boda que os tenía vigiladas, le dije que se equivocaba, que vosotras no teníais pinta de ser una de esas personas que suelen ir a los casinos a contar cartas y hacer cálculos en la ruleta. Y no quiso creerme.

—Estarás de acuerdo conmigo que era muy sospechoso que las cuatro acertaran los dos números a los que apostaron aquella noche —dijo Tony arqueando la ceja.

—La suerte del principiante, hermano —Jake sonrió haciéndome un guiño.

—Y menos mal que convencimos a Carmela de no volver otra noche, porque esa habría sido capaz de apostar todo en treinta y cinco a uno, y desplumar el casino —reí.

—La veo capaz, sí. Pero por el momento igual despluma a Max casándose con él —dijo Tony.

—Sea como sea, el destino te llevó a mi hijo —miré a su padre, que sonreía del mismo modo amable, sincero y paternal que Ángela—. Ya que ninguno me presenta, lo haré yo. Soy John, tu suegro.

—Mucho gusto —sonreí tras saludarlo con dos besos.

Nos sentamos y no tardó en llegar una camarera con una botella de vino y preguntar qué deseábamos comer.

Tony pidió unos entrantes para compartir, y todos nos decantamos por la carne asada como plato principal.

—Tony nos ha dicho que tu familia tiene un restaurante —dijo Ángela cuando volvimos a quedarnos solos.

—Sí, era de mis abuelas, mis padres se hicieron cargo cuando las perdimos.

—Maica es una excelente cocinera —comentó Tony, cogiéndome de la mano mientras me miraba con lo que me parecía ser orgullo de marido—. Muchos restaurantes se matarían por tenerla en sus cocinas.

—Entre esos, los tuyos —rio Jake.

—Eso dalo por hecho, hermano —contestó él.

Y desde ese momento la conversación se centró en el modo en el que nos conocimos, que yo no le había reconocido la noche en la que nos casamos, y todo lo que ocurrió después.

Los nervios por conocer a su familia se fueron disipando poco a poco, y debía de reconocer que me encontraba la mar de cómoda con ellos.

Jake era muy parecido a Jaime, estaba segura de que cuando se conocieran se iban a llevar bien.

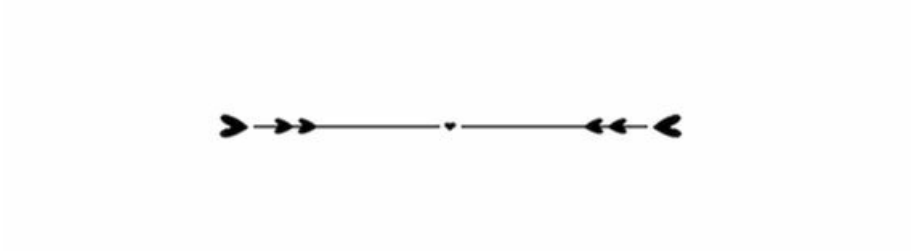
Ángela me sonreía cada vez que nos mirábamos, y John me escuchaba con atención cada vez que hablaba de mis padres, de nuestra vida en Jerez y de lo mucho que había aprendido siempre de ellos.

Después de comer alargamos la sobremesa con varios cafés mientras Ángela me decía que quería que la acompañara a ir al spa algún día, y John quiso que me hiciera con los mandos de la cocina de ese restaurante y les prepara la cena alguna de esas noches, a lo que tanto su hijo, como yo, accedimos encantados.

Nos despedimos de ellos y subimos a la *suite*, había sido un viaje largo y estábamos cansados.

En cuanto nos metimos en la cama, Tony me abrazó y no tardé mucho en quedarme dormida.

Capítulo 23



Cuando desperté estaba sola en la cama, y Tony me había dejado una nota en su almohada.

«Buenos días, esposa mía. Tengo trabajo que hacer y he salido temprano, no he querido despertarte. Cuando lo hagas, pide el desayuno y siéntete libre de moverte por el hotel sin problema. Nos vemos a la una y media para comer, no me eches mucho de menos. Tony.»

Sonreí, porque ese hombre era capaz de hacerme sonreír a cada momento del día sin ni siquiera proponérselo.

La noche anterior no habíamos tenido sexo, por lo que había dormido con uno de los pijamas que había traído par el viaje.

Me levanté, cogí el teléfono y pedí el desayuno a la cafetería. Salí a la terraza a tomar esa bocanada de aire que necesitaba mientras esperaba, y me deleité con las vistas que me ofrecía Las Vegas, desde ese punto tan alto.

Cuando estuve la primera vez teníamos buenas vistas desde la habitación, pero no tan privilegiadas como estas, ni mucho menos.

Me hice un selfi con esas vistas y se lo mandé a mis padres y a las chicas, lo verían más tarde, pero a menos que supieran que estaba bien y que me vieran esa sonrisa de felicidad.

Poco después llamaron a la puerta, y cuando abrí, el chico del servicio de habitaciones que me traía el desayuno sonrió dándome los buenos días.

—Buenos días —le devolví el gesto—. Puedes dejarlo aquí, yo me encargo, gracias.

—Como quiera, señora —contestó—. El señor dejó dicho a todo el hotel que la atendamos en todo lo que necesite, así que no dude en pedir lo que sea.

—Muchas gracias, lo tendré en cuenta.

—Que disfrute de su desayuno.

Se marchó dejándome sola y me llevé el carrito hasta la terraza para disfrutar de mi desayuno en ese lugar privilegiado.

Tal como recordaba, estaba todo buenísimo.

El café me lo terminé dentro, echando un vistazo a la *suite*, y es que tenía curiosidad por lo que tenía mi marido. Y me refería a esas fotos que había visto de pasada el día anterior cuando llegamos.

En ellas se veía un jovencísimo Tony en compañía de sus padres o su hermano, así como a los cuatro juntos.

Y había una que sin duda estaba en un lugar privilegiado.

Tony posaba junto a Max ante la entrada del hotel, sin lugar a dudas debía ser el día que lo inauguraron.

Se le veía tan joven que parecía un crío, nada que ver con el hombre en el que se había convertido.

Dejé las fotos donde estaban y fui al gimnasio, me apetecía correr un poco en la cinta y eso me haría quemar el a desayuno de un modo rápido.

Puse música en el equipo que había allí y durante los siguientes cuarenta y cinco minutos me dediqué a correr mientras miraba por el ventanal.

Después de una ducha de lo más gratificante, me puse unos vaqueros, una camiseta de tirantes que me encantaba y las deportivas, y cogí el bolso para bajar a dar una vuelta por las tiendas del hotel.

Pero antes cogí un par de cafés para llevar de la cafetería y fui a hacerle una visita a mi suegra.

—Hola —dije al entrar en la tienda, y cuando se giró y me vio allí, sonrió acercándose con los brazos extendidos.

—Maica, cariño —me abrazó y me dio un par de besos.

—Pensé que te apetecería un café —levanté su vaso.

—Oh, sí, me va perfecto ahora mismo. Gracias.

—No quiero molestar —dije al ver que tenía varias cajas por allí esparcidas.

—No, por Dios, no molestas. Al contrario, me haces un favor sacándome de este caos. Ha llegado un pedido que

hice a finales de la semana pasada, y me faltan prendas. Un desastre —suspiró.

—Vaya, lo siento.

—Bueno, al menos el proveedor ha admitido que el error es suyo y me los manda con envío urgente, me llega esta tarde. Me consuela saber que el genio que heredé de mi madre, sirve de algo en este país —sonrió.

—Tony me dijo que eras española.

—Así es. Nací en Madrid, pero cuando tenía quince años mis padres se divorciaron y yo me mudé con mi madre a Málaga, de donde era su familia, fue allí donde tres años después conocí a John. Mi madre no vio bien que me quedara embaraza tan joven y, bueno, nos distanciamos después de eso y nunca volví. Bueno sí, para su entierro. A fin de cuentas, era mi madre —se encogió de hombros.

—Lo lamento.

—No pasa nada —sonrió—. Aquí tenía a los padres de John, que me trataron siempre como a una hija. Y a ti, si decides venir a vivir con Tony, nosotros te trataremos igual, no estarás sola, ¿de acuerdo?

—Es bueno saberlo.

—Somos familia, cariño —me acarició la mejilla—. Y la familia para nosotros es muy importante.

Me quedé un rato allí con ella y acabé echándoles una mano para colocar los vestidos que habían recibido.

Había uno que me encantó y Ángela dijo que me lo probara.

Lo hice y, nada más verme con él, las dos pensamos que parecía hecho a mi medida.

—Llévatelo, para una cena romántica con mi hijo —dijo con un guiño—. Estoy segura de que le gustaría que le sorprendieras con una cena esta noche. ¡Tengo una idea! —gritó de pronto dando una palmada— Me has dicho que habéis quedado para comer, ¿verdad?

—Sí.

—Llámalo y dile que lo cancelas, que vas a pasar el día conmigo y que os veis esta noche para cenar en el restaurante.

—Pero, ¿no se molestará?

—No, y si se molesta me lo pasas. O mejor, yo lo llamo —dijo mientras cogía el teléfono de la tienda—. Hola,

cariño, soy tu madre. Estoy con Maica —sonrió—. Sí, mi nuera me ha traído café y estábamos aquí charlando. Te llamo para decirte que no va a ir a comer contigo, te la quito durante todo el día. Ajá, sí, quiero pasar tiempo con mi nuera, tú la ves todos los días, yo acabo de conocerla. Además, sé por Max que hoy ibais a tener mucho trabajo, así que mejor aplazas la comida para la cena —silencio, me miró y, tras sonreír, me hizo un guiño—. Desde luego, yo se lo digo. Adiós mi niño, te quiero —y colgó.

—¿Se ha enfadado? —pregunté.

—Todo lo contrario, se ha reído porque me conoce tan bien, que sabía que hoy acabaría secuestrándote. Bien, ya tenemos el vestido, ahora vamos a buscar unos zapatos —me cogió de la mano y fuimos a la sección de calzado, donde no dejó de darme pares y más pares de zapatos que probarme con el vestido hasta que dio con los que, según ella, eran perfectos—. Y ahora, vuelve a ponerte tu ropa que nos vamos a la tienda de Charlotte.

—¿Qué vamos a comprar allí? —curioseé mientras entraba en el probador y cerraba la puerta.

—Lencería, querida, de esa que hace que un hombre quiera comerte entera —contestó desde fuera.

Tropecé con mis deportivas y no acabé estampada en el espejo de puro milagro. Me puse roja como un tomate al escuchar a mi suegra, mi suegra, joder, la madre de mi marido, decir que me iba a llevar a comprar lencería.

Ángela tenía cincuenta y siete años y John sesenta, eran un poco más mayores que mis padres, pero desde luego que esa mujer no era para nada chapada a la antigua.

Cuando salí estaba esperándome con su sonrisa y el bolso colgado en el hombro.

—¿Lista?

—¿En serio has dicho que me llevas a comprar lencería?

—Sí, eso mismo he dicho.

—Qué vergüenza —sonreí nerviosa.

—¿Por qué? Somos familia, cariño, y quiero que me tengas como si fuera tu madre.

—Con mi madre no he ido nunca a comprar lencería, y eso que tenemos suficiente confianza.

—Pues nunca es tarde para empezar —sonrió de nuevo—. Entre nosotras, si mis hijos son igual de fogosos que su padre, más vale que desde ya seas consciente de que, por muchos años que cumpla, Tony siempre estará dispuesto para una noche de pasión —me hizo un guiño y me reí más nerviosa aún.

Pero pronto mi suegra me hizo estar más tranquila, puesto que congeniamos mucho y vi que nos parecíamos bastante.

Después de escoger la lencería en la tienda de Charlotte, comimos juntas y después me llevó al *spa*, donde me dieron un masaje, para después llevarme al salón de belleza.

Un repaso a mi depilación, sesión de manicura, pedicura, maquillaje y peluquería, y me dejaron que parecía una princesa.

—He hablado con Tony y le he dicho que, si tenía que pasar por la *suite*, que lo hiciera solo para coger ropa para cambiarse y que se duchara en la de Max, que necesitamos la vuestra para prepararte para la cena.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que me tiene miedo —rio.

Me reí con ella y cuando salimos del salón de belleza la llamó Tony para decirle que la *suite* era toda nuestra.

Mi suegra me acompañó y una vez allí me ayudó a vestirme, quería hacerlo y verme antes de que fuera al encuentro con su hijo.

—Estás preciosa, Maica —sonrió—. Cuando te vea mi hijo, no va a creer la suerte que tiene de haberse casado contigo. Imagino que no te lo habrá dicho aún, pero, nunca dudes de que él te quiere. ¿Te ha contado cómo John y yo supimos que estábamos hechos el uno para el otro?

—Sí, me dijo que la madre de un amigo de John es de una tribu de Nevada y ve algunas cosas.

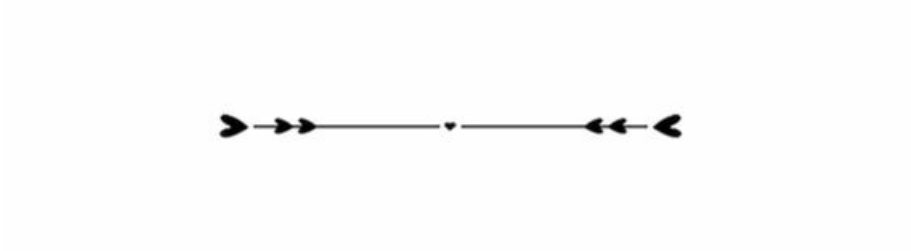
—Así es. También lo vio en él, y en Jake —sonrió—. A Tony le dijo que una mujer aparecería en su vida haciendo que su corazón despertara de nuevo y que se enamoraría de ella nada más verla. Yo pensaba que aparte de vigilaros por si desplumabais el casino, lo hacía para cerciorarse de que tú eras esa mujer. Cuando le pregunté me dijo que era la primera vez en mucho tiempo que no podía dejar de pensar en una mujer, y que cuando estaba cerca, pero sin que tú lo notaras, se moría por ir hacia ti y besarte. Maica, conozco a mis hijos, y una vez que se enamoran, lo hacen de verdad y para siempre, como su padre. Y ahora, ve a sorprender a tu marido, querida —me dio un abrazo—. Y a ser posible, hacer que esta mujer tenga un nieto dentro de nueve meses.

La miré con los ojos muy abiertos y se echó a reír.

—Acostúmbrate, voy a pedíroslo hasta que lo tenga en mis brazos —dijo dándome un leve golpecito en el hombro.

Sí, mi suegra me caía bien.

Capítulo 24



Tony: *¿Dónde estás, preciosa?*

Sonreí al ver el mensaje que acababa de enviarme mi marido, que parecía estar impacientándose porque no llegaba al restaurante.

No hacía ni tres minutos que había salido del ascensor y estaba de camino, así que no le respondí hasta que llegué y, con un vistazo rápido, lo encontré sentado en uno de los reservados.

Maica: *Si miras hacia la puerta…*

Lo envié y vi el momento exacto en el que le llegaba. Cogió el móvil, leyó mi mensaje y no tardó en mirar. Sonrió al verme y mientras caminaba hacia él y se puso de pie.

Pude notar el modo en el que no solo él me observaba de arriba abajo, sino que muchos otros hombres lo hacían.

—Hola —dije con una sonrisa cuando llegué a nuestra mesa.

—Estás espectacular —me rodeó por la cintura y se inclinó para besarme.

El vestido que Ángela había insistido en que me quedara, y que no me dejó pagar, era negro, de un solo tirante ancho en el hombro derecho y largo hasta el suelo de modo que debía tener cuidado para no pisarlo.

Llevaba un cinturón ancho plateado, con el que hacían juego las sandalias de tacón.

—Tú también estás muy guapo —sonreí.

—Ha merecido la pena usar la ducha de Max.

—Tu madre me cae muy bien.

—Y tú a ella, le has encantado. Me ha llamado en cuanto ha salido de nuestra *suite* y me ha dicho, literalmente, que no se me ocurra perderte, porque no me lo perdonaría nunca. Te quiere como nuera —se encogió de hombros

—Es un encanto de mujer.

Nos sentamos en el sofá con forma de semicírculo, uno al lado del otro y llegó un camarero para ver qué queríamos tomar.

Tony pidió por los dos. Una botella de su mejor vino, ostras, y un pescado al horno.

En cuanto nos quedamos solos me cogió la mano para llevársela a los labios y darme un beso.

—Ahora mismo soy el hombre con más suerte y más envidiado de la noche.

—¿Por qué?

—Porque eres la mujer más hermosa de todo el restaurante.

—Es bueno saber qué crees que soy hermosa —sonreí.

—Eso no lo dudes nunca, Maica, lo eres, y no solo por fuera —dijo mirándome fijamente.

El camarero apareció con el vino y las ostras, Tony llenó ambas copas y levantó la suya a modo de brindis.

—Por nosotros, porque lo que empezó como una locura, acabe siendo una gran historia —dijo haciendo chocar nuestras copas.

Dimos un sorbo y empezamos a comer aquellas ostras que estaban buenísimas. Me preguntó dónde me había llevado su madre y le conté todo, incluido el momento de la lencería.

—Así que llevas un conjunto de lencería sexy… —Arqueó la ceja.

—Ajá —di un sorbo al vino.

—Creo que vamos a pasar del pescado y vamos a ir directamente al postre.

—De eso nada, yo quiero cenar, comerme el postre y tomarme una copa de champán, que para eso me he puesto así de guapa.

—Entonces quedas advertida —cogió su copa y mientras bebía, hizo una pausa silenciosa—. Cuando lleguemos a la *suite*, no voy a ser delicado. Llevo dos días sin poder tocar a mi mujer.

. —¿A qué se refiere mi marido con eso de que no va a ser delicado? —curioseé.

—A que no me importa cuánto me haya costado esa lencería, porque es obvio que mi madre habrá pasado el carg a la cuenta del jefe, y pienso arrancártela del cuerpo antes de follarte de un modo poco delicado.

—¿Y me va a inmovilizar las muñecas? —pregunté cogiendo una ostra y llevándola a la boca del modo más sensual que pude.

—Si sigues provocándome así, pequeña, no solo voy a inmovilizarte las muñecas con mi corbata, sino que haré lo mismo con los tobillos en las patas de la mesa del salón —murmuró, y a mí esa imagen que me estaba ofreciendo, me hacía excitarme y dejar que mi mente volara hasta la *suite*.

—Tony —dije en un susurro acercándome a su oído—. Olvídate de la cena, quiero que me folles.

Cuando me aparté y nos miramos a los ojos, vi que los suyos se habían oscurecido.

No tardó en ponerse de pie y tras cogerme de la mano, me ayudó a levantarme y llamó al camarero para decirle que anulara el pescado de nuestra mesa, que nos había surgido una emergencia.

Salimos del restaurante mientras muchos de los comensales nos observaban, pero eso a Tony no parecía importarle.

Cuando entramos en el ascensor me atrajo hacia él y comenzó a besarme de ese modo con el que solo él conseguí hacer que mi cuerpo entrara en un estado febril y deseoso de que me hiciera todo cuanto quisiera.

—¿Dónde habías estado los últimos cinco años, pequeña? —preguntó en un susurro mientras me acariciaba la mejilla y me observaba fijamente.

—Pues, en Jerez —me encogí de hombros y él sonrió al tiempo que me abrazaba.

Y en ese abrazo sentí el amor que su madre y la mía decían que Tony sentía por mí.

Tras el sonido del ascensor avisando que habíamos llegado a la última planta, Tony volvió a entrelazar nuestras manos y fuimos hasta la *suite*, donde nada más entrar me llevó hasta el salón.

—Ahora vuelvo —dijo besándome el cuello, dejándome justo en el centro.

Miré por encima del hombro y lo vi caminar hacia el pasillo en dirección a la habitación.

Cuando regresó lo hizo sin chaqueta, con las mangas de la camisa remangadas hasta el codo y los primeros

botones desabrochados. Pero lo que más me sorprendió fue que llevaba tres corbatas en las manos.

Arqueé la ceja y se limitó a sonreír de medio lado, con esa mirada que me hacía sentir desnuda y expuesta ante él.

Me sostuvo la barbilla con dos dedos y se apoderó de mis labios en un beso rudo y necesitado, haciendo que me estremeciera de pies a cabeza.

—Date la vuelta —me pidió acariciándome la mejilla, y yo obedecí.

Llevó el brazo alrededor de mi cintura y me llevó hasta la mesa del salón, donde nos detuvimos.

Comenzó a desabrochar la cremallera del vestido que estaba en el costado izquierdo, y cuando lo hizo, me lo fue quitando poco a poco hasta que cayó al suelo.

Lo vi ponerse en cuclillas y lo cogió para dejarlo sobre una de las sillas.

Regresó a mi espalda cerré los ojos al sentir las yemas de sus dedos deslizándose por ella, despacio y con ese calo que siempre desprendían.

Me besó el hombro y el cuello y desabrochó el sujetador, que no tenía tirantes, y lo dejó en la silla.

Cuando regresó de nuevo junto a mí, me giró hasta quedar frente a frente y anudó una de las corbatas alrededor de mis muñecas, inmovilizándolas.

Volvió a girarme y, con una mano en la espalda, me indicó que me inclinara sobre la mesa.

—Estira los brazos, pequeña —me pidió, y obedecí.

Me estremecí porque en ese momento me di cuenta de lo que iba a hacer, y no era otra cosa que inmovilizar también mis tobillos.

Pero antes me acarició la espalda, las nalgas desnudas y expuestas dado que llevaba un tanga que cubría más bien poco, tras separarme las piernas ligeramente, noté su lengua en mi sexo.

Gemí al tiempo que arqueaba la espalda, él sonrió sobre mi sexo.

La suave tela de la corbata alrededor de mi tobillo derecho hizo que tragara con fuerza, apenas me había tocado y podía notar la humedad entre mis piernas.

Inmovilizó el otro tobillo y subió dejando un camino de besos por la pierna izquierda hasta detenerse de nuevo en mi sexo.

Apartó a un lado la tela y, de ese modo, con un mejor acceso, comenzó a lamer entre mis labios vaginales, dedicándose más detenidamente poco después al clítoris y comenzó a penetrarme con el dedo.

Mis gemidos no tardaron en hacerse presentes, así como el modo en el que mis caderas comenzaron a moverse en busca de ese placer que mi marido me estaba dando en ese momento.

Arqueé la espalda y unos pocos segundos después acabé corriéndome a gritos mientras mi cuerpo temblaba por aquellas sacudidas de placer.

En el momento en el que el último retazo de placer abandonó mi cuerpo tras liberar el clímax, escuché la tela siendo rasgada y cuando miré por encima del hombro, lo vi elevar la ceja.

—Te lo advertí —se estaba desabrochando el pantalón y de manera inconsciente, sabiendo lo que estaba a punto de ver y sentir, me pasé la lengua por los labios.

Tony liberó su erección, la llevó hasta mi vagina y tras acariciarme una de las nalgas con la mano, me penetró de una sola embestida, fuerte y profunda, haciendo que gritara y arqueara la espalda al sentirlo tan adentro.

Comenzó a moverse rápido, con ambas manos agarrando con fuerza mis caderas, golpeando una y otra vez, entrando y saliendo mientras mi cuerpo lo recibía.

Jamás me habían follado de ese modo, y por Dios que ese hombre, mi marido, podía volver a hacerlo tantas veces como quisiera.

Me estremecí de nuevo cuando noté que el clímax se acercaba, noté el modo en el que la erección de Tony palpitaba entre los músculos de mi vagina, que lo apresaba para deleite de los dos, y cuando su propio orgasmo se hizo presente al igual que el mío, comenzó a penetrarme mucho más fuerte y rápido hasta que ambos liberamos aquel placer apenas contenido, mientras sus jadeos se mezclaban con mis chillidos.

Tras el impresionante orgasmo que acabábamos de tener, Tony se dejó caer sobre mi espalda y me besó el hombro mientras me acariciaba la mejilla con una mano y entrelazaba la otra con las mías.

—Ha sido increíble —conseguí decir aún entre jadeos.

—Pequeña, la noche no ha hecho más que empezar —susurró, y tras besarme el cuello se retiró, dejando ese vacío en mi cuerpo.

Deshizo las ataduras de las corbatas que mantenían inmovilizados mis tobillos, se desnudó rápido y me cogió en brazos para llevarme al cuarto de baño, donde me metió en la bañera que había llenado con agua caliente y gel de vainilla.

Me quitó la corbata de las muñecas y tras darme un masaje y comernos a besos, hizo que me sentara a horcajadas sobre él y comenzamos a hacerlo de nuevo.

Tony tenía algo que me hacía imposible resistirme, negarme a hacer lo que me pidiera en lo referente al sexo, pero sobre todo era porque con él me sentía yo misma, sin tener que fingir, sin el miedo de hacer algo mal y que no le gustara.

Me estrechó con fuerza entre sus brazos, compartimos un beso largo, sensual y de lo más erótico mientras nos manteníamos unidos por nuestros sexos, y volvimos a dejarnos llevar por ese deseo que nos consumía.

Permanecimos abrazados mientras recobrábamos el aliento, acariciándonos la espalda el uno al otro y mientras estaba así, relajada entre los brazos de aquel desconocido que se había convertido en mi marido hacía apenas un mes, notando en mi pecho el compás que nuestros corazones llevaban, latiendo al unísono, quise decirle lo que sentía por él, pero no me atreví a hacerlo porque, tal vez, no era lo que él sentía por mucho que mi madre y la suya dijeran que sí.

Me limité a abrazarlo, a estar ahí con él en ese momento de intimidad, hasta que me besó la frente, me apartó y tras ponernos en pie, salimos de la bañera y nos envolvió a los dos en una toalla grande para secarnos.

Una vez que no quedaba una sola gota de agua en nuestros cuerpos, me cogió en brazos para llevarme a la cama, donde me recostó y comenzó a besarme despacio y con ternura por todo el cuerpo.

En esa ocasión no fue solo sexo, sino algo más, ese sexo con amor que toda pareja compartía cuando ambos esteban completamente enamorados.

›

›

Me quitó la corbata de las muñecas y tras darme un masaje y comernos a besos, hizo que me sentara a horcajadas sobre él y comenzamos a hacerlo de nuevo.

Tony tenía algo que me hacía imposible resistirme, negarme a hacer lo que me pidiera en lo referente al sexo, pero sobre todo era porque con él me sentía yo misma, sin tener que fingir, sin el miedo de hacer algo mal y que no le gustara.

Me estrechó con fuerza entre sus brazos, compartimos un beso largo, sensual y de lo más erótico mientras nos manteníamos unidos por nuestros sexos, y volvimos a dejarnos llevar por ese deseo que nos consumía.

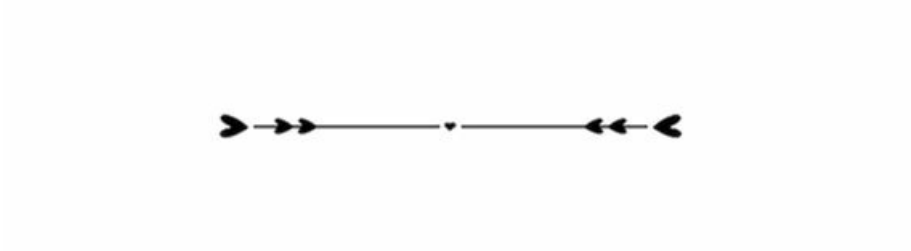
Permanecimos abrazados mientras recobrábamos el aliento, acariciándonos la espalda el uno al otro y mientras estaba así, relajada entre los brazos de aquel desconocido que se había convertido en mi marido hacía apenas un mes, notando en mi pecho el compás que nuestros corazones llevaban, latiendo al unísono, quise decirle lo que sentía por él, pero no me atreví a hacerlo porque, tal vez, no era lo que él sentía por mucho que mi madre y la suya dijeran que sí.

Me limité a abrazarlo, a estar ahí con él en ese momento de intimidad, hasta que me besó la frente, me apartó y tras ponernos en pie, salimos de la bañera y nos envolvió a los dos en una toalla grande para secarnos.

Una vez que no quedaba una sola gota de agua en nuestros cuerpos, me cogió en brazos para llevarme a la cama, donde me recostó y comenzó a besarme despacio y con ternura por todo el cuerpo.

En esa ocasión no fue solo sexo, sino algo más, ese sexo con amor que toda pareja compartía cuando ambos esteban completamente enamorados.

Capítulo 25



Esa mañana Tony también tenía trabajo, por lo que me fui a dar un paseo por la ciudad y me hice algunos selfis en esos lugares donde había estado con mis niñas para después enviarles unas fotos.

Desayuné en aquella cafetería donde los *cupcakes* estaban deliciosos, paseé frente a los hoteles y recordé aquella locura de viaje que había acabado con una locura aún mayor.

Pero como dijo Tony dos días atrás, en la cena, esperaba que acabara siendo una bonita historia.

Regresaba al hotel caminando, pues tenía tiempo libre más que de sobra, y pasé por delante de una joyería donde me llamaron la atención unos gemelos de plata con el interior en negro y unas iniciales grabadas.

Sonreí al pensar en mi marido, y en tener un detalle con él, aunque no fuera oro blanco con un diamante.

—Buenos días —saludé a la dependienta.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—He visto unos gemelos en el escaparate, los de plata con el interior en negro.

—Ajá —sonrió.

—¿Cuánto tardarían en grabar unas iniciales?

—No mucho, mi compañero está grabando un par ahora, puedo darle otro. En una hora los tendría listos.

—Genial.

Le dije las iniciales y, tras pagarle y recoger el recibo, fui a tomarme un café a la cafetería que había al lado para hacer tiempo, eran las once y media y había quedado con Tony en dos horas para comer, así que iba bien.

Mientras me tomaba el café vi pasar a algunas parejas que, o estaban allí de vacaciones, o era su primer viaje como pareja, o se trataba de un par de recién casados por el modo en el que se miraban.

También vi a algunas madres paseando con sus hijos, y aquello que nunca me había imaginado, apareció en mi mente sacándome una sonrisa.

Tony y yo paseando de la mano con nuestros hijos, dos, un niño y una niña que harían las delicias de ambos con e sonido de sus pequeños pies correteando por la casa.

Yo era hija única y sabía que no quería esa sensación de soledad que a veces había sentido para un hijo mío, y a pesar de que en ocasiones por mucho que se intentara ese segundo hijo no llegaba al hogar, yo quería intentarlo y si no se podía, hablar con mi marido y adoptar, pues había muchos niños que necesitaban el calor de un hogar y el amor de unos padres que le hicieran saber que siempre estarían ahí para él o ella.

A la hora acordada regresé a la joyería por los gemelos y me enamoré al verlos, habían quedado perfectos, ahora esperaba que cuando los viera Tony, le gustaran.

Los guardé en el bolso y puse rumbo al hotel nuevamente, llegué a la una tras aquel paseo final desde la joyería y subí a la *suite* a guardar los gemelos en el lugar en el que sabía que él los encontraría el día indicado, y eso sería en dos noches, cuando quería llevarme a una cena romántica, esa que empezamos y no llegamos a terminar puesto que los dos nos deseábamos tanto que no pudimos esperar para ir a la *suite*.

Cogí uno de los papeles de notas que había en su mesita de noche y escribí en ella un pequeño mensaje antes de guardarlo.

Bajé al restaurante y allí encontré a Tony con Max, ambos se pusieron en pie al verme y mi marido me recibió con un beso en los labios.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunté sentándome.

—De locura —contestó Max, cogiendo su copa de vino.

—¿Y eso? —Miré a Tony.

—No has estado en el hotel, por lo que veo —sonrió mi marido mientras llenaba mi copa de vino.

—No —negué cogiéndola para dar un sorbo.

—Han intentado robar en una de las joyerías, los han descubierto los chicos de seguridad y hemos tenido a la policía por aquí un par de horas.

—Vaya, pero, ¿están todos bien?

—Sí, tranquila. Solo eran un par de tipos que se veía que eran principiantes en esto.

Comimos mientras les contaba cómo había ido mi día y Tony me dijo que sus padres y Jake querían cenar esa noche con nosotros, pero que yo me encargara de prepararlo, así que, tras el café, nos despedimos de Max y me llevó a las cocinas del restaurante para presentarme al personal y ponerlos al corriente de que esa noche, los fogones eran míos.

Cristal era la cocinera principal y contaba con Hank, Joe y Mandy, como ayudantes de cocina, así como con varios otros que se encargaban de lavar platos y comprobar que los que emplataban los cocineros salieran perfectos y sin una mancha imprevista.

—Pues como tú tienes que volver al trabajo, yo me quedo aquí y voy preparando algunas cosas —dije con una sonrisa.

—De acuerdo. ¿Está bien si venimos a las ocho y media? —preguntó colocándome un mechón detrás de la oreja.

—Sí, esa hora es perfecta.

—Bien —se inclinó para besarme—, nos vemos a la noche, cariño.

—Adiós.

—¿Por dónde quiere empezar, señora? —preguntó Cristal.

—Pues porque todos me llaméis Maica, que lo de señora… me suena a mujer de ochenta años —todos rieron y asintieron— Voy a empezar con el postre, que así, mientras preparo los platos principales, se va reposando.

—Muy bien. Cualquier cosa que necesite, nos la pide a cualquiera de nosotros.

Asentí y me puse manos a la obra con el postre, un pastel que queso con nata y frutos del bosque que estaba buenísimo.

En el momento que lo tuve listo cogí un par de pechugas de pollo que corté en tacos y las pasé por la plancha para dejarlas doraditas, esas iban en brochetas con tomate *Cherry*, mozzarella, aceite y orégano.

Y para el plato principal hice el tartar de atún que tanto le había gustado a Tony.

Cuando tenía todo listo eran las ocho, así que me quedaban treinta minutos para subir a la *suite*, darme una ducha rápida y cambiarme de ropa.

Le pedí a Cristal que cuando Tony llegara con su familia les dijera que bajaba enseguida, y fui corriendo a quitarme el olor a cocina y cambiarme.

Me puse un vestido blanco de lino con mis cuñas, un poco de maquillaje, y el pelo me lo recogí en una coleta alta.

Solo me había retrasado cinco minutos y cuando entré en el restaurante, estaban todos en la mesa esperándome.

—Buenas noches, lamento el retraso —dije con una sonrisa.

—Oh, por favor, solo han sido cinco minutos, cielo —contestó Ángela sonriendo—. Entendemos que tenías que cambiarte. Estás preciosa, como siempre.

—Eso es porque tú me miras con buenos ojos.

—Ojos de suegra encantada con su nuera —dijo Jake—. Pero es normal, cuñada, eres una mujer increíble —me dio un abrazo—. ¿Cómo te está yendo por aquí?

—Bien, bien —sonreí—. Creo que podría acostumbrarme a todo esto.

Tony se me quedó mirando con una sonrisa, y aunque no estaba segura aún de si podría dejar Jerez y mi familia allí, sí que me veía en Las Vegas, siendo la esposa del dueño de aquel hotel, y ayudándolo con los restaurantes.

Una de las camareras se acercó a preguntar si iba sirviendo la cena, a lo que Tony dijo que sí.

Yo le había dejado instrucciones a Cristal para cuando tocara servir el postre, y confiaba en ella porque la había visto dar órdenes a los demás trabajadores y sabía que no debía preocuparme de nada.

Cuando trajeron las brochetas, esas que habían preparado ellos tal como yo les dije, pues al pollo había que darle un pequeño golpe de calor antes de servirlo, quedaron encantados al probarlas.

El tartar de atún fue todo un acierto y Tony me miró con una sonrisa de lo más pícara, haciéndome saber que cuando llegáramos a la *suite* me iba a agradecer el haber preparado aquel plato especialmente para él.

Lo del postre fue otro acierto, sin lugar a dudas, y todos quedaron encantados.

—Hermano, yo que tú iba convenciendo a tu esposa para que se quede aquí, con ella en las cocinas del restaurante, ibas a tener meses de espera para reservar una mesa —dijo Jake.

—Ya será menos —reí.

—No, no, hablo en serio.

—Es cierto, cielo —miré a Ángela y estaba sonriendo—. Con Cristal ya hay veces que la gente espera durante semanas para poder venir a comer o cenar aquí, pero contigo también, serían meses.

Aquello me dejó un poco en *shock*, porque, aunque consideraba que cocinaba bien, nunca creí que fuera para tanto. Mis padres y Miguel eran unos expertos cocineros y cada plato con el que innovaban y sorprendían a los clientes en nuestro restaurante, era una apuesta segura, yo me había arriesgado en varias ocasiones y también habían sido un acierto, pero a veces no confiaba tanto en mí misma en cuanto a la cocina se refería, pues era consciente de que aún tenía mucho que aprender.

Después de la cena y de una copa de champán, nos despedimos de sus padres y Jake, quienes no vivían en el hotel sino en la ciudad, ellos, en una casa a las afueras donde querían que pasáramos el fin de semana y Jake, en un apartamento cerca de ellos, ese que cuando estaba destinado en alguna misión, le cuidaban y mantenían limpio un par de empleadas del hotel que se encargaban del servicio de habitaciones.

Cuando Tony y yo entramos en nuestra *suite*, ya nadie nos impedía sucumbir al deseo que ambos sentíamos por el otro.

Nos dejamos llevar por la pasión, entregados a ella durante toda la noche.

—No, no, hablo en serio.

—Es cierto, cielo —miré a Ángela y estaba sonriendo—. Con Cristal ya hay veces que la gente espera durante semanas para poder venir a comer o cenar aquí, pero contigo también, serían meses.

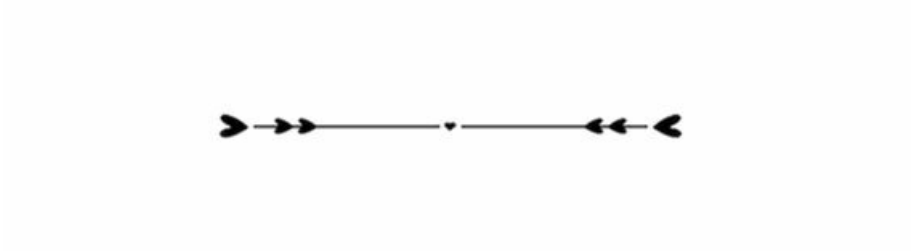
Aquello me dejó un poco en *shock*, porque, aunque consideraba que cocinaba bien, nunca creí que fuera para tanto. Mis padres y Miguel eran unos expertos cocineros y cada plato con el que innovaban y sorprendían a los clientes en nuestro restaurante, era una apuesta segura, yo me había arriesgado en varias ocasiones y también habían sido un acierto, pero a veces no confiaba tanto en mí misma en cuanto a la cocina se refería, pues era consciente de que aún tenía mucho que aprender.

Después de la cena y de una copa de champán, nos despedimos de sus padres y Jake, quienes no vivían en el hotel sino en la ciudad, ellos, en una casa a las afueras donde querían que pasáramos el fin de semana y Jake, en un apartamento cerca de ellos, ese que cuando estaba destinado en alguna misión, le cuidaban y mantenían limpio un par de empleadas del hotel que se encargaban del servicio de habitaciones.

Cuando Tony y yo entramos en nuestra *suite*, ya nadie nos impedía sucumbir al deseo que ambos sentíamos por el otro.

Nos dejamos llevar por la pasión, entregados a ella durante toda la noche.

Capítulo 26



Estaba terminando de desayunar para bajar a la tienda y visitar a Ángela por si necesitaba que le echara una mano cuando alguien llamó a la puerta.

No era Tony pues estaba trabajando y sabía que esa mañana tenía una reunión con su equipo de seguridad.

—¿Sí? —pregunté al ver a una mujer pelirroja, un poco más alta que yo, con una falda lápiz blanca y una camisa de seda negra parada ante la puerta.

—Oh, qué bien que hay alguien en la *suite* de mi Anthony, así puedo darle una sorpresa cuando vuelva —contestó con una sonrisa mientras avanzaba, pero se lo impedí.

—Disculpe, pero no puede entrar, así como así en la *suite*.

—Por supuesto que puedo, ¿quién te has creído que eres, empleaducha, para prohibirme nada?

—Para empezar, no soy ninguna empleada del hotel —recalqué bien la palabra pues jamás se me ocurriría decir con aquel desprecio lo que ella había dicho—, y, para terminar, si Tony no da su permiso no puedo dejar entrar a nadie.

—¿A quién quieres engañar? No eres más que una de las chicas del servicio de habitaciones, lo que no entiendo e cómo te permiten ir así vestida, y no con el uniforme. ¿Y eso de dirigirte al jefe de esa forma, como si fuera tu amigo? Tengo que hablar con él, este lugar está perdiendo clase —volvió a avanzar y ahí ya me enfadé y le puse la mano en el pecho.

—He dicho que no entra, y no entra. Y no se lo dice una chica del servicio de habitaciones, sino la esposa de Tony.

—¿La qué? —elevó ambas cejas y se echó a reír— Oh, por favor, no digas tonterías. Anthony jamás se casaría con alguien… —Me miró de arriba abajo con un desprecio y un asco, que me dieron ganas de darle una bofetada, pero me contuve— No —sonrió—, él nunca se casaría con alguien que no fuera yo.

Entró finalmente a la suite y como si fuera suya, paseándose por el salón de lo más altiva, mientras yo buscaba el móvil para llamar a Tony, pero recordé que lo tenía cargando en la habitación.

—Te sugiero que te vayas y dejes de decir que eres quien no eres —dijo girándose para mirarme de nuevo—. Así que, si no te importa, quiero esperar sola a mi hombre.

—Es mi marido, no su hombre.

—Oh, deja ya esa tontería. Y no me hagas llamar a seguridad para que te echen de aquí por la fuerza, si es necesario.

—Bien —la señalé—, llame a seguridad, todos aquí saben quién soy y corroborarán mis palabras.

—Pues vamos a comprobarlo —sacó el móvil del bolso y marcó, no tardó en empezar a hablar con alguien de recepción—. Sí, buenos días. Estoy en la *suite* del señor Anthony y tengo un problema aquí, necesito a alguien de seguridad. Ok, gracias —colgó y volvió a mirarme—. Enseguida viene alguien,

—Perfecto —fui hacia el pasillo para ir a la habitación y coger el móvil, pero ella me detuvo agarrándome con fuerza del brazo—. Suélteme.

—De aquí no te mueves hasta que aclaremos esto.

—No hay nada que aclarar, soy la mujer de Tony. ¿Ve los anillos? —grité enseñándole ambos, y durante una décima de segundo me pareció ver sorpresa en su mirada, pero fue tan fugaz que quizás, me lo había imaginado.

No tardó en aparecer un chico de seguridad al que no había visto en los días que llevaba allí, y me miró con curiosidad, lo que me indicó que tampoco parecía conocerme.

—Buenos días, señora, ¿ha llamado pidiendo ver a alguien de seguridad? —le preguntó a ella, y claro entendí que lo hiciera porque iba arreglada y yo, con vaqueros y camiseta.

—Sí. Verá, esta… chica, dice ser la esposa de Anthony, el dueño del hotel y tu jefe. ¿Es cierto?

—No, yo no la había antes por aquí.

—Coño, ni yo a ti tampoco, pero porque sois cientos de empleados de seguridad y no os conozco a todos, pero me consta que Tony…

—Me habías dicho que aquí todos te conocían, y a la vista está que no es así —me cortó ella—. Por favor, si eres tan amable de sacar a esta mentirosa de la *suite*, y del hotel ya de paso, yo me encargo de hablar con Tony para

que tome medidas.

—Señorita —el chico dio un paso hacia mí, y retrocedí.

—No se te ocurra tocarme —le señalé—. Soy la esposa de Tony, no una chica del servicio ni alguien que se ha colado—. Llama —pedí—, llama a Tony o a tu jefe directo de seguridad y verás que no miento.

—Están en una reunión y han pedido que no se les moleste con tonterías.

—Es que esto no es una tontería, es algo urgente. Esta mujer, que no sé quién narices es, ha entrado aquí como si fuera la dueña. Y yo soy la esposa de Tony, ¿entiendes eso? Nos casamos, mira —volví a levantar ambos anillos.

—Eso es bisutería barata que tú misma has comprado para montar este espectáculo —dijo ella—. Por favor, sácal de mi vista.

Y en cuestión de unos pocos segundos tenía a aquel chico agarrándome los brazos con tanta fuerza que sabía que me dejaría marcas, me arrastró hasta el pasillo y me llevó al ascensor mientras yo seguía protestando.

Por más que le pedía que me soltara, que llamara a Tony, pues mi móvil se había quedado en la *suite*, no había manera de que me hiciera caso.

Me sacó del hotel por la puerta de atrás como si no fuera más que una vulgar ladrona a la que habían pillado infraganti.

—Estás cometiendo un error, soy la esposa de Tony —insistí de nuevo, pero él se echó a reír.

—El jefe no se casaría nunca, ese hombre solo folla con Becca —dijo y me cerró la puerta en las narices.

Estaba en la calle y sin móvil, no podía llamar a Tony, pero no me iban a impedir que lo buscara o al menos lo intentara.

Regresé al hotel entrando por la puerta principal y fui directamente a la tienda de Ángela, que, al verme, se sorprendió y asustó a partes iguales, así debía ser mi cara.

Cuando le conté lo que había ocurrido, reaccionó de inmediato y muy enfadada, cogiendo su móvil para llamar a Tony.

—Sí, sé que estás en una reunión, pero esto es urgente. Ve ahora mismo a tu *suite* —le dijo, y colgó.

Solo una madre se atrevería a hablar de ese modo al dueño de un hotel tan grande e importante de Las Vegas.

Ángela y yo subimos hasta la *suite*, ella tenía una llave y abrió la puerta sin necesidad de llamar, por eso la mujer que estaba allí no fue consciente de nuestra presencia.

—Gracias por avisarme, Rick —le dijo al chico que vi de seguridad aún con ella—. Ahora Tony pensará que ella lo ha abandonado, como hizo su querida Nicole.

Al escuchar aquello, Ángela dejó escapar un grito y fue hacia la mujer, quien no se la esperaba, y le dio una bofetada.

Tony entró en ese momento seguido de algunos hombres de seguridad y de Max, al ver a su madre agarrando por el cuello de la camisa a la otra mujer, fue hacia ella para apartarla.

aCuando Ángela le dijo a su hijo lo que habíamos escuchado, él miró a la mujer con los ojos muy abiertos, sin duda alguna sorprendido por aquellas palabras.

Max se había quedado a mi lado, me preguntaba cómo estaba y yo, sencillamente no respondí.

Fui hacia la habitación, cogí el bolso y guardé el móvil, necesitaba salir de allí y tomar un poco de aire.

—Maica —levanté la mirada y vi a Tony entrando en la habitación—. Pequeña, mi madre acaba de contarme lo que ha pasado. No sé cómo Rick ha podido mentir de ese modo, todos saben quién eres —me cogió ambas mejillas y me dio un suave y rápido beso en los labios—. Lo siento, mi amor, de verdad, siento que ella se haya presentado así. Sin duda lo ha hecho a sabiendas de que yo no estaba.

—Todo eso no importa, Tony —dije con la voz entrecortada—. A pesar de que jamás en toda mi vida me habían tratado así, hay algo en lo que ella tiene razón. No puedo estar con un hombre como tú, Tony, no puedo ser tu esposa porque yo no tengo la posición económica que tienes tú, y hoy ha sido ella la que creyó que mentía, que no era más que una empleada queriendo robar, pero siempre habrá alguien que piense que me casé contigo por el dinero.

—Cariño —intentó detenerme cuando me aparté.

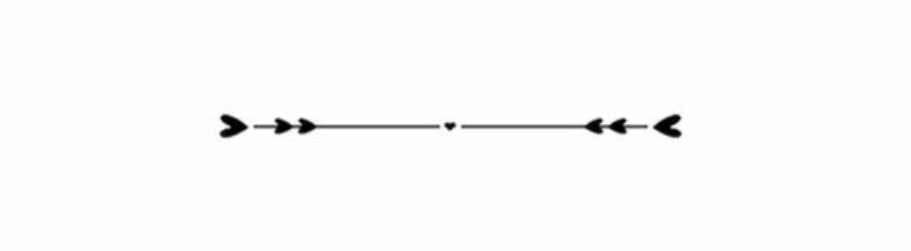
—Necesito salir, solo… Déjame hacerlo, ¿sí?

No dijo nada ni esperé a que lo hiciera, simplemente me colgué el bolso y salí del hotel para dar un paseo.

Cuando llegué al cartel de bienvenida tuve claro dónde quería estar en ese momento, así que paré un taxi, me subí y le pedí que me llevara al aeropuerto.

Me iba sin nada más que mi bolso, pero ahí tenía todo lo necesario para comprar los billetes de vuelta a casa, sin duda, una vuelta demasiado anticipada e inesperada para absolutamente todos nosotros.

Capítulo 27



Una semana había pasado desde que subí a aquel avión de vuelta a Jerez, una semana en la que no dejé de llorar mientras estaba sola porque, sí, me había enamorado de Tony y lo echaba de menos.

Pero aquella mujer, Becca, tenía razón en eso de que Tony nunca se casaría con alguien como yo, una chica sencilla que se dedicaba a su familia y su restaurante, que amaba la cocina y que por mucho que hubiera dicho al principio por el susto y por lo pensaran sus padres, se habría casado con aquel *stripper* aceptando de buen agrado esas baratijas que pensó eran los anillos, abriéndole las puertas de su piso para que se instalara conmigo.

Las chicas se habían pasado todos esos días tratando de animarme, hacerme salir de casa, pero sin éxito, y finalmente se presentaron la noche anterior aquí cargadas con bolsas de chuches, helados, patatas fritas, gusanitos palomitas y unas pizzas para cenar conmigo.

Mi madre también estaba muy pendiente de mí, y no hacía más que pedirme que recapacitara, que pensara bien lo que estaba haciendo y que no lo hiciera, que no me divorciara de ese hombre del que me había enamorado hasta las trancas y al que no dejaba de echar de menos día sí, y día también.

Pero precisamente porque lo había pensado durante mucho tiempo, era por lo que ya había firmado los papeles de divorcio y los tenía ante mí esa noche, en la mesa, dentro del sobre donde en el destinatario venía el nombre de Tony y la dirección del hotel.

Tenía que hacerlo para darle a él la oportunidad de encontrar a alguien con quien casarse y ser feliz. Porque, ¿y si ese alguien era Nicole, la mujer que había mencionado Becca?

No sabía quién era ella y tenía curiosidad por saberlo, pero no quería llamarlo y preguntar porque sabía que, de algún modo, acabaría llevándome a su terreno y me impediría firmar el divorcio, cosa que ya estaba hecha.

Suspiré poniéndome en pie para ir a la cocina a prepararme un té que me ayudara a dormir, y en ese momento llamaron al portero.

Sabía de sobra que eran las chicas y no me molesté en preguntar, tan solo abrí y dejé la puerta entornada para que entraran como siempre, como si la casa fuera suya, mientras me hacía el té.

—No voy a salir por mucho que sea sábado —dije cuando escuché la puerta cerrarse.

—No quiero que salgamos, solo que hablemos —me estremecí al escuchar la voz de Tony a mi espalda, y con los ojos cerrados, sentí algunas lágrimas cayendo.

Me di prisa en retirarlas y me giré para enfrentarme a mi marido, futuro exmarido, mejor dicho.

—¿Qué haces aquí?

—Decirte que no pienso firmar esos papeles. No voy a divorciarme, Maica, te lo dije antes de ir contigo a Las Vegas, y te lo repetí allí. Eres mi mujer y quiero que lo sigas siendo.

—No hay vuelta atrás, ya los he firmado y…

—Lo sé, sé que ibas a enviarlos antes o después. Pequeña —se acercó a mí y, sin que pudiera hacer nada para impedirlo, porque tampoco quería hacerlo, Tony me acorraló contra la encimera, apoyando ambas manos en ella —, te amo. No imaginas cuánto te amo, ni te haces una idea de lo loco que me volví aquel día cuando vi que no volvías al hotel. Hablé con la policía y cuando me dijeron que habías cogido un avión para volver a Jerez, quise coger el siguiente vuelo, y lo habría hecho de no ser porque mi madre, me impidió que lo hiciera. Me dijo que te diera tiempo, que te entendiera y comprendiera que habías pasado por mucho en tan poco tiempo, que la boda fue un *shock* y que sabía que tú también me quieres, pero que te diera espacio. Y lo hice hasta que tu madre me llamó hace dos días y me dijo que ibas a firmar esos papeles y enviármelos. Reservé los billetes en el primer avión que encontré, y aterricé hace solo una hora.

—No deberías haber venido, ya está hecho, Tony, nosotros no podemos estar juntos —volví a secarme las lágrimas, no quería llorar delante de él.

—Pequeña, no lo hagas, por favor —me pidió sosteniendo mis mejillas y retirando las lágrimas con los pulgares —. No me apartes, no así. Sé que la nuestra ha sido una historia de amor exprés, que todo empezó por el tejado, podríamos decir, pero no me arrepiento, Maica, no me arrepiento de haberme casado contigo, porque es lo mejor que he hecho en toda mi vida.

—¿Quién es Nicole? —pregunté, y Tony abrió la boca un segundo, para después cerrarla con un suspiro al tiempo que también cerraba los ojos.

—Era una de las empleadas que había en el salón de belleza del hotel. Me enamoré de ella, no voy a decirte que como me pasó contigo, porque no fue así. Contigo fue inmediato, con ella, poco a poco. La quise, le pedí que se mudara conmigo y lo hizo. Hasta que un día, dos meses después, fui a buscarla al salón y no estaba, habíamos quedado para comer y pensé que estaría en la *suite* cambiándose, pero no había nada de ella. Se había ido, desapareció sin más. Tardé casi dos años en encontrarla, solo para saber qué había pasado, pero no me atreví ni

siquiera a acercarme porque la vi feliz con una familia. Estaba con un hombre y una niña en brazos.

—¿Esa bebé era tuya?

—No —sonrió—. Investigué a fondo porque si era mía, las quería a las dos de vuelta, pero no podía ser, no habrían cuadrado las fechas. Debería tener al menos un año y era una bebé de siete meses. No supe más de ese asunto hasta que mi madre me dijo que escuchó a Becca decir aquello. La enfrenté, le pregunté qué había hecho para que Nicole se fuera y dijo que lo que debía, decirle que yo solo jugaba con ella y que no quería verla más. Que ella era mi esposa, cosa que en aquel entonces era mentira y ahora también, y que la quería lejos de mí. A ella consiguió engañarla, yo la perdí y no quise buscarla después de saber que estaba feliz con otra persona. Pero a ti —apoyó su frente en la mía—, a ti no quiero perderte, Maica, no puedo. Te amo, y estoy dispuesto a dejar Las Vegas por ti. Max puede quedarse a cargo de todo, confío en él, y yo puedo viajar una semana al mes o cada dos meses para comprobar cómo va todo, y tú puedes acompañarme, a fin de cuentas, eres mi mujer, y todo lo mío, pequeña, todo lo que tengo, es tuyo. Y quiero una boda, una de verdad aquí en España donde estén tus padres y mi familia. Quiero una vida entera a tu lado, mi amor.

Tony me miraba fijamente y yo lo veía a través de las lágrimas que bañaban mis ojos. Si aquello no era una declaración, no sabía qué podría serlo.

Deslizaba los pulgares despacio por mis mejillas, retirando las lágrimas que caían sin parar.

—¿De verdad estás dispuesto a dejarlo todo? —pregunté en apenas un susurro.

—Por ti, sí, sin pensarlo. Desde hoy mismo si quieres. No tengo más que llamar a Max ahora mismo y decirle que está al mando.

—¿Y si te arrepientes de hacerlo? ¿Y si un día te das cuenta de que…?

—Maica, si no hago esto, sé que un día me despertaré y me daré cuenta de que no hacerlo fue el mayor error. Sé lo importante que es tu familia para ti, el restaurante que abrieron tus abuelas, y si te aparto de todo lo que tú amas, sería un egoísta. Mis padres me apoyan, me han dicho que haga lo que me diga el corazón, y mi corazón quiere estar aquí, contigo. Siempre podemos ir a pasar allí los veranos, o reunirnos en Navidad con mi familia, llevando a tus padres con nosotros. Será por habitaciones para alojarlos —volteó los ojos y sonreí—. Solo te voy a pedir una cosa.

—El qué.

—Que quemes esos jodidos papeles del divorcio.

Me eché a reír y lo abracé, lo hice con todas mis fuerzas y dejé que su calor y su aroma me envolvieran.

—Por cierto, encontré tu regalo —dijo besándome la coronilla—. Me los pongo todos los días. Las iniciales, *“AM”*, son por nuestros nombres, ¿verdad?

—Sí. No quería que tuvieras los típicos que llevan la inicial de tu nombre y tu apellido, pensé que era bonito que me llevaras contigo cada día.

—Ya lo hago, cariño, desde que te vi aquella noche en el casino.

—Tony —lo miré y volvió a secarme las mejillas.

—Dime, pequeña.

—Quiero volver a casarme contigo.

—Por cierto, encontré tu regalo —dijo besándome la coronilla—. Me los pongo todos los días. Las iniciales, *“AM”*, son por nuestros nombres, ¿verdad?

—Sí. No quería que tuvieras los típicos que llevan la inicial de tu nombre y tu apellido, pensé que era bonito que me llevaras contigo cada día.

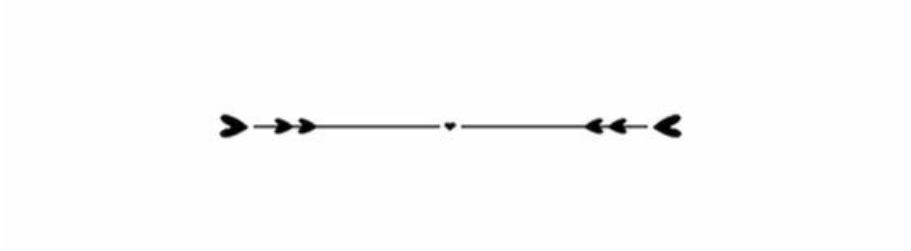
—Ya lo hago, cariño, desde que te vi aquella noche en el casino.

—Tony —lo miré y volvió a secarme las mejillas.

—Dime, pequeña.

—Quiero volver a casarme contigo.

Capítulo 28



Diciembre, último día del mes y del año, y también el día de mi boda.

Bueno de mi segunda boda, esa para la que sí me había preparado durante esos meses y que esperaba con impaciencia.

Tony se instaló en mi piso desde aquella noche en la que vino a decirme que no iba a firmar los papeles de nuestro divorcio, y desde ese momento dirigía el hotel en la distancia y ayudaba en el restaurante de mis padres.

Pero como mi marido era un hombre de lo más inquieto y tenía la vena empresarial muy arraigada, no paró hasta que, dos semanas atrás compró un viejo hotel que hacía tiempo que no estaba en funcionamiento y lo estaba acondicionando.

Quería tenerlo listo para inaugurarlo en verano y allí me iba a poner mi propio restaurante.

Era un amor de hombre, siempre mirando por mí y por mi familia.

—¿Nerviosa? —preguntó Lola, que entraba con ese vestido de premamá que le sentaba genial.

Estaba de apenas tres meses y medio, y es que resultó que cuando se fueron de luna de miel, ya llevaban la sorpresa del *Kínder* dentro.

—Un poco.

—Pues deberías estar acostumbrada, que es la segunda vez que te casas y con el mismo —dijo Carmela.

—¿Tengo que recordarte que de la primera no me enteré, y tampoco me acordaba al día siguiente? —Arqueé la ceja.

—No, no hace falta —rio.

—Chicas, acabo de conocer al hombre de mi vida —anuncio Lucía, entrando en la habitación del hotel donde iba a casarme—. Bueno, no le conozco, solo lo he visto así, de pasada, pero, madre de Dios, ese hombre no es de este planeta.

—¿Cómo es? —preguntó Carmela.

—Está ahí abajo, en el jardín tomando una copa. Creo que es amigo de Tony porque los he visto charlando y riendo.

Nos asomamos todas a la ventana y cuando nos dijo quién era el hombre en cuestión, sonreí.

—Ese es mi cuñado, Jake —dije.

—¿Ese es el hermano de tu marido? —preguntó Lucía con los ojos muy abiertos.

—Sí.

—Con razón está tan bueno, menudos genes hay en esa familia. Joder, que tu suegro tiene sesenta años y porque él lo dice, que, si no, pasaría por unos años más joven.

—Escogí bien a mi marido —reí.

—Hija de la gran fruta, si no te acordabas de él —protestó Carmela.

—Ni tú de Max, y te has ido a vivir con él a Las Vegas —contestó Lola.

Sí, nuestra mejor amiga decidió tirarse a la piscina cuando Max le propuso, durante aquella semana que estuvo promocionando el hotel en sus redes, que se quedara a vivir con él, y ella, que al ser *influencer* podía hacer su trabajo desde donde le viniera en gana, aceptó encantada.

—¿Y tu cuñado está soltero?

—Hasta donde yo sé, sí. Es militar y suelen enviarlo a misiones, pero creo que no ha tenido pareja estable en mucho tiempo.

—Bueno, pues ya sabéis lo que se dice —sonrió ella—. De una boda, sale otra boda. Y ese, señoras, es mi futuro marido.

Nos echamos a reír y fue en ese momento que entraron mi madre y mi suegra a ver cómo estaba todo. Al vernos así preguntaron de qué nos reíamos y fue Lucía quien respondió.

—Ángela, solo quería que supieras que voy a ser la mujer de tu segundo hijo. Que Cupido me ha lanzado una de sus flechas, como les pasó a Maica y Tony.

—¿En serio? Pero si no os conocéis —sonrió, y llevaba razón pues mi cuñado había llegado a Jerez esa misma mañana.

—A eso le ponemos solución ahora —dijo colgándose de su brazo—. ¿Me lo presentas, suegrita?

—Ya sabía yo cuando te vi la otra noche, que me gustabas por algo, y mira tú por dónde… Va a ser que sé por qu es. Vamos, nuera mía, vamos a presentarte a tu futuro marido.

—Os veo en el jardín, chicas —Lucía se despidió de nosotras agitando la mano y sonriendo, y se fue con mi suegra.

—Lo más gracioso de todo, es que me da en la nariz que sí que se va a acabar quedando con ese militar —dije.

Unos minutos después apareció mi padre para llevarme al altar, y cuando llegamos a la zona habilitada del jardín cubierto que tenía en hotel, Carmela me colocó la pequeña cola del vestido y fue a unirse con las demás.

Al ser invierno mi vestido era propicio para la época. Largo y entallado, de manga larga y tan solo con los hombros al descubierto.

Por suerte tanto en el jardín cubierto como en el salón donde comeríamos, había calefacción y no necesitaría ponerme una chaquetilla.

—¿Lista, cariño? —me preguntó mi padre.

—Lista —sonreí.

Salimos por la puerta hacia ese lugar decorado con nieve artificial por el suelo y una bonita alfombra roja que me llevaba hasta donde me esperaba Tony.

Cuando me vio, sonrió de ese modo que era único y especial para mí, y en el momento en el que mi padre le entregó mi mano, se la llevó a los labios para besarla.

—Espero que sigas cuidando de mi hija como has hecho hasta ahora —le dijo.

—Puedes estar seguro de que sí, Jesús.

Mi padre asintió y fue a sentarse con mi madre y los demás.

La boda de Las Vegas fue legal y válida, la había ratificado él aquí en España y estaba todo en orden, por lo que aquella no era más que una ceremonia civil que quisimos tener con nuestras familias, y en el hotel estuvieron encantados de ayudarnos.

Cuando por fin nos declararon marido y mujer, nos miramos y Tony se inclinó para besarme del modo más tierno que nunca antes había sentido.

Entre vítores y aplausos fuimos hacia la zona donde servirían el cóctel antes de comer, y allí brindamos con ¿nuestras familias y amigos.

Era una boda pequeña e íntima, pero sin duda la mejor que podríamos tener.

Decir que, por ser nuestra segunda boda, iba a ser más tranquila, era mentir descaradamente.

Comimos, bebimos, reímos y bailamos, y alargamos la ceremonia a base de canapés hasta las doce de la noche, momento en el que nos tomamos las uvas todos juntos para despedir el viejo año y recibir el nuevo.

—Feliz Año Nuevo, mi amor —dijo Tony, rodeándome por la cintura para besarme.

—Feliz año, mi vida —sonreí mientras le abrazaba—. ¿Eres feliz, Tony?

—Claro que lo soy, pequeña, ¿por qué no iba a serlo?

—Dejaste todo por mí, y eso…

—Eso —me cortó—, es lo mejor que podía hacer, ya te lo dije. Además, voy a expandir el hotel. No es que aquí vayamos a tener casino, tiendas y otras cosas, pero sí habrá un gran restaurante que dirigirá mi esposa, un *spa* y salón de belleza, y discoteca para cuando celebremos bodas que puedan seguir ahí con la fiesta.

—Lo tienes todo bien pensado —sonreí.

—Vi ese lugar cuando estuve aquí aquellos días después de la boda de Lola. Lo visité, hablé con la gente que lo tenía y después de mucho negociar, conseguí que me lo vendieran.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Quería que fuera una sorpresa. Sí o sí, íbamos a asentarnos aquí, en tu tierra.

—Bueno, pues yo también tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué sorpresa?

Sonreí más, me puse de puntillas y se lo susurré al oído.

—Puedes decirle a tu madre que al fin va a ser abuela.

—¿Estás embarazada? —preguntó con los ojos muy abiertos, y asentí—. Pero, has estado bebiendo champán.

—Las chicas lo saben, ¿quién crees que se bebían mis copas? Entre Carmela y Lucía —reí.

—Pequeña, sin lugar a dudas este es el mejor regalo de bodas que podías hacerme.

—¿Y a qué esperas para contarlo?

—¿Podéis escucharme, por favor? —gritó llamando la atención de todos— Tenemos una noticia que daros. Maica está embarazada.

Todos empezaron a felicitarnos, nuestros padres se emocionaron al saberlo y, qué decir de nuestras madres, lloraron abrazadas.

—¡Por fin lo dicen! —exclamó Lucía— Tony, me da vueltas todo el salón por el champán que ella no se ha tomado, y yo sí.

—Tranquila, nena, que yo me encargo de que no te caigas —le dijo Jake.

—A ti te dejo que me cojas y hagas lo que quieras, como si me llevas a tu habitación, guapo.

—Lucía, deja de beber —dijo Jaime.

—Hermano, no te preocupes que estoy en buenas manos. ¿No ves que es el cuñado de Maica?

—A ver, que, con los antecedentes de su hermano, este igual te lleva a una iglesia en mitad de la madrugada y mañana amanecéis casados también —comentó Jaime con una sonrisa.

—¿Tú te casarías conmigo en secreto, Jake, en plan, Romeo y Julieta?

—Nena, yo me casaría contigo en Las Vegas, a escondidas y con todos ellos ahora mismo. Si no fuera porque igual piensas que estoy loco si te digo que creo que eres la mujer de mi vida.

—Loco tú y loca yo, entonces, que fui la primera en darme cuenta.

—¡Que se besen, que se besen…! —empezó a pedir Carmela, dando palmadas.

—Preciosa, no los incites a pecar —rio Max a su lado.

—Que pequen, que no pasa nada. Mañana se confiesan y el Señor les perdona.

Y se besaron, delante de todos y sin un ápice de vergüenza, ese par que había estado durante toda la boda tonteando y entre risas, se besaron.

—Consuegra, ¿tú sabías que, de una boda, sale otra boda? —le preguntó mi madre a Ángela, y ella asintió con una sonrisa.

Quién sabía si sería así o no, pero lo que estaba claro era que, de una sencilla, pero loca despedida de soltera en Las Vegas, habíamos vuelto con tres parejas.

—Preciosa, no los incites a pecar —rio Max a su lado.

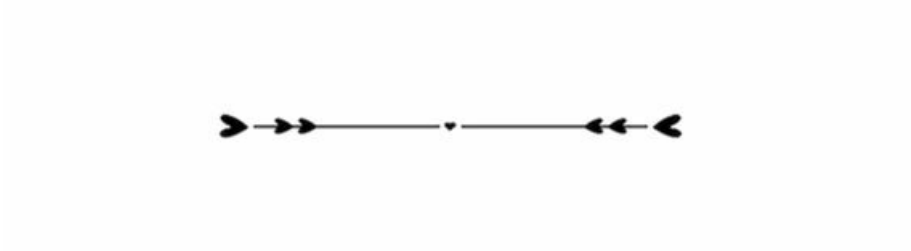
—Que pequen, que no pasa nada. Mañana se confiesan y el Señor les perdona.

Y se besaron, delante de todos y sin un ápice de vergüenza, ese par que había estado durante toda la boda tonteando y entre risas, se besaron.

—Consuegra, ¿tú sabías que, de una boda, sale otra boda? —le preguntó mi madre a Ángela, y ella asintió con una sonrisa.

Quién sabía si sería así o no, pero lo que estaba claro era que, de una sencilla, pero loca despedida de soltera en Las Vegas, habíamos vuelto con tres parejas.

Epílogo



Dos años después…

Estábamos donde todo empezó, en el mismo hotel, en la misma habitación las cuatro juntas, celebrando la despedida de soltera de Lucía.

Sí, la pequeña de todas, esa que había decidido ejercer como abogada en Nevada y para lo que se estaba preparando mucho, se casaba con mi cuñado Jake.

Tal como me dijo una vez Ángela, a sus dos hijos aquella mujer que le vaticinó a su marido que conocería a la mujer de su vida, también se lo había dicho a ellos, y resultó que, para suerte de mi querida suegra, que era un amor y como una segunda madre para mí, las dos éramos españolas y podía recordar aquellos años en los que ella vivió en entre Madrid y Málaga.

En ese tiempo la familia había crecido. Lola había tenido a su hijo Samuel, que ya tenía casi dos años, y yo era la mamá de la pequeña Paola.

Pero no éramos las únicas mamás, puesto que Camela y Max, también tenían un hijo, Nick, que a sus cuatro meses era un niño de lo más guapo.

—Tenemos que reunirnos más —dijo Lola, cogiendo una aceituna—. Esto de una noche sin niños, es una maravilla.

—Sí, sí, pero, ¿os dais cuenta que nosotras estamos aquí en la habitación, cenando y bebiendo, mientras a mi futuro marido y a los vuestros, se le sientan encima unas *strippers*?

—¿Qué dices, Lucía? —reí.

—Lo que oyes, que se iban al club de las *strippers*. Regalo de tu marido, y el tuyo —señaló a Carmela.

—Oye, oye, que yo no estoy casada.

—Poco te falta —dijimos las tres al unísono, pues sabíamos que Max iba a aprovechar esa boda para pedírselo a ella.

—Pues no sé vosotras, pero yo me voy a la discoteca —Lucía se levantó tras dar el último bocado a su trozo de pizza, y acabamos por hacerlo todas también.

—A ver, que la última vez que estuvimos en esa discoteca, esta de aquí —me señaló Lola— volvió a Jerez con un certificado de matrimonio.

—¿Y a qué habéis venido, cuñada? ¿A verme hacer la Primera Comunión? —preguntó Lucía.

—Venga, vamos a la discoteca que una copita no nos va a hacer nada —dijo Carmela dando una palmada.

Avisé a mi madre por mensaje de que nos bajábamos y dijo que no me preocupara, que los tres pequeños estaban bien con ellas en la habitación.

Mi madre, mi suegra y la madre de Lucía y Jaime, estaban en la habitación de al lado, una *suite* donde se alojaban mis padres y los de Lucía, y en la que estaban cenando los padres de Tony y Jake esa noche con ellos.

Bajamos a la discoteca y nada más entrar, fuimos directas a la barra a pedir unos chupitos de tequila. Empezábamos bien la noche, de eso no había duda.

Entre copas, risas y bailes se nos fueron pasando las horas, hasta que vimos aparecer a cuatro hombres que hicieron que a todas nos temblaran las piernas.

—¿Se puede ser más guapo que mi futuro marido? —dijo Lucía.

—Sí, se puede. El mío lo es —reí.

—Qué jodida, pero solo porque es el hermano mayor del mío.

—Olvidaros, mi rubio es el más guapo. Es como el de la Pataki —comentó Carmela.

—Sí, solo os faltan unos cuantos hijos más, y sois la familia de *Thortaki* —dijo Lucía, y nos echamos las cuatro a reír.

—Madre mía, esto es un *dejá vù* —dijo Lola, quien al igual que yo había ido recordando poco a poco a lo largo de los años lo que pasó la noche de su despedida de soltera.

—De momento no ha habido boda, así que, disfrutemos de la noche —dijo Carmela.

—Hola, cariño —Tony se inclinó para besarme y lo acepté encantada—. Creí que os quedaríais en la habitación.

—Y ese era el plan, hasta que nuestra cuñada dijo que quería salir porque vosotros estabais en el local con las *strippers*.

—¿Y cómo sabía ella…? Vale, mi hermano se lo debió decir, pero para que se quedara tranquila, si no tiene ojos para nadie más —sonrió.

—Pues tranquila no se quedó, y estamos las cuatro un poquito… borrachillas —murmuré.

—Vale, señoritas, hora de irse a la cama —anunció mi marido.

—¿Qué? No, no, de eso nada. Es mi despedida de soltera y estoy aquí, tan a gustito, con mis amigas.

—Nena, lo que estás es un poquito borracha —dijo Jake, con una sonrisa.

—Y a ti, ¿te han limpiado bien el sable?

—¿Qué? Nena, que no he hecho nada. Si se me ha puesto ahí la rubia delante y me he quitado.

—Eso es cierto —dijo Jaime—. Hermana, este hombre te ama con todo su corazón.

—Pues si me amas como dices, llévame ahora mismo a una capilla y cásate conmigo.

—¡Ay, la hostia! —gritamos Lola, Carmela y yo, al unísono.

Nos miramos y sí, aquello era vivir un *dejá vù* en toda regla, porque así recordamos que había sido mi boda.

—Y tú, Max, deberías hacer lo mismo con Carmela, que al paso que va, se casan vuestros nietos antes que vosotros.

—¿Qué nietos, Lucía? —rio Carmela— Además, que nosotros estamos…

—Vamos, ya estamos tardando en ir a una capilla y hacer un dos por uno en bodas —la cortó Max.

—Ah, pero, ¿hay ofertas de esas? —preguntó Lola.

—Sí, y esta mujer y yo ya estaríamos casados desde la misma noche que ellos —contestó Max señalándonos a Tony y a mí—, si no fuera porque dijo que ella quería acordarse del día de su boda.

—Pues no estoy tan borracha como parece, así que, vamos a casarnos que para luego es tarde.

¿Sabéis eso de: *"lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas"*? Pues bien, yo me casé y me llevé al marido a Jerez, o sea, que lo que me pasó no se quedó allí para nada.

Y ahora, años después, y todos conscientes de lo que iba a pasar, con una boda más que planeada y organizada para todos, nos íbamos en dos coches en busca de la misma capilla en la que nos casamos Tony y yo, para que se casaran los futuros novios y los otros dos que debían prometerse.

La mía había sido una boda exprés, producto de una borrachera, y no podía haber acabado siendo más feliz de lo que ya era.

Por eso esperaba, y deseaba, que las bodas al estilo de Las Vegas de mis dos amigas, acabaran siendo una historia de amor de esas que nunca se podían olvidar, una anécdota que todas, algún día, contaríamos a nuestros nietos y nietas alrededor del árbol de Navidad.

—¿Te acuerdas, pequeña? —preguntó Tony en un susurro mientras me abrazaba desde atrás.

—Ahora sí —sonreí—, como si hubiese sido ayer.

—¿Y recuerdas qué te dije en este mismo lugar, antes de darnos el sí?

—Lo recuerdo —lo miré por encima del hombro y repetí sus palabras—. Quiero una vida entera a tu lado.

—Pues no estoy tan borracha como parece, así que, vamos a casarnos que para luego es tarde.

¿Sabéis eso de: *"lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas"*? Pues bien, yo me casé y me llevé al marido a Jerez, o sea, que lo que me pasó no se quedó allí para nada.

Y ahora, años después, y todos conscientes de lo que iba a pasar, con una boda más que planeada y organizada para todos, nos íbamos en dos coches en busca de la misma capilla en la que nos casamos Tony y yo, para que se casaran los futuros novios y los otros dos que debían prometerse.

La mía había sido una boda exprés, producto de una borrachera, y no podía haber acabado siendo más feliz de lo que ya era.

Por eso esperaba, y deseaba, que las bodas al estilo de Las Vegas de mis dos amigas, acabaran siendo una historia de amor de esas que nunca se podían olvidar, una anécdota que todas, algún día, contaríamos a nuestros nietos y nietas alrededor del árbol de Navidad.

—¿Te acuerdas, pequeña? —preguntó Tony en un susurro mientras me abrazaba desde atrás.

—Ahora sí —sonreí—, como si hubiese sido ayer.

—¿Y recuerdas qué te dije en este mismo lugar, antes de darnos el sí?

—Lo recuerdo —lo miré por encima del hombro y repetí sus palabras—. Quiero una vida entera a tu lado.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu